
HARLEQUIN
Bianca
EL PODER DEL DINERO
KATE WALKER



EL PODER DEL DINERO

KATE WALKER



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El poder del dinero, n.º 1493 - septiembre 2018
Título original: Their Secret Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-648-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

RHYS Morgan desvió su coche de la carretera principal y pisó el acelerador cuando el motor se ralentizó por la inclinada cuesta que se alzaba ante él.

«¿Es ésta la carretera que lleva a un hotel?», murmuró para sí mientras conducía el lustroso vehículo a través de las retorcidas curvas. Tenía el volante agarrado con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. «Más bien parece destinada a disuadir a la gente».

Pero nada podría disuadirlo. No en ese momento.

No cuando el fin de su búsqueda estaba tan cerca. No cuando estaba a punto de encontrarse cara a cara con la mujer a la que había estado siguiendo la pista. Cuando se disponía a averiguar todos los detalles sobre la única cosa que había colmado sus pensamientos.

Su hija.

Había dejado de lado su trabajo, sus negocios, sus amigos, su vida durante los últimos tres meses por esa razón. Había recorrido muchos kilómetros, había estado en al menos tres países y quién sabe en cuántas ciudades. Y todo por una pequeña personita cuya existencia había desconocido hasta meses después de su nacimiento.

La niña que él había pensado que nunca nacería. La niña que su ex mujer no quería tener, pues decía que el embarazo arruinaría tanto su figura como su estilo de vida.

Pero hacía sólo tres meses que había descubierto que algo muy distinto había sucedido.

La cuesta se acabó y la carretera se abrió a un amplio parking cubierto de grava, al fondo del cual se alzaba el pequeño hotel que había estado buscando.

Estaba situado en lo alto del valle y parecía imponente y sólido frente a la persistente lluvia, entre las colinas y frente al lago Windermere que se extendía ante él.

–¡Por fin!

Rhys aparcó el coche, echó el freno y se recostó en el asiento mientras suspiraba. Miró a través de la lluvia entornando sus ojos azul zafiro y se pasó las manos por su pelo oscuro mientras fruncía el ceño con cara de concentración.

Por fin estaba allí.

Era hora de planear su próximo movimiento.

Hora de decidir cómo iba a comportarse cuando estuviese cara a cara con la prima de su mujer, Caitlin Richardson, que tenía la custodia de la hija que él desconocía haber tenido.

Caitlin Richardson colgó el teléfono y suspiró mientras se pasaba la mano por su melena color castaño. Puso cara de disgusto al notar lo mal que tenía las puntas. No había tenido tiempo de ir a cortarse el pelo durante semanas. No había tenido tiempo para nada.

Cuidar de un bebé de seis meses no dejaba mucho tiempo para la relajación y el ocio. Y menos si, además, tenía que hacer frente a un trabajo de jornada completa para poder alimentarla.

Estaba cansada. Agotada. Fleur llevaba durmiendo mal las últimas dos semanas porque le estaban saliendo los dientes y además había cambiado su rutina. Como consecuencia, Caitlin no había podido dormir una noche seguida en mucho tiempo.

Sobre todo desde que se había enterado de lo de Amelie y Josh.

–¡No! –exclamó con grito ahogado. Cerró los ojos y se los frotó con la mano mientras intentaba olvidar los recuerdos que le venían a la cabeza–. No quiero recordar.

–¿Perdón? –dijo una voz desconocida. Era una voz que no había oído jamás. Una voz que interrumpió sus pensamientos y la asustó, haciendo que abriera los ojos de golpe.

–Estaba… estaba hablando sola.

Le fue difícil recomponerse. Casi imposible al encontrarse frente a unos ojos tan azules como aquellos.

Y la había pillado hablando sola. Hablando sobre cosas en las que ni siquiera quería pensar y menos aún hablarlas delante de un absoluto desconocido. No era extraño que todo pensamiento coherente hubiera abandonado su cabeza.

Por fortuna los años de entrenamiento y profesionalidad le proporcionaron algo que decir.

–¿Puedo ayudarlo? –preguntó ella, esperando que su sonrisa pareciese convincente y calurosa, si se trataba de un cliente.

¿Era un cliente? No parecía la típica persona que se alojara en el Linford. La clientela habitual del hotel, que estaba lejos de las cinco

estrellas, eran grupos de familias y parejas de jubilados que pasaban un fin de semana fuera, sobre todo en una primavera fría y húmeda como aquélla.

Aquel hombre parecía demasiado acomodado para eso. A pesar de ir vestido de manera desenfadada con unos vaqueros negros y un jersey beige, denotaba un estilo elegante y adinerado, de mucho dinero.

–Tengo una reserva.

Así que era un cliente. Caitlin consiguió aguantarse la exclamación que casi escapó a sus labios y se dirigió hacia el teclado del ordenador.

–¿A nombre de quién?

–Delaney… Matthew Delaney.

¿Se había acercado a ella? De pronto parecía estar demasiado cerca. Caitlin sintió cómo se le ponía la piel de gallina.

–Delaney…

Comenzó a ver borroso mientras buscaba el nombre en la pantalla. Jamás había estado tan pendiente con ninguna persona en su vida.

Tenía unos ojos realmente impactantes. De un azul profundo como el cielo al final de un cálido día de verano, justo antes de anochecer. Él también necesitaba un corte de pelo, aunque la manera en que el flequillo le caía por la frente resultaba sumamente sensual. Ella ansiaba retirárselo con los dedos para así sentir la calidez de su piel.

–Delaney… –dijo Caitlin de nuevo tratando de concentrarse. Pero se asustó al ver cómo un dedo pasaba ante sus ojos para presionar una de las teclas–. ¿Qué…?

–Matthew Delaney –dijo él con un tono cordial aunque con una nota que hizo que ella apretara los dientes sin saber muy bien por qué–. Mi nombre. Está justo ahí.

–¡Ya lo sé!

El deseo de no parecer tonta hizo que su voz sonara más severa de lo que a ella le hubiera gustado. Y más de lo que le hubiera gustado a él también. Eso resultó obvio al verlo fruncir el ceño.

–Lo siento. Quiero decir que…

–Lo que quiere decir es que no meta las narices donde no me llaman.

Para alivio de Caitlin, su voz sonó más que razonable, incluso sorprendida, y una sonrisa asomó a sus labios, suavizando sus rasgos.

–Bueno, yo no lo habría dicho así. Pero la verdad es que lo tengo todo bajo control.

–Claro que lo tiene, señorita… –dijo él, y bajó la mirada hacia la chapa del nombre que estaba sujeta a su blusa blanca–, señorita Richardson –añadió. Y, de pronto, la sonrisa desapareció de sus labios tan deprisa como había aparecido–. Y ahora que tiene todo bajo control, señorita Caitlin Richardson, ¿le importaría decirme exactamente dónde está mi habitación?

Rhys se dio cuenta de que aquella Caitlin Richardson no era en absoluto la persona que había imaginado. Nunca antes la había visto. Caitlin no había estado entre los pocos invitados que Amelie había invitado a su boda fugaz dos años antes. Sabiendo que era familia de Amelie, Rhys se la había imaginado parecida a su ex mujer. Y esperando encontrar el estilo parisino, sofisticado y elegante de Amelie Deslonge, aquella criatura pequeña y ordinaria suponía todo un shock para él.

Peso común, constitución común, color común. Así es como se la había imaginado en sus pensamientos. Sin nada especial que destacar.

O, al menos, hasta que había abierto los ojos, los cuales revelaban una historia muy diferente.

Rhys jamás había visto unos ojos como aquéllos. Eran ojos de gato. Grandes, dorados, brillantes, enmarcados por largas pestañas. Eran imponentes y preciosos.

Y de pronto se encontró pensando en cosas muy distintas de las que había pensado mientras subía por la carretera hacia el hotel.

–Habitación 342. Si es tan amable de firmar aquí y apuntar la matrícula de su coche.

–Por supuesto.

¡Maldición! La distracción en que se encontraba sumido casi hizo que firmara automáticamente con su nombre real.

Le llevó un par de segundos hasta que fue capaz de escribir el nombre falso que había utilizado para hacer la reserva.

Bueno, no era del todo falso. Estaba muy relacionado con ellos. Pero no en ese orden. Matthew y Delaney eran su segundo y tercer nombre. Delaney procedía del apellido de soltera de su madre.

Puede que resultase complicado a la hora de pagar la cuenta pero, para entonces, esperaba haber podido hacer pública su verdadera identidad. Pero puede que Rhys Matthew Delaney Morgan hubiera sido de sobra conocido para Caitlin Richardson o para cualquiera que estuviese al corriente de su reputación como marchante de arte internacional. Eso la habría alertado de que el ex

marido de su prima se dirigía al hotel en busca de respuestas sobre algunos asuntos muy serios.

Respuestas que sólo Caitlin podría proporcionar.

–Está en el último piso. El ascensor está allí. La escalera está doblando la esquina, a su derecha. ¿Necesita ayuda con el equipaje?

–En absoluto –dijo indicando con la cabeza hacia una pequeña bolsa de viaje que estaba a sus pies. Para un hombre de su estatura no supondría gran problema–. Creo que puedo arreglármelas.

–Estoy muy segura de ello –dijo Caitlin ruborizada. Una vez más, el tono de sus palabras denotó lo incómoda que se sentía.

Rhys se dio cuenta de que se sentiría mucho más incómoda si supiera quién era él en realidad. Si sospechara la razón por la que había ido allí, era más que capaz de arrancarle la llave de la mano y no dejar que la tocara.

–El desayuno se sirve a partir de las siete.

Mientras ella le proporcionaba una lista de útiles detalles, Rhys recordó que, mientras caminaba desde el coche hasta la puerta del hotel, había visto ovejas pastando en las laderas. Y ahora tenía la sensación de ser el lobo que rodeaba a los confiados corderos, esperando la oportunidad para abalanzarse.

No era una posición en la que estuviese acostumbrado a estar. Ni siquiera una en la que jamás hubiese imaginado estar. Era tan extraña para él que le costaba reconocerse a sí mismo.

–Y si desea algo en su habitación, el servicio de habitaciones está disponible las veinticuatro horas del día. Creo que eso es todo.

–No es todo.

–Ah. ¿Y qué se me olvida?

–¿Cuándo acaba usted de trabajar?

¡Maldición! ¿Cómo se le ocurría decir algo así? De acuerdo. Al fin y al cabo ésa era parte del plan. Llegar a conocerla y ganarse su confianza. Después invitarla a salir e intentar sacarle la información sin que ella lo supiera.

Entonces él desvelaría su identidad y, si fuera necesario, metería a sus abogados en el asunto.

Pero ¿en qué estaba pensando al apresurarse de aquel modo, arriesgándose a echarlo todo a perder?

Pero se dio cuenta de que la pregunta no era ésa. La pregunta era ¿con qué había estado pensando? Y, desde luego, la respuesta no era con la cabeza.

La miró a los ojos y vio cómo la sonrisa educada y la expresión servicial desaparecieron de su cara rápidamente. Había metido la pata. En sus ansias por conocer la verdad, se había arriesgado a

retroceder varios pasos.

–¿Acabar de trabajar? –repitió ella, dándose cuenta de que hacía mucho que no empleaba esa expresión para referirse a sí misma.

–Me preguntaba si le apetecería una copa, o comer algo juntos.

Por un instante una parte irresponsable de su corazón, una parte que no había sentido desde que había sabido la verdad sobre Josh, reapareció en sus pensamientos. ¿Cuándo había sido la última vez que había dejado de trabajar? ¿Y cuándo había sido la última vez que un desconocido atractivo la había invitado a salir?

Pero claro, no podía ser.

–Lo siento. Me temo que no es posible. La dirección no permite a los empleados socializarse con los huéspedes. La política…

«¡Al diablo con la política!», añadió ella para sus adentros. Si su padre se enterara de la invitación aparecería allí como un rayo para instarla a aceptar y pasar un buen rato. Para recordarle que sólo tenía veinticuatro años.

Estaba segura de que, incluso, se ofrecería voluntario para cuidar del bebé.

Pero su padre no sabía la verdad sobre Amelie y Josh. Él no sabía nada del sentimiento de traición, el shock y la pérdida que ella había sufrido al enterarse.

Todo el mundo pensaba que Caitlin aún lloraba por Josh y Amelie. Nadie sabía que ella los había perdido meses antes del accidente. Antes de que Fleur naciera.

–¿Está segura?

Caitlin pensó que algo había cambiado. Notaba en él cómo la calidez de su sonrisa y sus ojos se enfriaba por momentos. Y, sin esa calidez, eran unos ojos realmente fríos.

De pronto un instinto que no podía explicar hizo que presionara la campanilla del mostrador para llamar al portero. La necesidad de estar acompañada se hizo apremiante en su cabeza.

–Sólo te estoy ofreciendo una copa. No tienes nada que temer –añadió él.

Caitlin decidió ignorar la deliberada provocación en aquel comentario.

–Estoy bastante segura. Pero gracias de todos modos.

–Sin problema.

Rhys se dio cuenta de que era bastante buena en las disculpas educadas. Tanto que casi estuvo a punto de creerla.

Casi.

Pero las investigaciones que le habían hecho ir a parar allí aquel día eran demasiado claras como para dejarse convencer. La

supuesta dirección era su padre, el dueño del hotel.

Y, si la hija de Bob Richardson era como su prima Amelie, entonces sería capaz de manejar a cualquier hombre a su alrededor con un solo dedo sin ni siquiera despeinarse.

¿No era eso lo que ya había hecho con él? Le había hecho olvidar su cuidadoso plan y realizar un movimiento totalmente impulsivo.

¿Pero cómo lo había hecho?

Sólo dos minutos antes la había considerado ordinaria. Comparada con Amelie era ordinaria. Pero algo había ocurrido. Algo que no podía explicar.

Pero de lo que estaba seguro era que el proceso de averiguar cosas sobre el bebé iba a ser mucho más atractivo de lo que había imaginado.

–¿Caitlin?

Era la voz de otra persona. Una voz masculina pero más joven que la suya propia. Giró la cabeza y vio al portero.

–¿Querías algo?

–Sí. El señor Delaney necesita que le lleven el equipaje a su habitación. 342.

–Yo… –comenzó a decir Rhys, pero miró a los ojos dorados de aquella mujer que tenía delante y no pudo protestar.

Eran unos ojos desafiantes y decididos a no retroceder.

Él había actuado sin pensar, estúpidamente, apresuradamente, y había despertado sus sospechas, lo cual era lo último que necesitaba. Quería ganarse su confianza, no alertarla ni ponerla en guardia.

Así que se limitó a sonreír y a hacerle señas al portero para que recogiera su bolsa.

–Gracias.

–Sean le conducirá hasta su habitación –dijo ella con fría educación.

Rhys podía sentir los ojos de Caitlin clavados en él mientras el portero se acercaba para recoger la bolsa con tal facilidad que la sugerencia de que Rhys necesitara ayuda sonaba ridícula. Él era más alto que el portero y también más fuerte, con unos músculos muy definidos bajo su jersey.

–Por aquí, señor.

Aquellas palabras fueron interrumpidas por un sonido que rompió el incómodo silencio del hall de recepción e hizo que todos miraran.

Era el llanto de un bebé.

Y provenía de la puerta que había detrás de Caitlin Richardson. La puerta que daba a la oficina del recepcionista.

El bebé.

Rhys no pudo quedarse quieto. Reaccionó instintivamente, se detuvo y dirigió una mirada aguda en dirección al sonido antes de darse cuenta de lo estúpido que estaba siendo. Lo mucho que estaba desvelando.

«¡No!», escuchó cómo su mente le gritaba. «¡Ahora no! ¡Aún no!».

Afortunadamente pudo tomar las riendas de su cuerpo y controlar sus ansias de abrir la puerta de golpe y tomar al bebé en sus brazos.

–¡Aún no! ¡Aún no! –murmuró él para sí–. ¡Es demasiado pronto!

Por fortuna Caitlin también había reaccionado inmediatamente y se había apresurado tras la puerta antes de que él tuviera tiempo de pensar en qué hacer. Y se sintió aliviado al darse cuenta de que su propia reacción había pasado inadvertida.

Sintió en su cabeza una ira terrible y un dolor que difícilmente podía controlar. Aquella mezcla explosiva hizo que cualquier pensamiento racional se esfumara, y lo dejó solo con sus sentimientos.

Tras esa puerta estaba su bebé. Su hija. Y esa mujer, esa extraña estaba ahí dentro con ella. Serían sus manos las que tomaran al bebé, sus brazos los que la mecerían y su voz la que la calmaría.

–¿Señor? ¿Señor Delaney?

La tos discreta del portero, junto con su susurro, hizo que sus pensamientos volvieran al presente y que elaborara una máscara ante el personal del hotel para no echarlo todo a perder.

–Lo siento –dijo Rhys con una sonrisa y se dirigió hacia el ascensor–. ¿Es habitual traer un bebé a trabajar? –preguntó mientras subían.

–Bueno. Es la niña de la señorita Caitlin –le dijo Sean–. Es un poco complicado.

No era nada complicado. Ese bebé no era nada de la señorita Caitlin.

Rhys se tragó la incómoda respuesta que se le ocurrió y optó por un acercamiento más distendido.

–Es una mujer muy atractiva.

–Mmm –fue la respuesta evasiva de Sean–. Pero, en lo que a ella se refiere, es de mirar pero no tocar. Sólo llevo aquí un mes, pero ya he aprendido eso.

–La soltera de hielo, ¿verdad?

–Y de qué manera. Éste es el piso. Es la tercera puerta a la izquierda.

Así que el joven Sean lo había intentado con la señorita Richardson y había sido rechazado, pensó Rhys una vez se encontró a solas en la que iba a ser su habitación durante la próxima semana. Estaba decorada en verde oscuro y blanco, y parecía limpia y acogedora, aunque un poco pequeña, incluso para una sola persona.

Claro que él estaba acostumbrado a hoteles mucho mejores que ése. Viajaba muy a menudo en busca de objetos que mostrar en su galería o cuadros que comprar y siempre insistía en lo mejor que el dinero pudiera comprar. Y su dinero podía comprar todo lo mejor.

Mientras se pasaba las llaves de una mano a otra se paseó por el limitado espacio, hasta que se detuvo para mirar por la ventana. Su habitación estaba en la parte trasera del hotel y daba a una explanada de césped con varios arbustos.

La señorita Richardson era una soltera de hielo. Pero con la persuasión adecuada el hielo podía derretirse. Sólo era hielo, no piedra. Y él tenía bastante experiencia en derretir a las mujeres frías y vacilantes. Era un desafío, y siempre le habían gustado los desafíos.

Y él no le era indiferente a ella, de eso estaba seguro. Había notado la chispa en sus ojos y cómo se le erizaba la piel. Puede que actuara con frialdad, pero, si era como su prima, como Amelie, entonces habría un volcán salvaje en su interior esperando para hacer erupción a través de la capa de hielo que cubría la superficie.

–Así que la señorita Caitlin Richardson es de mirar pero no tocar, ¿verdad? Bueno, ya lo veremos.

Al pronunciar su nombre en voz alta volvió a recrear en su mente la imagen de su cara, de aquellos ojos dorados. Volvió a pensar en la conversación que habían tenido, calmada a simple vista pero llena de sentimientos latentes. La cantidad de cosas que se habían dicho sin ni siquiera ser pronunciadas.

¿Habría averiguado algo? El ambiente había sido tenso. Se había comportado como un idiota al precipitarse con su invitación.

Sería mejor que anduviese con cuidado porque aquel impulso había hecho que ella se pusiera alerta. Había notado cómo ella levantaba la cabeza y abría mucho los ojos alarmada, como un ciervo que detecta intrusos en su territorio. Si no andaba con cuidado acabaría por sospechar.

–Con suavidad, con suavidad –murmuró él para sí.

Pero, a pesar de su determinación, el recuerdo del llanto del

bebé le venía a la cabeza y hacía que apretara las llaves con fuerza contra la palma de la mano. Al recordar cómo ella había abandonado el mostrador a toda prisa se dio cuenta de que no podía ver ni pensar con claridad por culpa de la ira que le nublaba la vista.

Era su bebé, su hija. Pero no sabía nada de ella. Ni siquiera sabía su nombre, por el amor de Dios. Si no hubiese quedado con un amigo de él y de Amelie que le había contado toda la historia, él nunca habría sabido de la existencia del bebé. Su esposa había dejado claro que los niños no eran para ella, que si se quedaba embarazada abortaría inmediatamente.

Pero, por alguna razón, Amelie había cambiado de opinión. El bebé que él había pensado que nunca tendría era real. Y esa Caitlin Richardson, con su fría sonrisa y su fría voz y su imagen de «no me toques», era la que cuidaba a su hija. Ni siquiera se lo había hecho saber. No se lo habría dicho aunque él se lo hubiese preguntado.

–Ah, sí, señorita Caitlin Richardson –murmuró él mientras golpeaba el marco de la ventana con el puño–. Haces bien en estar alerta en lo que a mí respecta. Y, si eres sabia, seguirás estándolo, por tu bien. Porque pienso recuperar a mi hija cueste lo que cueste. Ese bebé va a ser mío, por las buenas o por las malas.

Y en ese momento, cuando la furia nublaba todo pensamiento racional, sentía que por las malas sería la opción más preferible.

De hecho, al recordar aquellos ojos ardientes y las atractivas promesas que ofrecían, en contraste con el aspecto gélido de Caitlin, pensó que también sería el acercamiento más agradable.

Capítulo 2

MIENTRAS colocaba al bebé en la oficina, tras el mostrador de recepción y se preparaba para el trabajo, Caitlin pensó que en tres días podían cambiar muchas cosas.

Sólo tres días antes la vida parecía tranquila y controlada. De acuerdo, no era lo que ella quería, lo que había planeado, pero después de todo el caos y la tristeza de los meses pasados, al fin parecía que volvía todo a la normalidad.

Pero todo eso era antes de que Matthew Delaney apareciese para complicar las cosas.

«Oh, sé sincera», le dijo a Caitlin una voz en su interior. «No es Matthew Delaney el que complica las cosas, sino tu reacción ante él».

–Duérmete, Fleur, cariño –dijo ella para intentar distraerse y no pensar en eso–. Yo estaré aquí.

No quería pensar en la manera en que Matthew Delaney parecía haber llegado a estar tan presente en su vida. No se sentía capaz de escapar de él. Cada vez que se daba la vuelta, ahí estaba él, en el hall, en el salón, en el comedor. Durante esos tres días había pasado de sentirse ligeramente halagada a sentirse incómoda, y sentía reparos cada vez que pensaba en él.

Y en todo momento, en el fondo de cada pensamiento, residía su miedo a verlo como un hombre.

Se le erizaba la piel cada vez que él estaba cerca. Su corazón se aceleraba y cada sentido de su cuerpo se agudizaba de manera alarmante. Se sentía intensamente femenina y sensual, como nunca se había sentido. Y no podía evitar mirarlo cada vez que se encontraban en la misma habitación.

Recordó con incertidumbre la cantidad de veces que él parecía haber notado cómo ella lo miraba, y entonces giraba la cabeza y sus miradas se cruzaban durante unos segundos eternos hasta que ella no podía soportarlo más y miraba para otro lado.

Pero Caitlin decidió que eso no iba a ocurrir más. No iba a

permitir que Matthew Delaney se acercara a ella en ningún sentido.

Su decisión duró sólo el tiempo que tardó en ir desde la oficina al mostrador de recepción.

Sobre la superficie de madera brillante del mostrador había una rosa perfecta con el tallo largo. Su intenso color rojo enviaba un mensaje de amor a cualquiera que estuviese interesado.

Caitlin no estaba interesada.

Estaba alterada y furiosa porque alguien la hiciese sentir de esa manera.

Y no era difícil encontrar la prueba de quién era el que le hacía sentir eso.

Matthew Delaney estaba sentado sólo unos metros más allá, relajado en un enorme sillón de terciopelo y oculto tras las páginas de un periódico.

–¡Maldito seas! –murmuró ella para sus adentros, tratando de mantener la calma–. ¡Maldito seas, maldito seas!

¿Acaso no podía aceptar un «no» por respuesta? ¿No se daba cuenta de que sus intenciones y su invitación a cenar no eran bienvenidas?

Pues no. Pero Caitlin tenía que relajarse y tratar de controlarse.

«Cuenta hasta diez».

–Uno, dos, tres…

Llegó al número diez y siguió, y volvió a llegar al diez y siguió, pero no podía calmarse.

Y todo parecía aún peor al ver la total relajación de aquel hombre.

Vio cómo otro de los huéspedes del hotel pasaba junto al sillón y decía algo. Delaney elevó la cabeza y contestó. Al instante sus carcajadas atravesaron la habitación hasta llegar donde ella estaba.

Sabía que no se estaba riendo de ella. Cada neurona de su cerebro se lo decía pero, aun así, aquella risa desató en ella una reacción incontrolable.

No quería a Matthew Delaney en su vida. No quería a ningún hombre. Quería a Josh de vuelta. Quería que todo fuese como una vez había sido. Pero no podía ser.

Incluso aunque Josh estuviera vivo, las cosas tampoco podrían ser como una vez habían sido. Josh se había ido. Y Matthew Delaney…

La ira la inundó por completo y fue incapaz de controlarse a causa del dolor que sentía. Agarró la rosa, salió de detrás del mostrador y cruzó el hall.

–¡No la quiero! –exclamó mientras se la tiraba por encima del

periódico hasta caer en su regazo–. ¡No quiero nada de ti! ¿No te das cuenta? ¿Qué tengo que hacer para que te quede claro?

El silencio de Delaney le resultó incómodo y sintió un poco de miedo al ver cómo él apretaba el periódico con fuerza. Tragó saliva y se preparó para la tormenta que se avecinaba, medio anticipándola con cierto grado de placer.

Al menos quizá acabaría por dejarla en paz.

Pero entonces él bajó el periódico y la miró a la cara.

Pero la mirada de sorpresa que él le profirió era lo último que ella esperaba. Aquella mirada burlesca y perversa la dejó sin aliento e incapaz de hablar.

–Vaya, exageras un poquito, ¿no? –sugirió él–. Sólo es una flor.

–¡Sé muy bien lo que es! –dijo ella, y recuperó el habla provocada por aquella sonrisa de mofa–. Sé que es una rosa, pero no la quiero. No quiero nada. Nada de ti. No quiero tus invitaciones, ni tus flores, ni…

–No he sido yo quien te la ha dado –dijo Rhys tranquilamente cuando ella se detuvo para tomar aliento.

–¿Qué? –dijo sin poder creer lo que estaba oyendo.

–Que no he sido yo quien te la ha dado.

Aquella sonrisa letal destruyó la poca compostura que le quedaba a Caitlin. Y lo más irritante de todo era lo gentil y tolerante que parecía, al menos a simple vista.

–Pero tienes que haber sido tú. Quiero decir… ¿quién si no…?

Al verla esforzarse por encontrar las palabras adecuadas, Rhys se dio cuenta de que aquello estaba funcionando. Y era hora.

Cuando había rechazado su invitación a cenar y a la copa se había preguntado si quizá había ido demasiado deprisa. Estaba preparado para dar el paso en cualquier momento pero su paciencia tenía un límite. Si no conseguía ver a su hija y tenerla entre sus brazos rápido, sentía que iba a explotar; y no iba a poder controlar sus sentimientos por más tiempo.

Así que, en vez de insistir, intentó un acercamiento opuesto.

Seguiría tan normal, sin decir una palabra. Ni siquiera le dirigiría una mirada, aunque a veces no había podido evitar girarse al sentir sus ojos sobre él.

Pero la estrategia de ignorarla parecía estar empezando a funcionar. Había sentido aquellos ojos dorados sobre él cada vez más a menudo durante las últimas cuarenta y ocho horas, aunque cada vez que él miraba, ella apartaba la mirada con rapidez.

Y ahí estaba. Nerviosa, enfadada y al límite. Al fin había acudido a él.

Pero su enfado no tenía nada que ver con él.

–¿Quién si no?

Temeroso de revelar demasiado, bajó la mirada hacia la rosa, que seguía en su regazo, y la observó con concentración, intentando controlar el deseo de sonreír triunfantemente.

–Seguro que lo has adivinado.

–No. No, no lo he averiguado. ¿Quién? –preguntó ella casi rogando, acercándose al límite de la poca paciencia que le quedaba.

Rhys tomó la rosa por el tallo y comenzó a deslizarla pensativo por entre los dedos.

–Tu admirador secreto –murmuró él suavemente, y alzó la mirada para ver el efecto que provocaban sus palabras. Tuvieron todo el efecto que él podía desear.

–¡Admirador secreto! –exclamó ella con un silbido de incredulidad y, como si el suspiro fuese el del aire que se escapa de un globo pinchado, Caitlin se desplomó sobre una silla cercana–. ¿Qué admirador secreto? Creí que…

Se detuvo de pronto, pero no lo suficientemente rápido como para no revelar algo que no quería que él supiera.

–Creías que yo era tu admirador –sugirió él. Entre tanto a ella le faltaban las palabras.

–Yo… yo…

–Bueno, podrías tener razón –dijo él como si estuviese acabando con todo su sufrimiento–. Pero debes saber que no soy el único.

Ella lo miró tan confusa y desconcertada que, por un momento, él sintió pena. Casi.

Pero entonces recordó lo que le había hecho. Aquel pequeño y vulnerable bebé que ella debía saber que era suyo y que apartaba de él, de modo que su corazón se endureció de nuevo.

–Pues no lo sé. ¿Quién es?

–No sé si debo revelar su secreto.

Había ido demasiado lejos. Vio en su cara cómo la ira de sus ojos se convertía en rechazo.

–No lo sabes, ¿verdad? –dijo ella mientras se ponía en pie de golpe–. ¡Estás fingiendo! De hecho no creo que haya nada parecido a un admirador secreto. Te lo estás inventando.

No se le había ocurrido hacer una cosa así. Pero habría valido la pena. Estaba espectacular cuando se enfadaba, con sus ojos color ámbar brillando y sus mejillas encendidas. Y el modo en que lo desafiaba de pie con las manos en las caderas hacía que sus pechos sobresaliesen de una forma que cualquier hombre apreciaría. Y más desde aquel ángulo.

–¿Por qué habría de hacer una cosa así?

–¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni idea de lo que se te pasa por la maldita cabeza. Sólo porque rechacé tu invitación a cenar…

–¿Quién ha rechazado una invitación a cenar? –dijo otra voz en un intento por suavizar la situación. Era el padre de Caitlin. Rhys lo reconoció al instante. Bob Richardson había aparecido por sorpresa y ahora estaba de pie junto a su hija.

–Ah, nada –murmuró ella, decidida a no continuar con la conversación, pero Rhys no iba a dejarla escapar tan fácilmente.

–Invité a su hija a cenar y ella se negó. Dice que el personal no puede mezclarse con los huéspedes.

–¿Cait? –dijo el padre. Caitlin gimió por dentro ante la expectativa de lo que le esperaba. Tenía razón–. ¿De que hablas? Sabes que eso no…

–No era una invitación en serio, papá.

Ella conocía esa mirada y haría cualquier cosa por borrársela de la cara. Esa mirada de «necesitas salir más y pasártelo bien. Eres muy joven» había aparecido al menos una vez al día, si no más, desde lo de Amelie y Josh.

–¿Qué te hace pensar eso? –dijo Rhys tras doblar el periódico y ponerse en pie. Sus movimientos suaves y su altura imponente le dieron a Caitlin la impresión de que era como una serpiente mortal preparada para abalanzarse–. ¿Qué te hace pensar que no lo decía en serio?

–Bueno… yo… tú… –comenzó a decir. ¡Al diablo! Iba a decirle la verdad–. Bueno, no puede decirse que te sintieras desilusionado.

No, aquello había sido un error. Un tremendo error. El brillo en sus ojos se acentuó aún más, advirtiéndole que había caído en una trampa que ni siquiera sabía que existía.

–Lo decía en serio –dijo él suavemente–, y sí me desilusioné.

Caitlin tuvo sentimientos encontrados en su cabeza y se debatió entre cuál expresar. Por un lado tenía la sospecha de que aquello no era más que un juego para él, pero, por otro lado, no podía evitar pensar que, a lo mejor, lo había dicho en serio.

No quería admitirse a sí misma que se había sentido desilusionada al pensar que él se había dado por vencido en lo de invitarla a salir. Que había estado deseando que lo intentara de nuevo, a pesar de que ella misma sabía que daría la misma respuesta.

Se dijo a sí misma que no quería ir a cenar con él. No quería ir a ninguna parte con él. Pero, a pesar de que estaba decidida a no pensar en ello, en seguida olvidaba su determinación.

–¿De verdad querías invitarme a cenar?
–Si no, no lo hubiese preguntado.
–¿Y dijiste que no? –preguntó Bob–. Creo que es justo lo que necesitas.
–Pero si es la política de la empresa… –dijo Rhys con la cantidad justa de comprensión para convencer al padre y ponerla a ella de los nervios.
–Señor Delaney, no sé de dónde saca usted la idea de que les prohíbo a mis empleados socializarse con los huéspedes pero, créame, no existe tal norma. Además, esto puede ser lo que mi Cait necesita. Lo ha pasado mal últimamente.
–¡Papá, no puedo! –exclamó Caitlin con rapidez antes de que su padre entrara en detalles de todas sus miserias y desgracias durante el pasado año. Ya se sentía lo suficientemente vulnerable sin necesidad de contar sus penas delante de un completo desconocido–. ¡No puedo dejar al bebé!
Aquello pretendió ser un susurró para que Delaney no se enterara, pero llegó a sus oídos y giró la cabeza para mirarla.
–¿Tienes un… bebé?
«Maldición», pensó Rhys. Había estado a punto de estropearlo todo. Él ya sabía lo que ella estaba a punto de decir, la siguiente excusa para evitar cenar con él. Y como resultado casi reaccionó de modo equivocado.
Le llevó un par de segundos darse cuenta de que debería reaccionar con total sorpresa y confusión y no como si ya lo supiera.
A no ser que Sean le hubiese mencionado a Caitlin la conversación en el ascensor sobre el bebé. Eso dejó a Rhys totalmente confuso y sin saber lo que podía y no podía decir.
Así que cuando habló, apresurándose para disimular su vacilación, sonó como si fuera la típica tía solterona que se enteraba de la existencia del bebé.
Era evidente que Caitlin también lo notó.
–¡No es mía! –contestó a la defensiva–. Ella es… era la hija de mi prima.
–Hemos tenido un fallecimiento en la familia recientemente –dijo Bob a modo de explicación.
–Lo siento.
Rhys tuvo que hacer un esfuerzo para decirlo. No es que no sintiera la muerte de Amelie. Estaba tan llena de vida que no había nadie que pudiese no lamentar su muerte. Pero su mujer lo había abandonado no una, sino dos veces. Una vez cuando había dicho

que ella nunca tendría hijos. La segunda vez cuando, tras una falsa reconciliación, ella se había dado cuenta de que él sabía que sólo lo quería por su dinero. Lo había utilizado demasiadas veces como para no estar resentido.

Además, le costaba trabajo compadecerse de esos dos, que se habían aprovechado de la muerte de su mujer para arrebatarle su bebé y quedárselo para ellos.

–¿Así que tú cuidas del bebé?

–Eso es.

–¿Acaso no tiene padre?

Padre e hija se dirigieron una mirada fugaz como si compartieran algún secreto. Algo que no estaban preparados para revelarle al mundo.

–Amelie y su marido acabaron separándose de mala manera –explicó Bob–. Él no estaba interesado en tener hijos. De hecho le dijo que abortara. Por eso rompieron.

–¿Qué?

Esa vez Rhys no pudo evitarlo. A pesar de todo el esfuerzo que puso por controlarse, la exclamación de incredulidad escapó a sus labios.

¿Amelie había dicho que él había sugerido que abortara? ¿Cómo pudo? ¿Cómo se atrevió?

¿Y cómo se atrevía esa gente?

–Lo sé. No puede usted imaginárselo.

Durante un par de segundos Rhys no pudo ni siquiera interpretar el tono de Bob y, mucho menos, saber lo que lo había motivado. Pero entonces se dio cuenta de lo que pensaba aquel hombre.

Había interpretado el arrebato de Rhys como un indicativo de su horror ante el comportamiento del marido de Amelie. De algún modo, cuando pensaba que se había descubierto a sí mismo, había hecho justo lo contrario.

Bob Richardson lo miraba con aprobación e incluso su hija parecía haber suavizado su postura. Ella lo miraba con algo menos de odio.

–Qué suerte que estuvierais allí para quedaros con… ¿era una niña? –dijo Rhys. En esa ocasión sonaba como si fuera parte del asunto–. Para quedaros con ella.

–No podíamos hacer otra cosa.

Fue Caitlin quien habló, poniéndose a la defensiva por alguna razón que Rhys no comprendía. Había cierta sospecha en sus ojos. Estaba ocultando algo. Y algo le decía a Rhys que era algo que le ocultaba también a su padre.

–Claro que no –contestó Rhys. Detestaba sonar comprensivo y cercano. No le quedaba otro remedio.

Sospechaba que, si actuaba en ese momento, correría el riesgo de espantarla. De ese modo ella podría tomar al bebé y huir. Y, si lo hacía, todas las semanas de cuidadosas investigaciones habrían sido en vano. Tardaría meses en volver a encontrarla.

Meses hasta que pudiera tomar a su hija en brazos.

Su hija, cuyo nombre aún no sabía.

Así que se tragó la ira y se esforzó por mantener el tono suave y comprensivo.

–No tendríamos que ir muy lejos. Podríamos cenar en el hotel.

–Ah, eso –dijo Bob, y se dio cuenta de que no era a él al que le tocaba contestar–. ¿Cait? Yo haré de canguro por ti.

A juzgar por la mirada de su padre, Caitlin suponía que él quería que lo hiciera. Pensaría que era bueno para ella.

Y la verdad era que probablemente lo fuera. No podía encerrarse en sí misma y llorar a Josh para siempre.

Pensó que quizá se había equivocado con Matthew Delaney, pues no veía nada en sus ojos por lo que debiera preocuparse. Era ella la que había tenido el problema desde el principio.

–¿Y bien?

–No sé.

–Te aseguro que me encantaría que aceptaras mi invitación –dijo él con suavidad. Y Caitlin notó cómo su padre se apartaba cuidadosamente–. Por favor.

¿Qué podría decir? ¿Cómo podría negarse cuando aquellos ojos no dejaban de mirarla y aquella voz se había suavizado hasta tal punto?

«Admítelo», dijo una voz en su cabeza. «Asume la verdad. Estás alucinada porque un hombre tan atractivo como éste se haya fijado en ti. Desde Josh y su traición te cuesta trabajo creer que cualquiera así pueda querer que cenes con él».

Josh había sido un hombre muy guapo y, además, muy rico. A Caitlin siempre le había parecido imposible que la eligiera a ella sobre todas las demás. Siempre había estado convencida de que, algún día, aparecería otra mujer más parecida a él y entonces se iría con ella.

Y, cuando Amelie apareció en sus vidas, sus sospechas se habían convertido en certezas.

Pero ésa no era razón para rechazar la invitación de aquel hombre.

–¿Quién dejó la rosa?

Antes de responder, Rhys sonrió con malicia haciendo que a Caitlin se le acelerase el corazón.

–El joven Sean –dijo él abiertamente–. Creo que está locamente enamorado de ti. Pero no le digas que te lo he dicho.

–No lo haré –contestó Caitlin. ¿Cómo iba a decir algo cuando acababa de abrirle los ojos? Él podría haberle dado mucha importancia al hecho de que ella había sospechado de él desde el principio–. Y sí, cenaré contigo esta noche.

Si él hubiera hecho algún comentario inteligente o hubiera parecido triunfante, entonces habría cambiado de opinión.

Pero no lo hizo. Sólo sonrió gentilmente y con placer y murmuró en voz baja y grave:

–Gracias. ¿Te viene bien a las ocho?

–Supongo. Miraré el libro de reservas.

Se sintió aliviada por tener la oportunidad de escapar e ir hacia el mostrador de recepción para concentrar su atención en las páginas y comprobar la fecha. Fue mientras hacía eso cuando notó cómo él se acercaba y se colocaba tras ella.

–A las ocho hay un problema –dijo ella sin mirarlo. Su corazón latía de tal forma que supo que se le había puesto la cara roja–. Pero si quedamos a y media…

–A y media me viene bien.

–Genial.

Mientras garabateaba la hora sobre el papel un mechón de pelo se le puso en la cara y se le metió en el ojo. Exclamó molesta y se lo colocó detrás de la oreja.

A Rhys le costó mucho mantener la compostura al ver aquel pequeño gesto. Su escaso autocontrol ya había sido puesto a prueba con lo que le había dicho del bebé. La ira que había crecido dentro de él al escuchar el modo en que lo habían descrito, como ex marido de Amelie, todavía estaba oculta en su interior esperando explotar.

Sólo le quedaba rezar para que su apariencia externa disimulara el modo en que había cerrado sus puños con fuerza para meterlos en los bolsillos.

Pero ahora tenía otro sentimiento en el cuerpo. Un sentimiento diferente pero igual de primitivo. Un hambre física que consumía cualquier pensamiento racional.

Pero no cualquier pensamiento.

Porque, de forma inesperada, sintió una momentánea compasión. Ternura. Un deseo por abrazarla, protegerla y

acariciarla.

Era la forma de sus mejillas la que provocaba esa sensación. La delicada curva de su mandíbula, su rostro ligeramente sonrosado.

Todo formaba una mezcla irresistible. Y él no podía luchar por no sentirse atraído.

Se le secó la boca y la garganta. Se inclinó hacia ella y sintió su fragancia de flores a su alrededor. Se le agarrotó el cuerpo y casi no podía ver nada mientras acercaba sus labios para darle un suave beso bajo la oreja.

Caitlin se quedó helada durante un segundo y luego se dio la vuelta asustada con los ojos muy abiertos.

–¿Qué…?

Enfado fue lo primero que se le vino a la boca. Enfado y rechazo.

Pero, tan pronto como sus ojos se encontraron con los de él, el rechazo se evaporó. Y el enfado se esfumó inmediatamente después. En lugar de eso tuvo la extraña sensación de estar mirando a los ojos del destino. De algo que no entendía, pero que iba a cambiar su vida para siempre.

–¿He roto las reglas? –preguntó él suavemente–. Porque, si es así, no puedo decir que lo sienta.

–Sí… No –dijo Caitlin sin saber cómo contestar ni el qué.

¿Reglas? ¿Qué reglas? Parecía que, incluso su vida cotidiana y aburrida, había perdido su significado y se le escapaba de las manos.

–No –dijo finalmente, y ésa pareció ser la respuesta que le agradó. De pronto los ojos de Delaney parecían menos peligrosos y su boca esbozó lo que parecía ser una sonrisa.

–No pude resistirme. Quería besarte. Quería hacerlo desde el principio, igual que quería que cenaras conmigo esta noche.

–Me alegro. Yo… yo también quería.

Y Caitlin se dio cuenta mientras lo veía alejarse de que lo que más le asustaba era lo cierto de la afirmación.

Capítulo 3

CREO que es hora de que nos vayamos –dijo Rhys mirando su reloj. Luego alzó la mano para llamar al camarero–. ¿Te das cuenta de que somos las únicas personas aquí?

–¿De verdad? –preguntó Caitlin mirando a su alrededor. El movimiento se repitió en las docenas de espejos que cubrían las paredes del restaurante.

–¿Dónde ha ido todo el mundo?

–Al bar. A sus habitaciones. A la cama.

¿Estaba sólo en la mente de Rhys o aquellos ojos dorados que lo habían estado observando toda la noche se habían oscurecido al pronunciar aquellas palabras, como si reflejaran sus deseos?

Puede que los tres primeros días desde su llegada al hotel no hubieran cambiado nada, pero las tres horas que había pasado con ella en el restaurante habían dado un resultado mejor del que esperaba.

En ese tiempo Caitlin Richardson parecía haberse convertido en otra mujer. Hasta tal punto que casi no la reconocía como la recepcionista tensa que lo había recibido a su llegada al Linford.

Lo más destacable era el cambio físico. Se había quedado tan alucinado que no había sabido qué decir. Y por primera vez en los meses desde que había conocido la existencia de su hija, todo pensamiento sobre el bebé se había esfumado de su cabeza.

Sólo pensaba en una cosa: deseaba a esa mujer. La deseaba de tal modo que le dolía y quería gritar.

Había sustituido su uniforme blanco de trabajo por un vestido de seda azul oscuro que se ajustaba perfectamente a su figura y le llegaba hasta por encima de las rodillas. No tenía mangas ni tirantes y resaltaba sus pequeños pechos de modo que Rhys tuvo que hacer un esfuerzo por apartar la mirada. Sobre el vestido llevaba una blusa de gasa transparente que resaltaba su delicada piel, haciéndola más atractiva. Finalmente llevaba unos zapatos

elegantes, muy pequeños y con un ligero tacón, que enfatizaban la delgada longitud de sus piernas, cubiertas por unas medias de seda.

En esa ocasión llevaba el pelo suelto y brillante, que captaba la luz de la lámpara de araña de tal forma que se notaban los reflejos color oro y bronce entre el color castaño de su melena. Mediante el maquillaje había conseguido que sus ojos parecieran más grandes, sus pestañas más largas y su boca brillante y deseable.

Pero el cambio más importante era el de su personalidad. Parecía más suave y cálida, decidida a relajarse y pasárselo bien. Había sonreído. Se había reído. Había charlado amigable y abiertamente. Y había dado la impresión de disfrutar la velada a fondo.

Eso le daba esperanzas a Rhys para dar el siguiente paso de su plan sin tardar demasiado.

–¿Te apetece tomar algo en el bar? ¿Un licor, o un brandy?

–No. Creo que no. Será mejor que regrese.

¿Había pesadumbre en su voz? Rhys esperaba que así fuera. Sonaba como si no le apeteciese irse.

–Iré contigo.

Caitlin puso cara de sorpresa e incredulidad al escuchar eso.

–Sólo son un centenar de pasos.

–Pero siempre acompaño a mi cita a casa al final de la velada.

Notó cómo ella registraba la palabra «cita» y le daba vueltas en su cabeza y se debatía consigo misma sobre si iba a dejar que se saliese con la suya o no.

–No hace falta.

–Caitlin –la interrumpió él–, deja que lo haga.

Había puesto el tono de voz perfecto, mezclando la preocupación e insistencia con un toque de necesidad en sus palabras. Y sabía que lo conseguiría al verla abrir la boca para negarse y luego volver a cerrarla.

–Matthew, de verdad que no creo que sea necesario.

–Pero yo sí lo creo.

Ella no podía saber lo que a él le provocaba oír su voz, ligeramente áspera, pronunciar su nombre, al menos el nombre que a ella le había dado. Algo se removió en su interior y tuvo que contenerse y cerrar la boca con fuerza para no decirle la verdad.

Tendría que hacerlo tarde o temprano, pero primero quería conseguir que lo viera con un poco de simpatía. De ese modo tendría ventaja sobre ella cuando finalmente le dijera por qué estaba allí. Cuando le exigiera que le devolviera a su hija.

Pero, al mismo tiempo, había una necesidad que lo ponía

nervioso. La necesidad de decirle su verdadero nombre. Y decirlo en otras circunstancias que no fueran para ponerle pegas.

Podía imaginarse cómo sonaría su voz en la oscuridad de una habitación. En los momentos posteriores al sexo.

Se sintió enormemente agradecido de que la necesidad de abrir las puertas para dejarla pasar fuera actividad suficiente para distraer tanto su atención como la de ella del hecho de cómo su cuerpo lo estaba traicionando. Estaba excitado, caliente y hambriento, con el pulso cada vez más acelerado.

El aire frío del exterior ayudó a calmar su calor, pero hizo poco por saciar su hambre y disminuir su pulso. Y la verdad es que la visión de Caitlin caminando un par de metros por delante de él, moviendo sus caderas, empeoró sus sensaciones. Tanto que tuvo que detenerse para luchar contra sus reacciones e intentar recuperar el control.

Había pasado mucho tiempo desde que no sentía nada parecido por una mujer. Y era sumamente inconveniente que le pasara en aquella ocasión, con aquella mujer. Cuando necesitaba controlar cada movimiento y cada pensamiento. Cuando quería asegurarse de que el ganador era él, no ella.

–¿Matthew? –preguntó ella. Se había detenido unos metros por delante y lo estaba mirando con el ceño fruncido–. ¿Matthew? –dijo de nuevo, y él se dio cuenta de que, por unos segundos, no había reaccionado al oír su nombre falso–. Creí que querías acompañarme.

–Y a mí me dio la impresión de que no querías que te molestara –contestó él, intentando en vano parecer brusco–. ¿Y bien? ¿Sí o no?

¿Y bien? Aquellas palabras se repitieron en la mente de Caitlin, que luchaba por encontrar una respuesta que pusiera fin a la oscilación que había estado sufriendo desde que aquel hombre había entrado en su vida.

Se había sentido, si no feliz, al menos segura. Si no dejaba que entrara nada nuevo en su vida, nada emocional, entonces nada podría herirla. Al menos ése era su razonamiento. Pero entonces había aparecido ese Matthew en el hotel y parecía haber destrozado todas las defensas que había construido alrededor de su corazón.

La había tocado. Si no físicamente, al menos mentalmente. Y no quería que nadie la tocara.

–¿Y bien?

¿Por qué tenía la impresión de que le estaba preguntando por algo más que por la pregunta que había desencadenado todo

aquello? Mientras lo miraba vio cómo la luz de la luna se reflejaba en su cara de modo que sólo podía ver la mitad de su rostro. El perfil que daba de frente a ella. El resto de sus rasgos faciales permanecían a oscuras, invisibles y totalmente imposibles de interpretar.

Aquello encajaba con cómo se sentía ella con respecto a él. La idea que tenía de que él no le estaba mostrando su verdadero yo. Que sólo veía una parte de él. La parte que estaba a la luz.

¿Pero qué pasaba con la parte que estaba en la oscuridad?

No, estaba siendo ridícula. Decidió dejar de pensar en ello. ¿Qué podría hacerle? ¿Qué podría ocurrir en un corto paseo, con las luces y las ventanas de las habitaciones del hotel por todas partes?

¿Y porque estaba diciendo que no cuando la verdad era que quería decir que…?

–Sí.

La respuesta escapó a sus labios antes de que pudiera pensarlo por segunda vez y, cuando él se situó a su lado, ella supo que no quería pensarlo más. Una vez más ese sentimiento de juventud y vida bulló dentro de ella y supo que iba a seguir adelante.

Quería seguir adelante.

Había estado sola durante demasiado tiempo. Mucho más de lo que nadie de su familia imaginaba. Se lo había pasado bien esa noche con aquel hombre tan encantador. Por primera vez en mucho tiempo había olvidado que su amante, el hombre que había creído que estaba a un paso de convertirse en su prometido, la había engañado con su prima Amelie.

Así que cuando sus manos se rozaron, como ocurría frecuentemente cuando dos personas caminaban juntas, ella no apartó la suya, sino que la dejó allí.

Él captó la indirecta y entrecruzó los dedos con los de ella de modo que a Caitlin le costó trabajo respirar durante unos segundos. Y cuando pudo respirar de nuevo se sintió mareada por el torrente de oxígeno que llegó a su cerebro. Y por el torrente de otra cosa muy distinta y primitiva que llegó a las zonas más femeninas de su cuerpo.

–Me lo he pasado muy bien esta noche –le dijo ella–. La cena fue estupenda.

–Has de agradecérselo al chef de tu padre.

–Por la comida sí. Marcel es brillante. Pero disfruté más con la compañía.

–Me alegro de que pienses eso –dijo él en voz baja y áspera–. Yo también me lo he pasado bien.

Ya habían llegado al final del camino, al pie de los escalones que ascendían hacia el pequeño edificio que constituía la casa de Caitlin. Ella se detuvo y lo miró.

–Bueno, aquí estamos. Sanos y salvos después de ese largo y tortuoso viaje.

La sonrisa de Rhys ante aquella broma fue amplia, brillante y totalmente incontrolada. Su cara estaba completamente iluminada por la farola, de modo que ella podía ver su rostro con total claridad. Y el lado oculto, el que antes no veía, era igual que el resto: abierto, amigable y sumamente atractivo.

¿Y qué esperaba? Debía dejar de ser tan caprichosa.

–Ya has cumplido con tu cometido. Traerme a casa.

–Sana y salva –dijo él mientras le acariciaba la mejilla con un dedo. Entonces se inclinó hacia ella mirándola a los ojos–. Así que ésta es la despedida.

–No tiene por qué serlo –dijo ella, aunque no sabía que iba a decirlo hasta que oyó las palabras salir de su propia boca–. Tú siempre acompañas a tus citas a casa y yo siempre les ofrezco mi café cuando me llevan hasta la puerta. Así que…

–Sí.

No necesitaba fingir que necesitaba más explicaciones de lo que ella había dicho. Mientras hablaba, deslizó su brazo por los hombros de Caitlin y por su espalda hasta su cintura para girarla lentamente hacia los escalones. Entonces le dio un suave beso en la cara.

–Yo siempre digo que sí.

Caitlin sentía como si el brazo que tenía en la espalda la hubiera levantado del suelo, como si no tuviera los pies sobre la húmeda piedra de los escalones. Comenzaron a subir despacio pero, entonces, ella sintió incrementada la presión en su cintura y comenzó a andar más deprisa hasta ir casi corriendo, corriendo hacia arriba y a través del patio.

Incluso dejó escapar una exclamación de irritación e impaciencia al pensar que la puerta estaba cerrada y que iba a tener que buscar la llave, retrasando aún más el momento en que pudiera estar a solas con ese hombre en la privacidad de su hogar.

–¡Por fin!

Las palabras escaparon a sus labios de forma instintiva y ella habría jurado que oyó el eco mientras él se acercaba a ella con rapidez.

–Me alegro mucho de que me invites a pasar –dijo él agitando la cabeza de manera que las gotas de lluvia salieron disparadas contra

las paredes.

–¿Por la lluvia? –bromeó Caitlin casi sin aliento, sabiendo que no tenía nada que ver con la prisa con que había subido los escalones.

–No, no por la lluvia –dijo con voz ronca–. Por esto.

La tomó por el brazo y la giró hacia él, no bruscamente pero tampoco gentilmente. Ella presionó su cuerpo contra el suyo y dejó escapar el aliento. Aliento que no se había dado cuenta que estaba conteniendo hasta que soltó un gemido.

Fue el único sonido que fue capaz de articular mientras él la abrazaba con fuerza y mientras aproximaba su cara húmeda y fría por el aire.

Pero su boca estaba caliente. Caliente como el infierno. ¿O quizá caliente como el cielo?

Porque el cielo tenía que ser parecido a eso. Parecido a aquel torrente de felicidad que casi no la dejaba pensar. Aquel torrente que le aceleraba el pulso y que le hizo devolverle el beso con un ansia cercana al dolor.

El cielo tenía que ser así de brillante, de ardiente y de increíble.

Tanto que la pérdida del mismo fue como la pérdida de la propia vida.

Porque no duró. No podía durar y mantener aquella intensidad. Ya ni siquiera pensaba con claridad. Era como si le hubieran volado la cabeza. Como si el suelo bajo sus pies se balanceara haciéndola perder el equilibrio.

–Matthew –dijo medio ahogada, agarrándolo por los hombros por miedo a caerse–. Matt…

Pero tenía razón. No podía durar. Mientras intentaba pronunciar su nombre con la garganta seca él apartó la boca y murmuró algo bruscamente.

–¿Qué?

Ella intentó mirarlo fijamente, pero lo veía todo borroso.

–¿Qué sucede?

–¿Suceder? –repitió él con la garganta casi tan seca como la de ella–. No sucede nada. Sólo que esto puede, debe, esperar. Tu padre…

–¿Mi padre? –dijo ella, y de pronto se dio cuenta de lo que quería decir–. Mi padre no está aquí.

–Pero yo creí… Él dijo que…

Se había quedado de piedra, así que retrocedió lentamente. Ella deslizó los dedos por sus brazos hasta descansar sobre sus caderas.

–Dijo que haría de canguro. Pero no viene aquí. Se lleva al bebé a su piso en el edificio principal. De ese modo puede estar al corriente si ocurre algo.

–¿No está aquí? ¿El bebé no está aquí? –preguntó él lanzándole las palabras como balas.

–No. Ya te lo he dicho –insistió. ¿Había hecho algo mal? ¿Qué era lo que había dicho que lo había hecho cambiar de aquel modo? Entonces lo agarró con fuerza al sentir cómo sus músculos se movían–. ¡No!

Él se apartó bruscamente y se giró hacia la puerta. A Caitlin se le aceleró el corazón de golpe por el miedo. ¿La estaba abandonando? ¿Iba a marcharse? ¿Pero por qué? Sólo un momento antes…

Se relajó ligeramente al verlo dudar. Entonces él cerró la puerta de un portazo, con más fuerza de la que era necesaria.

–Así que el… tu padre no está aquí. Ni el bebé.

–No, ya te lo he dicho. Están los dos en el edificio principal.

¿Por qué de pronto su voz sonaba áspera, como la de un desconocido y no como la del hombre encantador y atento que la había acompañado durante la cena, que le había servido el vino y que había contestado a sus preguntas y se había reído con sus chistes?

–¿Qué… qué ocurre?

Él se dio la vuelta lentamente y respiró hondo mientras lo hacia. Luego se pasó la mano por el pelo. Pero, cuando la miró de nuevo sonriendo, Caitlin se dio cuenta de que sus miedos no tenían ningún fundamento así que los desterró de su cabeza.

–No ocurre nada –respondió él–. Nada malo. Más bien al contrario. Es sólo que esperaba que tendríamos compañía, tu padre y… el bebé. No esperaba que estuviéramos solos.

Caitlin sintió un alivio tan grande que no pudo hacer otra cosa que apoyarse contra la pared y sonreír. Había estado tan convencida de que iba a marcharse, de que había cometido algún error que lo apartaría de ella justo cuando se había admitido a sí misma lo mucho que deseaba que se quedara.

–¿Así que no te importa?

–¿Por qué debería importarme? ¿Acaso no llevo días intentándolo?

–¿Ah, sí?

–Y no te has dado ni cuenta.

Sonaba exasperado, pero se sintió aliviada de ver que conservaba la sonrisa, en contraste con la oscuridad de sus ojos.

–¿Quieres… quieres estar a solas conmigo?

Sonrió más aún y agitó la cabeza como si se sintiera exasperado por la incredulidad de ella.

–Lo dices como si fuera lo último que esperabas. Claro que quiero estar a solas contigo.

–¿Pero por qué?

–¿Por qué? –preguntó, y le echó una mirada feroz. Una mirada que decía que no era posible que fuera tan tonta y tan inocente–. ¿De verdad tienes que preguntarlo? Ya conoces la respuesta. ¿Por qué quiere un hombre estar a solas con una mujer?

Ahora era la oportunidad para decirle que estaba equivocado. Que todas esas suposiciones arrogantes estaban equivocadas. Que lo había invitado por cortesía y nada más.

¿Pero cómo podría decirle eso cuando ella misma sabía que no era cierto? Se engañaría a sí misma si dijera eso.

–¿Por qué me has invitado a pasar?

–¿Para tomar café? –se aventuró a decir ella, sabiendo que no era por eso en absoluto.

Al oír cómo se reía supo que había captado la ironía en su voz. La había captado y comprendido.

–Para tomar café –dijo él suavemente mirándola con sus ojos azules–. Bueno, si insistes, empezaremos con el café. Pero creo que ambos sabemos muy bien que la cosa no acabará ahí.

Y, al recordar el apasionado beso que aún permanecía en sus sentidos, Caitlin ni siquiera intentó discutir consigo misma, y mucho menos con él.

Capítulo 4

RHYS merodeó incansablemente alrededor de la pequeña sala de estar buscando algo, cualquier cosa, que le pudiera dar alguna pista sobre su bebé.

Había ido ahí con Caitlin esa noche con la absoluta certeza de que el bebé estaría allí. Que podría ver a su hija por primera vez. Y la noticia de que no sería así le cayó como un jarro de agua fría.

Durante unos momentos sintió desilusión y frustración en su cabeza como si fuera una explosión que lo desequilibraba. Lo desequilibraba tanto que casi se delató a sí mismo.

Casi había perdido el control; casi le había gritado, transmitido todo su dolor y frustración, dejando claro que no estaba allí por las razones que ella pensaba.

«¡No me llames Matthew!». Aquellas palabras habían estado en la punta de la lengua y le había costado un gran esfuerzo y lucha interior conseguir tragárselas de nuevo.

El bebé no estaba allí. No iba a ver a su hija esa noche. Y la frustración de aquel hecho devoraba su alma como un cáncer.

–Pon algo de música si te apetece –dijo Caitlin desde la cocina, donde se encontraba colocando unas tazas sobre una bandeja y llenando una jarra con leche–. Hay algunos CDs en la esquina. Elige el que quieras.

–Estoy bien así, gracias.

Fue difícil hacer que sonara convincente. No es que «bien» no definiera el estado en que se encontraba; es que se encontraba a millones de kilómetros de estar «bien», y el tono de su voz lo dejaba bastante claro.

O quizá no. La verdad era que Caitlin no pareció notarlo. Pero quizá era que el tono de su voz quedaba distorsionado por la puerta medio abierta que se interponía entre ellos, además de por el sonido de la tetera, que empezaba a hervir.

En cualquier caso, Rhys decidió examinar la pila de CDs que

había en una esquina. Cualquier cosa para que ella no sospechara nada. Para evitar que pensara que tenía otros motivos para estar allí.

–¿Hay algo que te apetezca escuchar?

Si contestó, él no la oyó. Había desviado de nuevo la atención hacia la pequeña habitación en que se encontraba. Era… Buscó la palabra que mejor lo describiera.

No era nada reveladora.

Era la única descripción posible. No decía nada sobre la mujer que vivía allí excepto que… Rhys observó las carátulas de los discos… le gustaba la música folk y clásica.

La habitación era confortable. Tenía sillones grises y un pequeño sofá cubierto con cojines con rayas de colores cálidos. También había un ramo de crisantemos blancos en un jarrón verde junto a la ventana. Era una habitación muy femenina, fresca, relajada y acogedora, pero tenía muy pocos rasgos que revelaran algo sobre el carácter de su dueña. Ni siquiera había fotografías. Concretamente no había ni una sola foto de la personita que él más ansiaba ver.

–¿Dijiste que no llevabas aquí mucho tiempo?

Examinaba las carátulas mientras hablaba, se los pasaba de una mano a otra pero, en realidad, no miraba lo que había en ellas.

–En efecto. Estuve trabajando en Francia hasta que… –el sonido de las tazas sobre la bandeja no dejó escuchar lo que acababa de decir–. Entonces papá me ofreció el trabajo de recepcionista y vine aquí.

–¿Y te trajiste al bebé de tu prima contigo?

–La verdad es que Amelie no era realmente mi prima –dijo mientras la tetera comenzaba a silbar. Rhys oyó cómo Caitlin la retiraba del fuego y vertía el agua sobre los granos de café que estaban en una cafetera de cristal– Mi madre y la suya eran las verdaderas primas, pero he olvidado en lo que eso nos convierte. Siempre me refiero a ella como mi prima porque así es más fácil. ¿Quieres azúcar?

–No, gracias.

Rhys se dio cuenta de que llevaba un minuto observando los CDs sin ni siquiera mirarlos, así que los depositó de nuevo rápidamente sobre la estantería. Los apiló precariamente de modo que la pila se tambaleó y el CD superior cayó al suelo.

Maldijo en voz baja y se agachó para recogerlo, pero se quedó helado al contemplar un pequeño objeto blanco que yacía sobre la alfombra gris, medio escondido bajo uno de los sillones.

Se le quedó la boca seca, al igual que la garganta. El corazón se

le aceleró, latiéndole con fuerza en el pecho, y los ojos comenzaron a escocerle debido a las lágrimas que luchaban por salir.

Un patuco. Un pequeño patuco de lana blanca. El patuco de un bebé.

Intentó alcanzarlo, pero le temblaba tanto la mano que no podía. Él también lo veía todo borroso.

–¡Basta! –se dijo a sí mismo–. ¡Basta!

Al segundo intentó consiguió alcanzarlo. Era el patuco de un bebé. El de su bebé. El de su hija.

Aquel pequeño objeto, que necesitaba un lavado, era la primera evidencia real de la existencia de su hija.

Lo apretó fuerte con los dedos y sintió que nunca iba a ser capaz de soltarlo. Era la primera vez, desde que supo de su existencia, que tocaba algo que, a la vez, había tocado la piel de su hija.

No fue capaz de resistir el impulso y se lo acercó a la nariz para olerlo. ¿Eran imaginaciones suyas o aún tenía su olor?

–¿Matthew? –la voz de Caitlin lo devolvió a la realidad y vio que estaba de pie en el marco de la puerta con la bandeja en las manos–. ¿Qué has encontrado?

–Nada, una cosa que estaba en el suelo –dijo él, e hizo un gesto con la mano que sostenía el patuco.

–Ah, así que ahí era adonde había ido a parar. Lo había estado buscando.

–Deja que te ayude con eso –dijo intentando distraerla, y se acercó para ayudarla con la bandeja apresurándose a guardar el patuco en el bolsillo de su pantalón. Parecía que lo había hecho para dejarse las manos libres y poder tomar la bandeja, pero sabía que sería capaz de enfrentarse a cualquiera que intentara arrebatarle aquel pequeño objeto–. Siéntate.

Con el ajetreo de hacer que Caitlin se sentara y de servirle la leche en el café, esperaba que su acción hubiese pasado inadvertida. O que, si la había visto, se le hubiera olvidado al instante.

–¿Estabais Amelie y tú muy unidas?

Ya conocía la respuesta y sólo podía estar agradecido de que no hubieran sido buenas amigas. De haber sido así, Caitlin habría estado en la boda y Rhys no habría podido pasar por otra persona.

–En absoluto. La verdad es que no la conocí realmente hasta que nos encontramos en Francia. La última vez que nos habíamos visto había sido hacía más de diez años. Yo tenía doce y ella quince. Quince años muy sofisticados y maduros. Me consideraba como una cría y me miraba como tal.

–¿Y por qué te pidió que cuidaras del bebé?

–¿Por qué?

Caitlin se encogió por dentro, pues él, sin saberlo, había puesto el dedo en la llaga. Por un momento ella quiso soltarlo todo y contarle la verdad, pero lo pensó mejor. No quería que ese hombre tan atractivo e impresionante supiera lo tonta que había sido y cómo se había dejado engañar por su prima y su prometido.

–No creo que tuviera a nadie más. Sus padres habían muerto y no tenía hermanos ni hermanas.

–¿Y el padre? ¿No pensaste en ponerte en contacto con el marido?

La mirada que ella le dirigió desde detrás de la taza de café no dejó ninguna necesidad de usar las palabras.

–Ya sabes lo que opino de él.

–¿Cómo sabes que tu prima te dijo la verdad?

–Ella no me habría mentido –dijo Caitlin muy nerviosa–. Además, no tiene nada que ver con él –añadió. No tenía nada que ver con él porque el marido de Amelie, Rhys, no tenía nada que reclamar. No era el padre del bebé. No según Josh–. Le prometí a Amelie que cuidaría del bebé. Eso era lo único importante.

–¿Y cuándo la vas a traer de vuelta aquí?

–No lo haré. Esta noche se queda con papá.

–¿Seguro? –preguntó él asustado–. ¿Sabrá lo que hay que hacer?

–Ya lo ha hecho antes –contestó ella, pero él seguía pareciendo escéptico–. Estará bien –añadió. Entonces frunció el ceño, viéndolo de una manera diferente–. Me sorprendes. La mayoría de los hombres ni siquiera estarían interesados.

–Yo no soy como la mayoría de los hombres. Algunos sí estamos interesados; más que interesados. Algunos hombres cuidan de los hijos, quizá incluso más que las mujeres. Has dicho que no tiene nada que ver con el marido de tu prima. ¿Pero qué pasa si él no piensa igual? ¿Qué pasa si él quiere cuidar de su hija?

El tono de su voz la dejó helada y sin saber qué decir. No sabía en qué momento había sobrepasado la línea que ni siquiera sabía que tenía, y la preocupaba. Sólo quería retroceder y volver a un punto de la conversación en que ambos estuvieran relajados.

–Ya… ya lo sé. ¿Por qué te crees que te he contado lo de mi prima primero? Tengo que estar alerta. Quiero decir que sé que Amelie me dijo que su marido no quería hijos, pero siempre he tenido miedo de que algún día aparezca y me pida que se la devuelva.

–¿Así que es por eso? Por eso cuando te invité a cenar

reaccionaste como si te hubiera pedido que vendieras tu alma.

Caitlin se puso roja. Se inclinó hacia delante para dejar la taza sobre la mesita y luego encogió las piernas para sentarse sobre ellas en el sofá.

–Creo que te debo una disculpa.

–¿Ah, sí? –preguntó él tras dar un trago a su taza.

Ella asintió con firmeza de manera que se le alborotó el pelo y Rhys se distrajo mirándolo. Caitlin volvió a colocárselo detrás de las orejas con los dedos temblorosos y sonrió.

–Cuando llegaste no fui muy educada. Es sólo que me pilló de sorpresa. No me habían pedido una cita en mucho tiempo.

–No tienes que buscar cumplidos –dijo él mirándola con incredulidad.

–No lo hago. No es lo que quería decir. La gente no te pide salir cuando tienes una relación duradera.

–¿Hay alguien en tu vida?

Caitlin pensó en el espacio que Josh había dejado en su vida. Un espacio que ahora llenaba su hija.

–La verdad es que sí.

–Ya veo.

Caitlin observó el mensaje en la manera en que Rhys se puso rígido, se echó hacia atrás y comenzaba a beberse el café con la intención de ponerse en pie y marcharse.

–Ya no tengo relaciones sentimentales con nadie. Traen demasiadas complicaciones.

–¡No!

Impulsivamente Caitlin se echó hacia adelante y lo agarró por el brazo para evitar que pudiera levantarse.

–Quiero decir que estuvimos juntos una vez. Ya no lo estamos.

Por un segundo estuvo a punto de quitarle la mano de encima, pero se volvió a recostar sobre los cojines.

–Continúa –dijo él, aunque no había nada de ánimo en su tono.

–Él… conoció a otra persona. De hecho se veía con ella y se acostaba con ella mientras aún estábamos juntos –se detuvo. El dolor le crecía por dentro y no le dejaba hablar. No quería recordarlo. Pero tenía que explicarlo–. Me… me fue infiel durante meses antes de que yo lo sospechara.

–Ya veo –dijo él con frialdad–. Y tu prometido…

–Joshua.

–Joshua, ¿está con esa mujer aún?

–Oh, sí –dijo con las lágrimas luchando por salir pero no iba a dejarlas. Josh y Amelie habían muerto en el mismo accidente. No

podían estar más juntos que eso–. Sí. Está con ella, desde luego.

–Pero aún forma parte de tu vida.

Cuando aquel hombre que tenía junto a ella respiró hondo y se pasó las manos por el pelo se dio cuenta de que había estado mirando hacia el pasado, sin ver nada más que dolor y amargura. El movimiento de él hizo que ella reaccionara y lo mirara.

–Es algo permanente –consiguió decir con algo de cinismo.

Pero él no la escuchaba.

–Caitlin –dijo en un tono oscuro y secreto–. Hay algunas cosas que debo decirte. Tenemos que hablar.

–¡No! –se le escapó. Fue instintivo. Un instante impulsivo creado por el dolor de los recuerdos que quería olvidar–. Mejor no hablar.

Josh había dicho «Tenemos que hablar» como prefacio antes de contarle la verdad.

«Tenemos que hablar», aunque Caitlin no había dicho mucho. Había estado demasiado alucinada y devastada para decir algo. Su lengua parecía haberse congelado.

–Josh dijo que teníamos que hablar, y vamos que si habló. Oh, sí. Lo echó todo fuera. Parecía que no podía parar. Dijo que nunca tuvo intención de herirme pero que no pudo controlarse. Dijo que la había visto y se había quedado embobado con ella. Que quería estar con ella.

Se detuvo de pronto y Rhys se inclinó para tomarle la mano para tranquilizarla.

–Eso sí que es hablar.

–Pues sí. Lo siento.

–¿Quieres hablar de ello?

–Creo que ya he dicho más que suficiente.

No quería recordar aquello. Por primera vez lo había apartado de su mente y quería que siguiera así.

–¿Pues qué quieres hacer?

Ella lo miró a la cara. Había estado toda la noche estudiando aquel rostro, en la mesa del restaurante, a la luz de las velas. Los ojos azules, las pestañas espesas, la boca sensual…

Había observado aquella boca con feroz concentración. La había visto sonreír, reír, a veces tornarse cínica. Lo había visto llevarse la servilleta hacia ella, elevar su copa y beber. Había visto sus labios ligeramente enrojecidos por el vino.

Y le había resultado imposible no imaginarse cómo sería sentir esa boca contra la suya, contra su piel.

–¿Caitlin?

–Quiero que me beses.

Era evidente que no era la última cosa que esperaba escuchar. No se mostró sorprendido. Simplemente se inclinó su cabeza con la más dulce de las sonrisas.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, con suavidad y ternura.

–¿Así?

Su juicio le pedía que dijera que sí. Que dijera que eso era lo que quería. Lo que deseaba.

Ése era el camino seguro.

Pero no era seguridad lo que ella deseaba. Se había sentido segura al lado de Josh, pero sólo había hecho falta un día o dos para que esa sensación la hubiese abandonado, aunque no se había dado cuenta en aquel momento, rodeada por las ruinas de aquello en lo que había pensado que se sostenía su vida.

Ya había tenido bastante seguridad. Ya no creía en la seguridad.

–No –dijo en tono de queja–. No. No es eso lo que quiero. No es suficiente.

–Entonces dime lo que quieres, Caitlin. Muéstramelo.

Caitlin no tardó ni un momento en girar su cabeza y acercar sus labios a los de él. Enseguida estaban el uno frente al otro, mirándose.

–Esto es lo que quiero –dijo ella, y le dio un beso largo y lento–. Quiero esto. Y más.

La respuesta audible de él fue una leve risa amortiguada, pero la respuesta física fue todo lo que ella deseaba. Él la besó con más fuerza aún. Cada segundo que pasaba estaba más deseoso. Sacó la lengua de su boca y recorrió sus labios provocadoramente.

Y Caitlin se unió a esa provocación.

Abrió la boca y dejó escapar un largo suspiro de rendición, que se convirtió en deseo y necesidad. Al oírla, él la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza. Con un movimiento rápido la tumbó en el sofá y ella, con la cabeza ligeramente elevada, se preparó para recibir sus besos.

Durante un buen rato se dejó llevar por las sensaciones. Por el sabor de su lengua, la calidez de su cuerpo rodeándola, la esencia de su piel contra la suya propia. Y el pulso de su corazón hizo que la sangre palpitara con fuerza en su cerebro, provocada por el deseo.

–Entonces pensamos igual –murmuró él con voz áspera repitiendo lo que se repetía constantemente en la cabeza de Caitlin–. Ambos queremos lo mismo.

La deseaba tanto que no hizo caso a los gritos de advertencia de su cerebro. Había estado luchando durante mucho tiempo y la verdad era que ya estaba cansado. El bebé no estaba allí. No iba a estar en toda la noche. Ya la vería mañana.

Se había concentrado en eso durante tanto tiempo que sentía como si se hubiese olvidado de él mismo. Pero esa noche tenía otras cosas en las que concentrarse. Algo que aquella mujer podría compartir con él. Podía sentir el deseo en el cuerpo de ella, que se movía bajo su cuerpo aumentando su propio deseo y excitación. Y uno a uno sus pensamientos fueron desapareciendo.

La suave y transparente blusa que llevaba sobre el vestido casi se derritió en sus manos mientras se la quitaba. La piel de Caitlin era cálida y suave bajo su tacto. Inclinó la cabeza para recorrer con besos uno de sus brazos y luego la delicada curva de sus hombros, sintiendo el latir de su corazón al pasar la boca por la base de su cuello.

–Matt… –suspiró ella–. Matt…

Aquella sola sílaba de su nombre, su falso nombre, sonó extraña en sus oídos y produjo una sacudida en su interior. Quería negarlo, rechazarlo, incluso negarse a que ella lo utilizara.

–¡No!

Fue un grito potente y áspero, un sonido de rechazo. Ella abrió los ojos y lo miró preocupada.

–¿No? –preguntó desconcertada.

Rhys sintió como si le hubiera caído encima un jarro de agua. Como la invasión no deseada de la realidad que irrumpía en aquel refugio creado para los dos.

Pensó que podía decírselo. Y, si se lo decía, sabía lo que ocurriría. Se habría marchado antes de que hubiera terminado de hablar. Habría abandonado el sofá y la habitación antes de que pudiera detenerla.

–¿Qué ocurre?

Rhys meneó la cabeza para aclarar sus ideas. ¿Realmente estaba considerando la posibilidad de decirle quién era y lo que hacía allí? ¿A aquella mujer que ni siquiera le había dicho que su mujer había muerto y que su hija había nacido?

¿Realmente le preocupaba ocultarle la verdad cuando ella le había ocultado a él una verdad mucho mayor?

–¿Qué ocurre? –dijo ella de nuevo, más nerviosa–. ¿Qué sucede? –de pronto fue como si se hubiera dado cuenta de algo y apartó la boca para recostarse y poder observar cada rasgo de su cara con preocupación–. ¿Estás casado?

El alivio que sintió al ver que su pregunta era tan fácil de contestar hizo que él echara la cabeza hacia atrás y comenzara a reírse.

–¿Es eso lo que pensabas? ¿No es un poco tarde para preocuparte por eso ahora?

Pero la risa fue la respuesta equivocada pues hizo que ella se pusiera aún más ansiosa e inquieta.

–Contesta. Sí o no. ¿Estás casado?

–No. Te aseguro que no estoy casado. Lo estuve, pero se acabó. No tengo esposa. No hay ninguna otra mujer. Nadie que pueda interponerse entre nosotros.

«Al menos no aquella noche», pensó él al verla cerrar los ojos aliviada. No había nadie que pudiera interponerse entre ellos aquella noche.

–¿Y por qué el «no»?

De algún modo consiguió esbozar una sonrisa vaga que ocultó sus verdaderos sentimientos.

–No pienses que quería decir que no. Lo que intentaba decir era que no nos diéramos tanta prisa. Vamos a tomarnos nuestro tiempo y a hacer las cosas de manera adecuada. Quiero ir a la cama contigo, no echar un polvo rápido en un sofá incómodo.

Notó que aquella explicación la había tranquilizado. Ya no tenía más preguntas que hacerle, al menos por esa noche.

Al día siguiente, cuando le dijera quién era y pidiera ver a su hija, entonces las cosas serían muy diferentes.

Pero esa noche era esa noche, pensó él mientras la besaba una vez más y notaba su inmediata respuesta.

Esa noche era de los dos.

Mañana podía esperar.

Capítulo 5

REALMENTE creo que estaríamos más cómodos en otro sitio.

Al principio Caitlin sólo oyó las palabras pero no el significado. Estaba demasiado excitada como para eso. Demasiado perdida en los sentimientos para permitir que se interpusiera cualquier otro sentido.

–¿Caitlin?

«Sí. Lo que quieras. Donde quieras».

Eso era lo que quería decir, pero no era capaz de hablar. Casi no podía ni abrir los ojos. Los párpados le pesaban y sólo podía ver una mancha borrosa que era la cara de él.

La había besado de forma inconsciente. Había acariciado cada parte de su piel que estaba al descubierto y ella no podía pensar en otra cosa que no fuera su sabor y su olor. Estaba drogada por su tacto y sus besos. Y por el calor y el ansia que palpitaba entre sus muslos.

–¡Caitlin! –dijo con voz más fuerte esta vez, con cierta reprobación–. Me encantaría hacer el amor contigo aquí si es lo que quieres. Pero, como ya te he dicho, creo que este sofá es un poco incómodo y la comodidad de la cama…

–Arriba.

De algún modo consiguió pronunciar la palabra, pero odió tener que separar su boca de la de él para poder decirla. Lo deseaba desesperadamente. Cada parte de él. Cada sabor, cada olor.

–Vamos arriba.

Él dejó que rodase debajo de él y se deslizase hacia el suelo. Pero casi no tuvo tiempo de aterrizar porque la agarró por los brazos y la levantó.

–Arriba –repitió él–. Muéstrame el camino.

A Caitlin no le quedó clara la manera en que abandonaron la sala de estar y llegaron al hall. Caminaban a ciegas, mirándose el uno al otro, besándose. Incluso así llegaron al pie de las escaleras, pero ahí se detuvieron. Entonces él la apoyó contra la pared y la

besó con fuerza, impaciente, ansioso.

–¿Sabes cómo me pones? –preguntó él–. ¿Sabes lo que me haces sentir? ¿Lo mucho que te deseo?

–Creo que puedo imaginármelo –bromeó ella, y se movió con provocación, rozando la pelvis contra su caliente erección.

–¡Caitlin! –dijo medio ahogado–. ¿Quieres que te tumbe en el suelo y te posea aquí y ahora? Porque eso es lo que pienso hacer como no pares de atormentarme así.

La verdad es que, por cómo se sentía, a ella no le importaba demasiado. Ni siquiera pensaba que fuese a tener fuerzas para protestar si él hacía eso. Pero tampoco pudo resistir bromear un poco más.

–Eres tú el que insistió en ir a la cama –le susurró al oído mientras con la lengua recorría suavemente su lóbulo–, y te voy a llevar arriba ahora mismo.

–No creo que pueda hacerlo.

–Haré que merezca la pena –dijo ella mientras comenzaba a subir los escalones, obligándolo a él a seguirla si no quería perder el contacto físico–. Por cada peldaño te daré un beso. Sólo hay doce. Creo que podrás hacerlo.

La respuesta de él fue un gemido que hizo reír a Caitlin.

–Sólo doce. Ahora once.

Casi no pudo terminar de decirlo porque él se aproximó a toda velocidad y tomó el beso que ella le había prometido.

Esta vez fue ella la que se sintió débil. Fue a la que le temblaron las rodillas. Pero él estaba tan cerca que ella podía poner los brazos alrededor de su cuello y dejarse caer para que él la subiera.

–Nueve –susurró él soltando el aliento contra sus pechos de manera provocadora.

–Nueve –repitió ella con un suspiro, pensando en lo que sería sentir sus manos donde había estado su aliento.

Sólo quedaban nueve peldaños. Podía hacerlo si se daban prisa. Podría aguantar lo que quedaba hasta llegar al dormitorio sin volverse loca de deseo. Sin pedirle que dejara de retrasarlo y decirle que la tomara ya.

Pero nadie había dicho que ella no pudiera unirse a la diversión.

Así que se echó hacia delante para besarlo con fuerza. Al mismo tiempo deslizó los dedos por entre su pelo hasta llegar al cuello. Notó cómo le latía el pulso, la calidez de su piel, y su propio corazón reaccionó ante eso. Luego deslizó los dedos por su garganta hasta el nudo de su corbata, que estaba ligeramente aflojado.

–Esto habrá que desabrocharlo –dijo ella mientras le desabrochaba el botón del cuello de la camisa–. Y esto.

–Caitlin…

Ella no sabía muy bien si pronunciaba su nombre para quejarse o para animarla a que siguiera, pero no le importaba. Una vez que hubo desabrochado los dos botones superiores, deslizó sus dedos sobre su pecho y jugueteó con los pelos que encontró. Luego siguió bajando.

–¡Caitlin!

Ella no se daba ni cuenta de cómo se movía él. Sólo sabía que estaba a su lado, con los brazos a su alrededor, agarrándola con fuerza. Hubo un peligroso momento de incertidumbre cuando él se tambaleó ligeramente y ella temió que la dejara caer, pero sólo duró un instante. Al momento ella estaba bien agarrada a él, y él la sujetaba sin problema.

–Ocho –dijo él, y siguió subiendo triunfante–. Siete. Seis. Cinco… –con cada número sus pasos se aceleraban más. Cada vez iba más seguro y decidido–. Tres, dos, uno.

Llegó arriba, se detuvo, miró a su alrededor y enseguida se dirigió a la habitación de Caitlin.

Abrió la puerta de un golpe y la metió dentro. Pero tuvo que hacer un alto al introducirse en la oscuridad de la habitación.

–Cero –murmuró él mientras la dejaba suavemente en el suelo. Ella se deslizó a lo largo de todo su cuerpo de manera provocativa–. Me debes siete besos, cariño. Me lo prometiste.

–Sólo por cada escalón –se rió ella meneando la cabeza–. Eso era el trato.

–¡Al infierno con el trato! –dijo él con voz áspera–. Me debes siete besos y siete besos me darás.

–No te los has ganado.

Pero se los dio de todos modos, como sabía que haría. Al menos lo había intentado. Comenzó con un beso suave y corto. Luego retiró la boca y se dispuso a darle otro similar. Pero dos cosas la detuvieron.

El hombre al que estaba besando y su propio apetito sexual.

Lo besó de nuevo pero, esta vez, no pudo apartarse. Él le pasó las manos por el cuello y luego enredó los dedos en su melena impidiéndola moverse.

La besó con ansia. La besó hasta que ella ya no sentía la cabeza y sus rodillas amenazaban con quebrarse.

Rhys sólo la liberó cuando la necesidad de respirar hizo imprescindible que se separaran. Sólo lo justo para que ella echara la cabeza hacia atrás y respirara. Nada más.

–Eso es un beso –dijo él–. No las tonterías que has estado dándome. Un beso en condiciones –Caitlin asintió con la cabeza tratando de respirar–. Y me debes otros seis de esos.

Pensaba que se quejaría pero, sin embargo, se aproximó hacia él como si deseara estar cerca. El ligero aroma cálido, mezclado con la suave fragancia de Caitlin, hizo que Rhys se volviera loco de deseo. Quería agarrarla de nuevo, tomarla en sus brazos, llevarla a la cama y arrancarle el vestido.

Quería poseerla en ese mismo instante. Quería penetrarla, quedarse exhausto con ella. De ese modo podría también saciar el ansia sexual que ella sentía por él. Nunca se hubiera imaginado llegar a desear tanto a esa mujer cuando lo que había ido a buscar allí era justo lo contrario. Pensaba que había ido en busca de venganza. Para vengarse de ella por haberle quitado a su hija. Había imaginado que se vengaría sin más y se marcharía.

En vez de eso se daba cuenta de que estaba obsesionado con ella, atrapado en una tela de araña sexual que ella había tejido a su alrededor. Y no podría liberarse hasta comprobar si realmente podía darle lo que prometía. Hasta que no la hubiese poseído por completo y se hubiese deleitado con las delicias de su cuerpo.

Pero el poco sentido común que le quedaba le decía que sería mejor que se tomara las cosas con más calma. Sería mejor seducirla en vez de poseerla. Quería que fuera suya en todos los sentidos. Sólo entonces sería incapaz de resistirse a él, tanto física como mentalmente.

–¿Hay alguna luz en esta habitación? –preguntó él mientras le cubría la cara de besos–. No veo nada.

No es que se estuviese quejando. De hecho la oscuridad hacía que el resto de sus sentidos estuvieran mucho más sensibles, más agudizados. Sin ver podía saborear, sentir y oler a aquella mujer de una manera increíble.

Pero, a la vez, sabía que quería, necesitaba, verla desesperadamente. El momento en que la poseyera no podía producirse en la oscuridad. Quería estar mirándola a la cara cuando llegara el momento, quería ver la mirada de deseo en sus ojos. Y quería ver cómo esa mirada cambiaba al llegar el clímax, momento en que ella ya no podría ocultarle nada.

–¿Es necesario que…? –preguntó Caitlin impaciente.

–Sí. Necesito verte.

Con un pequeño sonido se retorció entre sus brazos tratando de encontrar algún interruptor en la oscuridad. De pronto se oyó un clic y la habitación quedó iluminada por una luz suave que provenía de una lámpara sobre un mueble junto a la cama.

–Así está mejor. Ahora…

Las palabras se le fueron de la boca al ver qué otra cosa había en el mueble, junto a la lámpara.

Una fotografía con un marco de madera. La fotografía de un hombre. Un hombre alto, de pelo castaño y buena constitución, que sonreía a la cámara.

O, mejor dicho, que sonreía a la mujer detrás de la cámara.

–¿Quién es ése? –preguntó, aunque ya sabía la respuesta. La manera en que ella vaciló no hizo más que confirmarlo–. ¿Quién? –insistió, de tal manera que ella se encogió.

–Es Jo… Josh –dijo vacilante.

–Josh. Es él. ¿Verdad? El cabrón que te puso los cuernos.

–Sí.

La respuesta no fue más que un débil susurro mientras se mordía el labio inferior.

–¿Y aún conservas su foto ahí? ¿Junto a la cama? ¿No tuviste suficiente con que te tomara por imbécil de aquel modo? ¿Quieres recordarlo siempre?

–Lo… lo amaba.

–Pero es evidente que él no te amaba a ti.

Se odió a sí mismo por decir aquello al ver cómo ella se encogía al oírlo. Pero no podía retroceder. ¿Cómo iba ella a salir adelante si cada vez que viniera a la cama veía la imagen de ese Josh y era lo último que veía antes de dormirse?

–Esto no puede ser.

–Pero yo…

La rabia lo invadió al ver cómo ella dudaba; cómo miraba la foto y la cara que había en ella. ¿Había lágrimas en sus ojos? ¿Acaso aún sentía algo por aquel hombre?

Él agarró la fotografía y la tiró al suelo para luego hacerla pedazos con el pie. Los trocitos de cristal se desperdigaron alrededor de su zapato como gotitas de cristal. Caitlin vio lo que hacía, pero se quedó callada, ni siquiera se atrevió a protestar.

–Ahora estamos tú y yo –dijo él con voz severa y grave–. Y no dejaré que nadie se interponga, y menos otro hombre. ¿Entendido?

Caitlin asintió al instante, silenciosa, incapaz de hacer otra cosa. Aún estaba mirando el desastre que había en el suelo, con los cristales esparcidos y la fotografía destrozada. Simplemente esperó

a que comenzara el dolor.

Porque seguro que habría dolor. Algo que le recordara que había habido un tiempo en el que Josh lo había sido todo para ella, y que le había roto el corazón sin piedad y luego se había marchado sin mirar atrás.

Pero lo sorprendente fue que no sintió nada. No le importó que el marco estuviera hecho pedazos y la foto estropeada. Ni siquiera se acordaba de qué aspecto tenía la foto bajo la presión del zapato de aquel hombre. No podía imaginarse la cara de Josh en su cabeza.

–¿Caitlin? –dijo él cuando ella no contestó. Ella lo miró a los ojos sin dudar.

–Tú y yo –repitió ella.

Sonó maravilloso. Era increíble decir aquello. Era como si la puerta del pasado se hubiese cerrado y se hubiese abierto otra que le daba la bienvenida.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, dio un paso hacia delante, luego otro. Entonces se paró con el ceño fruncido al ver cómo él le hizo una seña para que se detuviera.

–¡Ten cuidado! –la advirtió, y señaló con los ojos hacia los pedazos de cristal, que eran un peligro para sus pies desnudos.

Él se acercó y la tomó en brazos al instante. Con sólo un par de pasos ya la había sacado de la zona de peligro y la había llevado al otro lado de la cama. La volvió a dejar en el suelo y la besó mientras lo hacía, haciendo que a Caitlin se le acelerase el corazón de nuevo.

–Ahora, ¿por dónde íbamos? –murmuró él contra sus labios–. Ah, sí. Esos besos que me debías. Me los cobraré ahora mismo.

Caitlin ya casi había perdido el contacto con la realidad con el primer beso, así que con el segundo, más potente todavía, sintió como si el suelo se tambaleara bajo sus pies obligándola a abrazarse con fuerza a él.

El tercer beso fue diferente. Fue suave y lento, y muy seductor. La hizo querer llorar de placer.

–Tú y yo –dijo él con voz profunda.

–Tú… tú y yo –repitió ella perdiendo el control de su voz al sentir cómo él le desabrochaba la cremallera del vestido. La seda azul se deslizó por su cuerpo cayendo a sus pies. Bajo el vestido no llevaba nada más que unas prendas muy pequeñas de ropa interior junto con las medias.

–Provocación deliberada.

Rhys recorrió con un dedo la parte de arriba de una de las medias para enfatizar lo que quería decir. Ella se retorció al sentir

su tacto sobre su piel.

–¿Puedo quitártelas? –preguntó él con voz suave y seductora.

–Sólo si te quitas tú primero algo de ropa –susurró ella–. Llevas demasiada.

–Lo sé –añadió él medio riéndose–. ¿Te gustaría ayudarme a hacerlo?

Casi no le dio tiempo a terminar de decirlo. Ella deseaba, necesitaba, sentir su piel contra la suya propia, ver el contraste entre la oscura piel de él y la claridad de la suya.

Alcanzó los botones de su camisa y comenzó a desabrocharlos con rapidez mientras con la otra mano le quitaba la corbata. Rhys la ayudó y se quitó la camisa y la chaqueta al mismo tiempo. Sólo duró unos momentos pero a ella le parecieron los segundos más largos de la historia antes de que él estuviera desnudo y se tumbara en la cama.

–Habrá que quitarte esto –dijo él mientras le quitaba el sujetador con suma facilidad.

Colocó las manos donde había estado el sostén, y la atmósfera cambió enseguida, cargándose de electricidad y tensión sexual. Se llevó los pechos a la boca y comenzó a recorrerlos con la lengua hasta llegar a los pezones, haciendo que ella se retorciera excitada.

–Caitlin.

El murmullo de su nombre contra su piel le resultó de lo más excitante.

–Esto es… es…

Ella luchó por encontrar las palabras que describieran lo que sentía al notar su lengua en sus pezones, pero se rindió y simplemente gimió de placer. Un segundo más tarde ya le resultaba imposible pensar, pues él deslizaba su boca suavemente por su estómago y le quitaba las bragas al mismo tiempo.

–Es… oh.

Lo único que podía hacer ya era recostarse y concentrarse en cómo sus dedos jugueteaban con la parte más femenina de su anatomía, poniéndola cada vez más caliente hasta casi perder el control. Pero justo cuando creía que iba a explotar, él se detuvo y recorrió el mismo camino con la boca hasta llegar a la altura de su cara y sonreír.

–¿Preparada? –preguntó él con voz áspera.

¿Cómo podía dudarlo? ¿Acaso tenía que preguntarlo? No podía encontrar las palabras para contestarlo. Pero no le hizo falta porque, mientras intentaba asentir con la cabeza, él le abrió las piernas y la penetró con un movimiento rápido y fuerte.

–Sí –añadió él medio riéndose–. Oh, sí. Claro que estabas preparada.

Caitlin ya lo veía todo borroso. Lo miró a la cara pero sólo veía la oscuridad de sus ojos en aquella habitación medio en penumbra. La débil luz acentuaba sus pómulos y resaltaba su boca mientras comenzaba a moverse. Ella reaccionó al instante y su cuerpo comenzó a arder por dentro.

–¡Oh! –exclamó alucinada por lo bien que se sentía–. ¡Oh, oh! Ma…

Él, con su boca impaciente, no dejó que terminara de pronunciar su nombre y la besó con fuerza. Mientras, su cuerpo seguía moviéndose con rapidez, transportándola a un mundo donde los pensamientos no tenían cabida, sino sólo la pérdida de control.

Con un grito de placer Caitlin le puso las manos en los hombros y hundió las uñas en sus músculos, dejándose llevar por su abrazo.

Fue el comienzo de una noche larga y en vela.

En la oscura calidez de la cama de Caitlin, ambos llegaron al clímax juntos una y otra vez. No parecían cansarse el uno del otro. Cada vez que tenían un orgasmo era como si aquella satisfacción desatara un apetito más insaciable todavía que no los dejaba recuperar el aliento ante de volver a empezar.

Con el amanecer finalmente quedaron exhaustos y se durmieron durante horas, hasta que un persistente sonido penetró en el oído de Rhys y lo obligó a despertarse.

–¿Pero que…?

Muy lentamente fue volviendo a la realidad, y reconoció el sonido. Su teléfono móvil. Estaba metido en algún bolsillo de su chaqueta, que había tirado al suelo durante la noche.

–No. Cállate.

Cerró los ojos e intentó recuperar el momento de inconsciencia del que había sido arrancado. Pero el teléfono seguía sonando y se negaba a ser ignorado.

Pero, cuando Caitlin comenzó a moverse, supo que tenía que contestar. Si seguía sonando la despertaría. Y pensó que, si él se sentía agotado después de la noche, ella tendría que estar derrotada. No le sentaría muy bien que la molestaran.

–¡Muy bien! –dijo Rhys. Se inclinó en la cama lo justo para alcanzar su chaqueta y rebuscar en los bolsillos hasta encontrar el teléfono.

Pero justo cuando lo tomó en su mano, dejó de sonar.

–¡Mierda!

Dejó la chaqueta de nuevo y dejó caer la cabeza sobre la

almohada cerrando los ojos con el teléfono todavía en la mano.

Mejor que hubiesen colgado. No le apetecía hablar con nadie en ese momento. Su cerebro aún estaba inmerso en los placeres que había experimentado durante la noche.

Lo único en lo que podía pensar era en Caitlin, Caitlin y su larga melena, su suave piel. La mujer con ojos de leona y besos dulces como la miel. La mujer que había tomado su cuerpo al igual que su mente.

El sonido del móvil en su mano lo hizo volver a la realidad y maldecir. Pulsó el botón para contestar con suma rapidez y, con los ojos aún medio cerrados se lo llevó a la oreja.

–Rhys Morgan –dijo con impaciencia–. ¿Quién es?

Era Sarah Nicolaides, su inestimable secretaria personal, y también su amiga. Sarah, a pesar de estar embarazada de dos meses de su primer hijo, había accedido ocuparse de la galería hasta que él encontrara a su hija y la llevase de vuelta a Londres.

Era la única persona a la que le confiaría ese trabajo. Y la única persona a la que le podría hablar en ese momento sin aplastarle la cabeza por haberlo molestado.

Así que se esforzó por contestar a sus preguntas e, incluso, preguntarle por su salud y por el griego salvaje que era su marido, antes de finalizar la conversación, colgar el teléfono y recostarse otra vez sobre la almohada, cerrando los ojos aliviado.

Fue entonces cuando notó un cambio de postura en la mujer que estaba durmiendo a su lado.

Caitlin ya no estaba relajadamente dormida a su lado. Se había movido, se había dado la vuelta y estaba tumbada sobre su espalda. Y su cuerpo estaba rígido y apartado de él.

Fue eso, junto con un cambio en el silencio de la habitación, lo que lo alarmó. La rigidez de su cuerpo y un sexto sentido le dijeron que ya no estaba dormida, sino muy despierta, y con la cabeza girada, mirándolo.

Entonces lo recordó.

«Rhys Morgan».

Había contestado el teléfono sin pensar, dando su nombre como tenía por costumbre.

Su nombre real.

–Mierda –murmuró él–. ¡Mierda, mierda, mierda!

Abrió los ojos y se encontró con la furia en aquellos ojos dorados. Entonces supo que no había marcha atrás.

Lo sabía.

Sabía exactamente quién era y lo que quería.

Estaba a punto de desatar su rabia contra él y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Capítulo 6

LÁRGATE! –no gritó, ni siquiera alzó su voz por encima del tono de cualquier conversación, pero usó las palabras con tal intensidad que Rhys sintió toda la ira que había en ellas.

–Rhys Morgan. Eres Rhys. ¡Lárgate! ¡Lárgate de mi cama! ¡Lárgate de mi casa y de mi vida!

–No –dijo él, pensando que era la situación más demencial en la que jamás se había encontrado. Desnudo bajo las sábanas junto a una mujer igualmente desnuda que lo miraba con odio–. No me iré a ninguna parte hasta que no hablemos.

–No pienso hablar nada contigo. ¡Lárgate!

–Mira, ¿no podemos ser sensatos?

–¿Sensatos?

La palabra sonó a total incredulidad. Algo totalmente lejano a cualquier esperanza de negociación o discusión. Ni siquiera estaba preparada para escuchar. Él sabía que no debía culparla.

Tenía todo el derecho a estar furiosa. A odiar la mentira que le había contado. Y veía la furia y el odio en sus ojos. Estaba preparado para eso y podía manejarlo.

Pero lo que no se había esperado era encontrar un amargo sentimiento de traición en sus ojos, bajo su furia. Traición era lo último que esperaba que ella sintiera.

–¿Puedes decirme que tiene de sensato mentirme y luego meterte en mi cama y en mi vida para obtener placer y luego deshacerte de mí?

–¡No!

No podía permitir que siguiera pensando eso. Podían acusarlo de muchas cosas, pero ésa no era una de ellas.

–Eso no es verdad y tú lo sabes. No te he utilizado. Si quieres ser estrictamente precisa entonces…

–Oh, sí –lo interrumpió ella–. Vamos a ser estrictamente precisos por todos los medios. Apuesto a que vas a decirme que nos utilizamos el uno al otro.

–¿Acaso no lo hicimos? –contraatacó Rhys–. Desde mi punto de vista creo que fue algo mutuo. ¿No pretenderás decir que te obligué?

–No –admitió ella más tranquila–. No digo que me obligaras.

–Bien.

–Pero…

–¿Pero qué? –preguntó Rhys imprudentemente al verla dudar.

Imprudentemente porque con esa interjección hizo que la ira volviera a su mirada.

–Pero no me dijiste la verdad y eso significa que te metiste en mi cama con una mentira.

A Rhys no le gustó el modo en que sonó eso ni el modo en que le hizo sentir.

–Si hablamos de verdades, señorita, la verdad es que no te importó un pimiento quién era yo la noche anterior. No te habría importado si mi nombre era Matthew Delaney…

–Que no era.

–Que sí era. Rhys Matthew Delaney Morgan. Así que, por lo menos, yo tengo más derecho a usar ese nombre que tú a quedarte con mi hija.

Ahí estaba. Al fin la verdad había salido a la luz. Pero no se sintió mejor por ello. De hecho, al ver la manera en que ella se encogía contra las almohadas, sintió que algo se le removía por dentro.

Al fin y al cabo había sido ella la que había empezado todo eso quitándole a su hija.

–Tu… –se detuvo y de pronto se recompuso–. Debí haberme imaginado que se trataba de eso.

Su voz sonaba baja, sin ningún tipo de sentimiento. Sus ojos habían perdido su fuego y parecían confusos.

–Claro que se trataba de eso. No te imaginarás que después de enterarme de que tengo una hija iba a olvidarme de la idea y pensar: «Oh, espero que sea feliz con quienquiera que esté, con esa prima a la que ni siquiera conozco».

–¿Quién te lo dijo?

–Un amigo. ¿Pero qué diablos importa quién me lo haya dicho? Se trata de mi bebé. Es mi hija y tú me la quitaste. Tú…

¿Cómo había llegado a estar inclinado sobre ella, gritándola mientras ella intentaba hundirse más aún en el colchón con la sábana hasta la barbilla? Por Dios. Lo había enfurecido tanto que

había olvidado cómo comportarse correctamente.

–Lo siento –murmuró él, y se colocó en su lado de la cama. Pero ella no se calmó.

–¡Lárgate! –dijo de nuevo con más furia que antes–. ¡He dicho que te largues!

–Sé lo que has dicho pero, si ésa es tu única respuesta para todo, entonces no funcionará.

–¿Vas a largarte?

–No.

En ese momento le tocaba a él recostarse sobre las almohadas. Pero lo hizo cruzándose de brazos y mirándola con unos ojos tan amenazantes que ella no se atreviera a intentar moverlo.

–No me voy a ninguna parte hasta que no haya visto a mi hija. Si no puedes soportarlo, entonces lárgate tú.

–Muy bien –concluyó ella. Retiró las sábanas, puso los pies en el suelo y se paró para mirarlo furiosa–. Por lo menos tendrás la decencia de mirar para otro lado.

–¿Por qué?

No le apetecía ser educado. Estaba furioso porque ella no se diese cuenta de que había hecho mal quitándole a su hija. ¿Pero qué esperaba? ¿Qué se arrepintiera enseguida y le pidiera que la perdonara?

–No hay nada que no haya visto antes. He estado muy atento durante la noche.

Al ver cómo se le coloreaban las mejillas supo lo mucho que la había ofendido.

–¡Eso fue en unas circunstancias muy distintas!

–Pero aún somos las mismas personas.

–No –murmuró ella con fiereza–. No. Tú no eres la persona que creí que eras. Estás a años luz de ser él.

Tras decir eso se levantó con arrogancia, con la cabeza bien alta y atravesó la habitación en dirección al baño.

Rhys tuvo que reconocer que tenía coraje. No se sintió nada avergonzada al saber que él la estaba mirando. Incluso el color de sus mejillas desapareció mientras pasaba por delante de él.

–Voy a darme una ducha. Una ducha muy, muy larga y muy caliente –dijo. El tono de su voz expresaba claramente cómo se sentía. Quería borrar todo rastro de su cuerpo sobre ella–. Si tienes algo de decencia te habrás ido para cuando salga.

No dio un portazo a la puerta del baño, pero la firmeza con la que la cerró dejó claras sus palabras.

«¡Al diablo con la decencia!», pensó Rhys. No iba a irse a ninguna parte. Había dicho que se quedaría hasta ver a su hija y lo había dicho en serio.

Iba a quedarse y, si eso significaba tener que jugar sucio con la señorita Caitlin *Sal De Mi Vida* Richardson, entonces lo haría.

Aunque era una pena.

Aquel pensamiento lo pillo por sorpresa e hizo que se sintiera incómodo.

Habían compartido una noche estupenda. Una noche muy caliente. Había experimentado el sexo más maravilloso de todos. ¿Pero era ésa razón para compadecerse de ella? ¿Para imaginarse si habría más en un futuro?

–¡Al infierno con el futuro!

Era su turno para retirar las sábanas y salir de la cama. Estaba demasiado inquieto para quedarse ahí, en la cama que habían compartido, con el perfume de Caitlin aún a su alrededor.

¿Estaba siendo blando? ¿Había perdido la cabeza? ¿Cómo podía considerar la idea de un futuro con esa mujer que había conspirado con su esposa para quitarle a su hija, y que se habría quedado con ella si no llega a enterarse él por accidente?

De ningún modo.

A través de la puerta del baño oía el sonido del agua de la ducha, y las imágenes que eso evocaba en su mente hicieron que deambulara inquieto por la habitación recogiendo su ropa.

Puede que ella necesitase una ducha caliente, pero él necesitaba una fría, muy fría. Lo suficiente como para enfriar sus pensamientos al igual que su cuerpo.

Tenía que vestirse, al menos ponerse los pantalones. Quizá así dejaría de pensar en lo maravillosa que había estado Caitlin al pasar frente a él hacía unos instantes, con la cabeza bien alta y desafiante.

Había deseado agarrarla y devolverla a la cama para hacer el amor con ella loca y apasionadamente.

Las palabras peligrosas eran «loco» y «amor». Porque tendría que estar loco para hacerlo. Ya lo había estado la noche anterior, pero por la mañana las cosas eran más complicadas y podía imaginarse perfectamente la reacción de Caitlin si hiciera eso. Y no había nada de amor en aquello. Era un sentimiento totalmente distinto.

Era lujuria, sólo eso.

Lujuria era lo que había sentido por Amelie. Lujuria que él había confundido con otra cosa más profunda y duradera. Había sentido lujuria, pero había actuado como si estuviera enamorado.

No. Mientras se ponía los pantalones se dijo a sí mismo que desear a aquella mujer no podía traerle más que complicaciones. Ya había arriesgado demasiado la noche anterior. A partir de ese momento tendría que mantener su apetito bajo llave.

Pero, cuando alcanzó la chaqueta, se dio cuenta de lo estúpido que había sido y gritó en voz alta.

–Oh, no. No. Maldición.

Su mano sólo había rozado el bolsillo y había sentido la forma del objeto que había dentro. La caja de condones que se había guardado cuando salió de su habitación aún estaba ahí. Justo donde la había dejado. Sin abrir. Sin usar.

–¡Mierda! ¡No!

¿Qué había hecho?

Giró la cabeza hacia la puerta del baño, donde todavía se oía el ruido de la ducha.

–Oh, Caitlin, Caitlin. ¿Es mucho esperar que estuvieras preparada, que tuvieras protección?

¿Pero cómo iba a preguntarle eso si lo odiaba tanto en ese momento? ¿Además, no era demasiado tarde para preguntar?

¿Qué diablos iba a hacer si la respuesta era «no»?

Caitlin no tenía ni idea del tiempo que había estado bajo la ducha. No lo sabía y no le importaba. Lo único en lo que pensaba era que no volvería a sentirse limpia nunca más.

Se sentía sucia, utilizada. Y sumamente traicionada.

¿Cómo había dejado que ocurriese de nuevo?

¿Cómo se había permitido el lujo de acercarse a un hombre y empezar a sentir cosas y a preocuparse por él para luego acabar decepcionada, destrozada, engañada?

La otra noche se había sentido tan deseada. Por primera vez desde que Josh le había dicho que ya no la quería y que se había enamorado de Amelie había conseguido abandonar la armadura que se había forjado como consecuencia. Se había permitido sentir interés por otro hombre.

Se había permitido preocuparse por él hasta el punto de irse a la cama con él. Habían hecho el amor no una, sino muchas veces.

–¡No! –dijo en voz alta. Así parecía tener más fuerza.

Pero la verdad era que no había fuerza en el mundo que pudiera borrar lo que había pasado. Y ninguna cantidad de agua caliente podría llevarse la sensación de haber sido utilizada.

–Hacer el amor. ¡Ja! –dijo finalmente y cerró el grifo del agua caliente admitiendo que quedarse ahí no la iba a llevar a ninguna parte–. Eso no tuvo nada que ver con hacer el amor –añadió mientras se secaba el pelo–. Fue sexo y nada más. Sexo puro y duro.

Sexo sin protección.

–¡Oh, no! Por favor, no.

Si hubiera abierto en ese momento el grifo del agua fría y se hubiera colocado debajo, no habrías sentido nada en absoluto.

Sexo sin protección.

Había tenido sexo con Rhys Morgan la noche anterior. Tantas veces que había perdido la cuenta. Y ninguna de las veces habían usado protección. Ninguno de los dos.

Se agarró con fuerza el lavabo y se sentó sobre la taza del baño con las piernas temblorosas.

¿Qué ocurriría si…?

¿Qué haría si la noche anterior trajese consecuencias? Consecuencias permanentes. Porque, si se había quedado embarazada, no podría abortar un hijo que ella había concebido, aunque tuviera un padre como aquél.

Pero no. Se estaba atormentando con cosas que todavía no eran más que posibilidades lejanas. Ya tenía bastante de lo que preocuparse.

Al no escuchar nada en la habitación tuvo la esperanza de que Rhys hubiera hecho lo que ella había dicho. Tendría que arriesgarse porque no podía quedarse en el baño todo el día. Se estaba haciendo tarde. Su padre la llamaría o, lo que es peor, iría a buscarla si no aparecía pronto. Ya lo había dejado solo con Fleur el tiempo suficiente.

Se puso la bata de terciopelo que había colgada tras la puerta del baño, se la ató a la cintura y abrió la puerta.

Sus esperanzas desaparecieron al instante.

Rhys Morgan estaba sentado en una silla, medio vestido y, aparentemente, cómodo.

–¡Aún estás aquí!

–Es evidente.

–Te dije que te marcharas.

–Y yo te dije que no me iría a ninguna parte hasta no ver a mi hija. Vine aquí a buscar a mi hija y no pienso irme sin ella.

–Muy bien.

Se dirigió hacia el armario y se puso lo primero que encontró. Lo único que le importaba era vestirse con algo para protegerse de la mirada de aquel hombre.

Aunque, a juzgar por cómo la miraba, sintió que habría necesitado una armadura para sentirse protegida.

–Tengo trabajo que hacer. Tengo que vestirme.

–¿Vas a jugar la señorita recatada otra vez? –bromeó Rhys y se puso de pie–. Me sentiría mejor si me diera una ducha. Si no te importa que use tu baño.

–Eres mi invitado.

Ella no sabía muy bien si le había dado un ataque de sentido común y había decidido actuar con tacto o si, como ella, se sentía totalmente sucio. Pero se sentía tan agradecida por poder estar unos minutos a solas que le habría preparado un baño si hubiese sido necesario.

–Hay toallas limpias en el armario.

Cuando él hubo cerrado la puerta se sintió tan aliviada que casi se cayó al suelo por el cansancio. Sólo el hecho de que no sabía cuánto tiempo estaría dentro hizo que se mantuviera decidida. Lo último que quería era que Rhys abriera la puerta y la encontrara aún en ropa interior.

Se puso una camiseta blanca y unos pantalones de trabajo, se peinó y se hizo una coleta con el pelo aún húmedo. No le apetecía arreglarse, pero su autoestima le decía que no debería atender al público con las señales de una noche en vela en su cara.

Se maquilló ligeramente, se pintó los labios y se echó rímel. No hubo tiempo para más, pues oyó el grifo de la ducha cerrarse y supo que Rhys estaba a punto de salir, así que salió corriendo escaleras abajo.

Cualquier cosa antes de tener que enfrentarse a ese torso desnudo y caliente por la ducha, y a su pelo rizado y empapado.

No tenía ganas de comer nada, pero preparó café para ver si la despertaba un poco y la ayudaba a pensar en cómo salir de aquel lío. De pronto oyó las pisadas de Rhys bajando las escaleras hasta llegar al marco de la puerta, donde se apoyó perezosamente.

–El café huele bien –comentó él con una despreocupación que a ella la puso más nerviosa.

¿Por qué él no se sentía tan incómodo como ella? ¿Por qué no tenía la decencia de parecer un poquito menos seguro de sí mismo? Pero, claro, estaría más que acostumbrado a levantarse en camas ajenas con mujeres relativamente desconocidas. No como ella, que sólo había conocido a Josh como amante. Hasta ese momento.

–Queda algo en la cafetera. Sírvete tú mismo –dijo ella, aunque le costó una eternidad decirlo.

–Gracias.

Esa vez su voz pareció menos segura de sí misma. Al oírla, Caitlin levantó la mirada y vio que no se había movido. Seguía en el marco de la puerta mirándola intensamente como si tuviera algo en la cabeza.

Y la sensación de que sería algo tan incomodo como lo que Caitlin pensaba hizo que ella comenzara a hablar.

–No está envenenado. A pesar de que desearía no haberte conocido nunca, no estoy tan desesperada como para tomar esa medida.

Él respondió con una sonrisa rápida y cínica.

–Puede que no pienses lo mismo cuando escuches lo que tengo que decirte.

Capítulo 7

CAITLIN se sintió orgullosa de su respuesta.

Agarró la taza de café con fuerza y consiguió mantener un grado de control que pudo parecer calma, si uno no miraba detenidamente en sus ojos o no notaba cómo el color se esfumaba de sus mejillas.

–¿Es ahora cuando dices que no usamos nada?

–Me temo que sí –dijo Rhys asintiendo con la cabeza. Cruzó la cocina hasta donde estaba la cafetera para servirse, pero no dejó de observar el rostro de Caitlin para ver cualquier cambio que se produjese en su expresión.

–No te preocupes por eso. Yo no lo haré.

Caitlin esperó no sonar muy preocupada y sí segura de sí misma, pero fracasó estrepitosamente. En lugar de eso sonó totalmente indiferente e insensata.

–¡Ésa es una actitud totalmente irresponsable!

–¿Ah, sí? –dijo ella desafiándolo con rabia en la mirada–. ¿Y quién eres tú para hablarme de irresponsabilidad cuando tú no puede decirse que te preocuparas mucho por las precauciones la noche pasada? Me parece que no pusiste ningún impedimento ni dijiste «Espera».

–¡De acuerdo!

Por primera vez desde que lo conocía, la voz de Rhys se elevó hasta casi un grito mientras dejaba su taza sobre la encimera con tanta fuerza que el café se derramó por los lados. Pero casi al instante pareció recuperarse y volver a controlar la furia que ardía en sus ojos.

–OK –dijo él tras respirar profundamente–. Admito que yo tampoco lo pensé. Pero si tú hubieras… Si alguna vez hubieras dicho «Para» o que no llevabas protección…

–¿Así que ahora es mi culpa? ¿Tú no querías que ocurriera?

–Claro que quería. Pero ahora me arrepiento de algo que desearía que no hubiera ocurrido jamás.

Caitlin se dio cuenta de que sabía cómo clavar el cuchillo donde

más dolía. Cómo clavarle un puñal emocional entre las costillas y luego retorcerlo hasta que ella casi gritara de dolor.

Me arrepiento de algo que desearía que no hubiera ocurrido jamás.

Sí, sabía como reducir algo que ella había considerado maravilloso, como un nuevo comienzo, a un simple polvo en una cama ajena. Algo tan sórdido e insignificante que ya deseaba que no hubiese ocurrido nunca.

–Bueno, no te preocupes –de nuevo trató de parecer segura de sí misma, pero sólo consiguió la misma indiferencia y se ganó otra mirada de reproche–. No, en serio. Es la época equivocada del mes.

Él pareció tan aliviado que a Caitlin le entraron ganas de tirarle el café a la cara. Y lo hubiera hecho de no ser porque sabía que estaría mintiéndose a sí misma porque no era la época equivocada del mes, a no ser que considerara la época equivocada del mes tener sexo salvaje y sin protección con un desconocido. Claro que no había una época adecuada para hacer lo que ella había hecho.

–¿Estás segura?

–Bueno, no puedo garantizarlo, pero no creo que debas preocuparte sobre las posibles consecuencias de nuestra estupidez.

–No puedo no preocuparme. Yo estoy involucrado.

–Mira, iré al médico. Ésta es una de esas situaciones para las que está hecha la píldora del día después. No pasará nada.

–Bueno, si tuvieras alguna duda me lo haces saber.

No «Por favor, me lo haces saber», ni siquiera «Deberías hacérmelo saber». Sino «Me lo haces saber», como una orden, una orden que el esperaba que fuese obedecida.

–¿Pero tú…?

–Naturalmente. Me haré cargo de mis responsabilidades.

–Naturalmente.

De pronto se sintió demasiado incómoda para seguir ahí parada mientras él la miraba, así que atravesó la cocina hasta llegar a un taburete que había junto a la mesa del desayuno y se sentó.

–Y no tienes por qué preocuparte por otra cosa. Cualquier infección o… vamos, que no hay ningún problema.

–Oh, genial. Es bueno saberlo.

Le dirigió una sonrisa hipócrita y fingió beber algo de café, dándose cuenta de que ya se había quedado frío.

Bueno, si le quedaba alguna esperanza de que para él lo de la noche anterior hubiese significado algo, ya se había encargado él de destrozar esa esperanza con unas cuantas frases.

Totalmente irresponsable.

Desearía que no hubiese ocurrido nunca.

Naturalmente. Me haré cargo de mis responsabilidades.

No tienes por qué preocuparte por otra cosa. Cualquier infección o…

Las palabras resonaban en su cerebro haciendo que deseara ponerse las manos en la cabeza y gritar con fuerza. Cerró los ojos por un momento para no tener que mirar la despiadada cara de Rhys.

La había dejado sin una pizca de respeto por ella misma, sin orgullo, pero eso no era lo peor de esa horrible situación.

Lo peor era saber que había ido a por Fleur. Era el bebé lo que él quería y, si podía, se la llevaría de su lado.

La dejaría sin nada.

–Caitlin –dijo su nombre de tal forma que la obligó a prestar atención. Había algo en su voz que denotaba una súbita e inesperada preocupación–. Por Dios, Caitlin. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

–¿Qué pasa?

No pudo contenerse. Abrió los ojos y lo miró fijamente.

¿Acaso lo había malinterpretado? ¿Se había saltado alguna señal sin saberlo? ¿Sería posible que le importara después de todo?

¿Qué quieres decir con «Qué pasa»? –preguntó ella con miedo de que se le notara lo mucho que le importaba aquel cambio y, a la vez, con miedo de que pareciera no importarle en absoluto.

Pero los ojos de Rhys estaban clavados en otro sitio que no era su rostro, sino más abajo. Estaba mirando a…

Ella dirigió su mirada asustada hacia sus pies, donde…

–Oh.

Al ver lo que él había visto no pudo evitar lanzar un gemido de preocupación. Le sangraba el pie izquierdo. Además había manchas de sangre por todas las zonas de la cocina donde había estado.

–¿Qué narices has hecho? –preguntó él entre exasperado y preocupado.

–No lo sé.

Asustada, Caitlin se agarró el pie y vio que tenía la planta llena de sangre.

–¿Qué…?

Inmediatamente lamentó su acción cuando Rhys dejó su taza y fue hacia ella. Se arrodilló frente a ella y tomó el pie para examinarlo más de cerca.

–¿Qué ha ocurrido?

–El marco de foto de arriba –dijo Rhys–. El cristal roto. Debes

haberlo pisado mientras te vestías. ¿No lo has notado?

–No. No, la verdad.

Había estado tan alterada que no había sido capaz de notar nada. Había estado tan horrorizada por lo que acababa de descubrir sobre Rhys y sobre las posibles repercusiones, que no había podido pensar en otra cosa. Se habría cortado y ni lo habría notado.

–Parece más de lo que es.

Rhys estaba examinándole la planta del pie con sumo cuidado. El tacto de sus dedos contra su piel hizo que Caitlin tomara aliento y casi suspirara.

Instantáneamente él miró hacia arriba.

–¿Te estoy haciendo daño?

Caitlin sólo pudo menear la cabeza desesperada, esperando que la creyera. Notó cómo se le ponía roja la cara y deseó que él pensara que era por el dolor del pie.

No podía soportar la idea de que él descubriera lo que significaba para ella tener a un hombre tan atractivo arrodillado frente a ella, tocándole el pie con sus manos fuertes. Podía oler su fragancia, y la necesidad de acariciarle el pelo se hacía cada vez más insoportable.

Todo lo que había ocurrido durante la noche o, mejor dicho, lo que había ocurrido por la mañana tendría que haberla advertido de que estaba jugando con fuego por fantasear con liarse con un hombre como Rhys. Su sentido común le decía que liarse con él era flirtear con el peligro. No quería liarse con él. Pero, al acercarse a ella y tocarla con esas manos con cara de preocupación, todos los «deberías» y todo el sentido común del mundo no tenían ningún efecto sobre el modo en que se sentía.

Y el modo en que se sentía era que, si Rhys la mirara y le dijera «Te deseo. Ven a la cama conmigo y deja que te haga el amor durante todo el día y toda la noche», entonces ella lo seguiría, quizá estúpidamente, pero muy felizmente.

¿Pero entonces cómo se enfrentaría al resultado? ¿Con aquella explosión emocional que sentía por dentro?

Pero, claro, Rhys no dijo eso. No dijo que la deseaba. No le pidió que volviese a la cama con ella. Sólo frunció el ceño mientras examinaba las heridas del pie.

–Hay pequeños pedacitos de cristal. ¿Has estado caminando así toda la mañana?

–Qué va –protestó ella al escuchar sus palabras en contraste con las que ella se había imaginado–. Sólo ha sido un momento.

–Lo suficiente.

Rhys sabía que estaba siendo un poco rudo, que sonaba más enfadado que comprensivo, pero parecía haber perdido el control de su voz. No sabía qué era lo que tenía aquella mujer que hacía que su autocontrol habitual hubiera desaparecido. Sólo sabía que cuando estaba cerca de él, sus pensamientos eran opacos y no se comportaba con normalidad.

O quizá una parte de él se comportaba con demasiada viveza mientras el resto, las partes más racionales, habían perdido todo su poder. Con incomodidad cambió de una rodilla a la otra tratando de ignorar la presión que sentía en la ingle y de disimular el efecto que le provocaba estar en aquella posición. Al moverse apretó sin querer el pie de Caitlin y ella se retorció ligeramente.

–¡Estate quite, mujer! –exclamó mirándola furioso.

–¡Estoy quieta! –replicó ella–. Eres tú el que se ha movido.

–Tengo que ver esto a la luz.

Se movió de nuevo con el pretexto de acercar su pie a una ventana, pero no sirvió de nada. El calor y la presión que sentía bajo la cintura persistía.

¿Cómo algo tan simple como sujetarle el pie podía ponerlo así?

Tenía un pie delicado, suave, pálido en contraste con sus propios dedos. El talón encajaba en la palma de su mano a la perfección.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no llevarse el pie a los labios y besarle todos y cada uno de los dedos para luego subir por el empeine.

No. Pensar eso sólo iba a empeorar las cosas.

–Hay que limpiarte esto y ponerte algún antiséptico. ¿Tienes botiquín?

–En el armario del fondo a la izquierda.

Hizo un gesto brusco con la cabeza que hizo que la coleta se le deshiciera.

Rhys pensó que su voz sonaba tan rara como la de él, y agradeció el tener que levantarse para ir a buscar el botiquín. ¿Sería posible que ella estuviese sintiendo lo mismo que él?

Desde luego parecía pálida y sus ojos parecían confusos y turbios.

Eso lo ayudó a concentrarse en buscar algodón, tiritas y agua caliente. Así que, cuando volvió a la posición de rodillas, sintió que podía hacerse cargo.

Si se daba prisa.

Si no la miraba a la cara y recordaba lo maravilloso que había sido besar aquellos labios ahora preocupados. Y si no pensaba en la

noche anterior mientras limpiaba la sangre del talón.

La noche anterior, cuando aquellas piernas largas y delgadas se habían abrazado a su cintura con fuerza y sus talones habían descansado sobre la parte trasera de sus muslos y…

«Mierda. Otra vez no».

Frotó con más fuerza el pie de Caitlin para intentar distraerse, haciendo que ella diera un pequeño suspiro.

–Lo siento. Ya casi está.

No veía el momento de acabar. No quería sentir aquello. De hecho quería sentir cualquier otra cosa.

Había bajado las escaleras aquella mañana decidido a dejarle las cosas claras a Caitlin. Para decirle unas cuantas verdades y poner sus cartas sobre la mesa. Y lo primero que había planeado era dejar claro que habían cometido un error acostándose juntos. Un error que jamás podría repetirse. Y luego le iba a pedir que le devolviera a su hija.

Lo había hecho bien al principio. Y ella lo había ayudado dejando claro que sentía lo mismo. Que lo último que quería era repetir lo de la noche anterior. Al menos en eso parecían haber estado de acuerdo. Si le hubiera dado tiempo a comenzar a hablar del bebé.

Pero entonces la herida del pie lo había distraído.

¿Cómo había podido dejarse distraer del único propósito que lo había llevado hasta allí?

¿Cómo podía haberse olvidado de su hija cuando era lo que lo había llevado allí?

–Bien –dijo él, y colocó la última tirita sobre una herida presionando suavemente–. Ya está. Terminado.

–Gracias.

Parecía apagada, pero él no iba a permitirse pensar sobre lo que habría en su cabeza. Lo que necesitaba era concentrarse en lo que era importante.

–No hay de qué.

Arrugó los envoltorios de las tiritas e hizo una bola con ellos para luego lanzarla a la papelera. Luego soltó el pie de Caitlin y se levantó para llevar el cuenco del agua al fregadero y limpiarlo.

–Cualquiera podría haberlo hecho. No podía dejarte sangrando por ahí. No, espera –dijo él al ver que ella se disponía a levantarse–. No puedes pasearte por ahí así. Deja que te traiga unos zapatos o unas zapatillas al menos.

Caitlin volvió a sentarse en el taburete claramente contrariada por el tono de Rhys.

–En el guardarropa, junto a la puerta.

Era justo el descanso que Rhys necesitaba. El tiempo suficiente para tomar aliento y alejar su mente de los pensamientos eróticos para centrarse en las cosas importantes.

A ella le pasó lo mismo.

–Rhys, tenemos que hablar sobre el bebé –dijo ella cuando él regresó a la cocina.

–No hay nada de que hablar –declaró él mientras dejaba caer los zapatos junto a los pies de Caitlin–. Vine aquí a buscarla y no pienso irme sin ella. Eso es lo único que hay que decir.

Mientras intentaba ponerse los zapatos sin despegar las tiritas, Caitlin pensó que no era eso lo único que ella tenía que decir. Pero no sabía cómo empezar.

Fuese lo que fuese lo que dijese, a él no le iba a gustar. Y había un detalle que estaba segura que él detestaría. Un detalle que ella no tenía ni idea de cómo comenzar a explicar.

–No es tan fácil.

–Sí es fácil.

Su expresión parecía decir «No vas a persuadirme a no ser que hagas exactamente lo que quiero».

–Quiero a mi hija, Caitlin. Mi hija y la de Amelie. Por eso he venido.

–Rhys, por favor, deja que te explique…

–¡No! –fue brutal, frío. No había lugar para las discusiones ni el debate–. No quiero que me digas nada sobre mi bebé. No quiero oír nada que no sea de primera mano. Quiero verla y abrazarla y llegar a conocerla por mí mismo. Eso es lo que quiero y eso es lo que va a ocurrir.

–Amelie no quería que la tuvieras.

–¡Amelie era una puta egoísta y mentirosa! –exclamó Rhys–. Te dijo que yo quería que abortara, ¿no es cierto?

–Sí.

Caitlin luchaba por reconocer al hombre que tenía enfrente. El hombre encantador que había compartido mesa con ella durante la cena y más tarde cama había desaparecido. Incluso el hombre frío y distante hacía sólo unos segundos se había transformado en una criatura furiosa que echaba fuego por los ojos.

Si ese Rhys había sido el marido de su prima, entonces entendía perfectamente por qué lo había dejado.

–No –dijo Rhys con odio–. No es verdad. Nada de eso es verdad. Yo no le dije que abortara. Ella dijo que, si algún día se quedaba embarazada, abortaría. Nunca había querido hijos, No podía

soportar la idea de ponerse gorda. Habría hecho cualquier cosa con tal de no pasar por eso. Por eso nos separamos. Huyó de mí y de la idea de ser madre.

–¡No te creo!

No podía creerlo. No podía ser verdad. Nada de eso. ¿Cómo podía serlo cuando Amelie le había dicho lo contrario? Y Josh…

–¿Así que piensas que tu prima era una santa? Tú misma dijiste que casi no la conocías.

–Es cierto, pero…

–¿Pero qué?

¿Cómo podía decírselo? ¿Cómo podía decirle la verdad sobre ese bebé que creía suyo cuando había llegado tan lejos para encontrarla? ¿Cómo podría contarle la verdad si no la soportaría, si la odiaría a ella por contárselo?

Y lo más increíble era que ella no sabía qué sería peor, si la idea del dolor que aquello le causaría o la idea de que la odiaría más de lo que ya la odiaba.

–Caitlin…

La voz de Rhys sonó como una advertencia de que, si no se explicaba pronto, se arrepentiría.

–Yo no… Yo sé que…

No sabía qué decir, cómo empezar, cómo enfocarlo.

Pero entonces, cuando estaba a punto de comenzar, hubo un golpe en la puerta que los asustó a los dos.

Los dos se quedaron parados y entonces se oyó el ruido de una llave y cómo se abría la puerta para dejar paso a la voz femenina que resonó por el recibidor.

–¿Cait? ¿Estás aquí? ¿Va todo bien?

«Mandy», pensó Caitlin con amargura. La dulce y servicial Mandy que trabajaba como camarera en el hotel y que adoraba a los niños y a veces hacía de canguro. A Caitlin se le agarrotó la garganta justo cuando más le hubiera gustado poder decir algo, cualquier cosa.

–Tu padre estaba preocupado al ser tan tarde y tú no aparecías. Así que me envió a buscarte con una llave.

«Por favor, que se vaya. Por favor, que se vaya», suplicó Caitlin para sus adentros.

Pero, a pesar de todo, oyó cómo Mandy entraba en el recibidor y emitió un pequeño gruñido que indicaba que la mujer llevaba consigo algo, o a alguien. Al mismo tiempo Caitlin escuchó un sonido que, la experiencia le decía, se convertiría enseguida en un llanto profundo.

No se atrevió a mirar a Rhys, a ver cómo se daba la vuelta mientras la niña que había ido a buscar anunciaba su llegada a pleno pulmón.

Capítulo 8

RHYS fue el primero en reaccionar.

Mientras Caitlin aún estaba parada viendo la situación con incredulidad, Rhys caminó hacia delante y puso una encantadora sonrisa que tuvo justo el efecto que quería.

Mandy se derritió al verlo.

–Hola –dijo él suavemente–. Soy Rhys. Me temo que soy el motivo por el que Caitlin se ha retrasado. Lo siento.

–Sin problema –dijo Mandy encantada de la vida.

Genial. Entonces todo el personal del hotel sabría que Rhys Morgan había pasado la noche allí, pensó Caitlin amargamente. Sabiendo lo mucho que le gustaban los cotilleos, era evidente que no podía esperar a llegar al hotel y contárselo a todos.

–Y usted es…

–Mandy.

–OK, Mandy. Deje que la ayude con el bebé.

«¡No!».

Aquella palabra resonó en la cabeza de Caitlin pero no se atrevió a decirla en alto. Primero, no quería asustar a la niña. Segundo, no quería que un mal movimiento por su parte pusiera a Rhys en actitud temeraria. La puerta aún estaba abierta y el coche sólo estaba aparcado unos metros más allá. Si decidía salir corriendo con el bebé ni Mandy ni ella podrían detenerlo y se marcharía.

Tragó saliva e intentó encontrar la fortaleza necesaria para poder hablar.

–Yo lo haré.

–No, no pasa nada –dijo él mirándola con arrogancia–. Ya la tengo.

«Ya la tengo y voy a quedármela». Eso era lo que parecía decir a oídos de Caitlin. ¿O era sólo su sensación de horror y sus nervios los que distorsionaban sus oídos? Mandy no pareció encontrar ningún inconveniente y se la entregó sin protestar.

–No le gustan los extraños –dijo Caitlin en una segunda intentona.

Entonces vio desesperada que el bebé no sólo demostró que se equivocaba dejando de llorar, sino que se acomodó en los brazos de Rhys como si hubiera nacido para estar ahí. Apoyó la cabeza en su brazo parpadeó una vez con sus ojos azules y se quedó mirándolo con aparente placer.

–Hola, pequeñita –murmuró Rhys. La suavidad de su voz hizo que a Caitlin se le removiera algo por dentro y fue como si le retorcieran un cuchillo donde más dolía.

A pesar de cómo la sangre palpitaba con fuerza en su cabeza, oyó que Mandy decía algo y, aunque ella no tenía ni idea de lo que era, asintió con la cabeza de todos modos. Notó cómo la mujer se daba la vuelta para marcharse y cerraba la puerta tras ella. Pero Caitlin no la vio irse.

Lo único que podía ver era al hombre alto y moreno que tenía delante. Al hombre y al bebé cómodamente en sus brazos. Y eso, la imagen que había deseado no ver nunca, era lo único en lo que su mirada podía concentrarse, viéndolo con suma claridad.

Nunca había visto a nadie enamorarse antes pero ahora veía cómo ocurría ante sus ojos. Vio cómo Rhys Morgan miraba al bebé que creía suyo y le entregaba su alma.

No dijo una palabra. No lo necesitaba. Sólo la miraba y sonreía.

Sonreía de un modo como ella nunca le había visto sonreír. De un modo que indicaba que su devoción le había sido entregada al bebé por completo.

Era como si ella hubiese dejado de existir. Como si Rhys y el bebé fueran los únicos en la habitación. El uno mirando al otro.

Porque Fleur también parecía alucinada. Había perdido su vergüenza habitual con la gente que no conocía. Incluso había olvidado el hambre que había provocado su llanto de hacía unos segundos y que normalmente no cesaba hasta que lo hacía su apetito.

–¿Cómo se llama?

No parecía la voz de Rhys. De hecho no se parecía a nada de lo que había escuchado de él, y Caitlin parpadeó asombrada mirando a su alrededor para ver si alguien más había entrado en la casa y había visto lo mismo que ella.

Por supuesto, no había nadie.

–¿Qué?

Hizo tal esfuerzo para pronunciarlo que ni siquiera reconoció su

propia voz. Tampoco necesitaba hacer la pregunta. Sabía de sobra lo que había preguntado, pero no podía hacerse cargo de ninguna pregunta si ni siquiera podía entender el significado, y menos el de sus respuestas.

–¡Caitlin! –dijo él con el volumen justo para que la niña no se asustara. Y Fleur ni siquiera parpadeó, sólo siguió mirándolo sin inmutarse–. ¿Cómo se llama?

–Fleur –contestó ella con un susurró sin atreverse a ignorarlo de nuevo–. Se llama Fleur.

Fue sólo un suspiro. Un suave sonido de placer que le rasgó el corazón al oírlo.

Fue un sonido que nunca había pensado que escucharía, que no quería escuchar jamás. Un sonido que minaba todo lo que ella había creído hasta ese momento. Aquello suponía colocar un explosivo alrededor de los cimientos que había construido.

Aquello convertía todo lo que había dicho Amelie en una farsa, transformando la historia de su prima en una mentira en un abrir y cerrar de ojos.

Al menos la parte de la historia que tenía que ver con Rhys Morgan.

Ningún hombre que alguna vez le hubiese pedido a su mujer que abortara, ningún hombre que alguna vez hubiese declarado no querer tener hijos habría sostenido un bebé con tal facilidad y ternura. Amelie debía de habérselo inventado todo. Tenía que haber sido así.

Pero, si eso era verdad, ¿qué pasaba con el resto de la historia? ¿Qué pasaba con lo que Josh le había contado a ella?

Caitlin no sabía qué pensar. Y no sabía dónde buscar respuestas.

No en el hombre que tenía enfrente. El hombre que estaba tan absorto con el bebé que ninguna otra cosa podría distraerlo.

Tan absorbido que Caitlin dudaba de que la escuchase si le dijese la verdad.

¿Pero era la verdad?

No había nadie a quien pudiera preguntárselo. Los únicos que podían contarle la verdad habían muerto, aunque ni siquiera sabía si habría podido confiar en ellos de todos modos.

Había sólo una cosa que sabía, y era que no podía arriesgarse a contarle nada a Rhys Morgan. No en ese momento. No cuando tenía a Fleur entre sus brazos.

Y aún seguía con esa maldita sonrisa en la cara.

–Fleur –susurró él con una suavidad que hizo que Caitlin se derritiese por dentro–. *Ma petite Fleur.*

Entonces a Caitlin se le llenaron los ojos de lágrimas, emborronando su visión. No podía permitir que aquello continuara. Tenía que detenerlo de algún modo.

–Mandy… –intentó decir pero se detuvo en seco. Su voz había adquirido un tono horrible y tembloroso al pronunciarlo. Tragó saliva e intentó controlarse–. Mandy… la ha traído aquí porque va a ser su hora de comer. Comenzará a estar hambrienta en cualquier momento.

«Por Dios, Fleur, al menos podrías parecer un poquito hambrienta», riñó a la niña para sus adentros. Normalmente a esa hora del día ya estaría llorando, incapaz de calmarse hasta no tener algo de comida en la tripa.

Pero ese día la novedad de la cara de Rhys atrajo su atención hasta el punto de no apartar la mirada de él.

–Así que, si me la das, yo podré… –se detuvo al contemplar la mirada que le dirigió él, haciéndola callar sin necesidad de decir nada. Casi no elevó la mirada ni un par de segundos, pero fue suficiente.

–Dame la comida –dijo él con frialdad–, que yo se la daré.

–Pero…

–Voy a tener que aprender, Caitlin –dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas que no esperaba que ella se quejara en absoluto–. Si voy a cuidar de ella en un futuro, tendré que saber qué hacer.

Aquello iba de mal en peor. No podía dejar que continuara.

–Pero… –repitió ella.

–Pero nada, Caitlin –rechazó su protesta con la misma indiferencia despreocupada con la que espantaría a una mosca–. Fleur está hambrienta y tendrá que comer algo. Necesito que me digas lo que come para que yo pueda prepararlo más adelante.

Estaba claro que pensaba que la niña era hija suya y, como su hija, debería estar con él en el futuro. Su afirmación convertía en un hecho algo que no lo era. E iba a tener que contárselo.

Contárselo y enfrentarse a la consiguiente explosión.

–Rhys, no creo que sea una buena idea –comenzó con cautela sintiendo que iba caminando a ciegas. Eso debía de ser como caminar por un valle montañoso cubierto de nieve y con un peligro constante de avalancha, sin saber muy bien cuándo algún pequeño sonido provocaría el desastre.

–Creo que es una idea bastante lógica –respondió él dirigiéndole otra de sus miradas–. Es la única manera de que pueda aprender.

–Pero…

Se había decidido a contarlo. De hecho había abierto la boca para pronunciar las palabras que desencadenarían la avalancha. Pero, si consiguió pronunciar algún sonido, desde luego no se oyó nada. En vez de eso, todos los sonidos de la habitación quedaron ocultos por el llanto de Fleur, que al fin comenzó a sentirse incómoda.

Caitlin no sabía si era porque finalmente se había dado cuenta de que tenía hambre o porque su recién descubierta distracción había desviado la atención de un modo que a ella no le había gustado nada. Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y, con la cara roja, comenzó a chillar. Gritó a todo pulmón su disgusto por encontrarse desatendida de aquel modo.

–¡Te advertí que tenía hambre! –dijo Caitlin con un tono de voz un poco elevado–. Ya me parecía que estaba demasiado tranquila.

–¡Bueno, desde luego ahora no lo está!

A pesar de toda la tensión que sentía, Caitlin no pudo suprimir por completo la necesidad de sonreír. Pero sólo duró un segundo, porque no se atrevía a arriesgarse a que Rhys adivinara lo que estaba pensando.

Entonces vería lo que era realmente ser padre. Vería que un bebé de seis meses no es todo dulzura y sonrisas. Metería las narices de lleno en la cruda realidad de lo impaciente que puede llegar a ser un bebé hambriento. Una vez que Fleur comenzaba, sus llantos amenazaban con taladrar los oídos, pues tenía una perseverancia exhaustiva. Rhys estaba aprendiendo una lección bien necesaria sobre el cuidado de los bebés, aparte de recibir una venganza.

–¿Quieres que la tome en brazos yo?

Se sintió agradecida de que los gritos de Fleur ahogaran el tono triunfante que, de otro modo, habría sido evidente en sus palabras.

–He dicho que no. Si necesita comida, dámela.

Parecía irritantemente despreocupado. En vez de eso se limitó a caminar alrededor de la habitación, imaginando que así la niña se calmaría.

–Realmente creo que… –intentó decir Caitlin de nuevo.

–Caitlin, he dicho que yo cuidaré de ella. Tengo que aprender.

–Pero sería mejor que me la dieras. Y, desde luego, mucho mejor si habláramos sobre esto. Verás…

Dejó de hablar al ver la mirada de odio que le dirigió Rhys.

–No, escucha –afirmó él con énfasis–. He esperado tres largos meses para tener a mi hija entre mis brazos y aquí es donde se va a quedar. O eso o me marcho ahora mismo.

No era una amenaza en vano. Lo decía en serio. Ella lo sabía por

el brillo en su mirada, por el tono de su voz y por cómo miraba a la puerta como si ya estuviese al otro lado de ella.

Pero, aún sabiendo eso, ella no podía callarse las cosas. Tendría que decir la verdad en algún momento.

–Pero ella no es…

Él se giró antes de que ella terminara la frase. Los dos pasos que dio en dirección a la puerta hicieron que a Caitlin le entrase el pánico, así que se calló. Sabía que, si no lo hubiera hecho, él se habría ido antes de pronunciar la siguiente sílaba.

–¡De acuerdo! ¡No diré nada! Por favor quédate.

Los segundos durante los cuales se lo estuvo pensando fueron los más largos de su vida. Si decidía marcharse, a ella no le quedaría otra alternativa que gritar la verdad tras él. Aunque pensaba que no creería una palabra.

Lentamente, muy lentamente, Rhys giró sobre sus talones para mirarla.

–No digas nada más.

–Nada. Lo prometo. Sólo deja que le dé de comer.

Ella sabía que la tenía contra las cuerdas, y él también. Se dirigió con rapidez a preparar la comida de la niña. El problema era que ella no estaba en el tipo de trampa que Rhys creía que estaba.

Pero se mantendría calmada, de momento. Sería más fácil de ese modo. Quizá cuando Fleur ya hubiese comido y se durmiese podrían hablar.

Y, a pesar de que se le encogía el estómago al pensarlo, sabía que entonces tendría que contárselo.

Para por la tarde Rhys se sentía sorprendentemente cansado, pero infinitamente satisfecho y feliz.

¿Quién habría pensado que una niña pequeña fuese tan exigente y tan complicada de cuidar? Darle de comer había sido divertido; cambiarle el pañal no tanto. Pero el verdadero desafío había sido conseguir que se durmiera. Era evidente que, al haber trastocado su rutina con la presencia de alguien nuevo, se había puesto inquieta y se había convertido en un monstruo incansable: lloraba si él la tenía en brazos, lloraba si la ponía en la cuna, lloraba si la mecía…

O quizá es que podía sentir la atmósfera en aquella casa. No era muy difícil sentirla. Aunque Caitlin permaneció en silencio y sólo habló cuando debía, se podía cortar la tensión de la habitación con un cuchillo. Y aunque educadas, todas las respuestas que daba eran frías y secas.

Así que no era de extrañar que el bebé hubiera tardado tanto en dormirse.

Incluso cuando ya lo había hecho, él no había sido capaz de dejarla. Se había quedado junto a la cuna viendo cómo dormía, incapaz de creer que fuese real. A pesar de que sabía que la despertaría de nuevo, se vio tentado en varias ocasiones de tomarla de nuevo y abrazarla para sentir su aroma de bebé.

Pero en ese momento ya estaba dormida. Y, le gustase o no, tenía que dejarla. Había cosas de las que debía hablar con Caitlin. Cosas que tenían que aclarar.

Y esta vez iba a mantenerse calmado.

«De acuerdo, admítelo», se dijo a sí mismo furioso. La frase que necesitaba era que esa vez estaba pensando con la cabeza. Esta vez no iba a dejar que sus instintos más primarios se interpusieran.

El problema era Caitlin. Cinco minutos con ella y ya había olvidado todo el control y la experiencia que había aprendido a lo largo de sus treinta y dos años. Una mirada a sus ojos y a sus curvas y volvía a tener el ansia de un adolescente que acababa de descubrir su sexualidad.

No le gustaba el modo en que eso lo hacía sentir.

Esa vez iba a mantener su libido bajo control y a discutir las cosas fría y calmadamente.

Pero primero debía encontrar a Caitlin. Cuando se había llevado a Fleur a dormir la había dejado en la cocina pero, mientras convencía a la niña para que se durmiese, había oído cómo subía las escaleras y se metía en su habitación.

Y no era el lugar que él elegiría para tener la conversación que, sabía, era inevitable. Pero quizá si la convenciese para volver abajo… Seguro que serían capaces de discutir las cosas como los adultos que ambos eran, de manera sensata.

Sensata, calmada y racionalmente.

Palabras que se le fueron de la mente según abrió la puerta del dormitorio.

–¿Caitlin?

Lo primero que lo impactó fue la visión de la cama.

La cama sin hacer.

La cama en la que las sábanas aún seguían enredadas y las almohadas descolocadas, una de ellas en el suelo.

Las imágenes de la noche anterior agitaron sus sentidos y trajeron recuerdos que quería y no quería recordar. Parecía como si los suspiros y los sonidos de la noche, incluso los aromas, aún flotaran en el aire, convirtiendo la atmósfera en pesada y espesa.

–¿Qué quieres?

La voz de Caitlin, fría y distante, hizo que dirigiera su mirada hacia donde ella estaba, sentada en el suelo. Tenía el pelo suelto, con algunos mechones por la cara. Tenía los ojos cansados, el maquillaje ligeramente corrido y el pintalabios había desaparecido, dejando su boca totalmente natural.

El dulce desarreglo en su apariencia le devolvió a él todos los instintos primitivos que había jurado ignorar, así que tuvo que luchar por mantener la cabeza fría.

–Tenemos que hablar.

Las palabras dejaron paso a un silencio en el que él sabía que ambos recordarían cómo él había pronunciado la misma frase la noche anterior y ella se había negado a escuchar. Casi podía leer sus pensamientos, muy similares a los suyos propios. Los besos, las caricias, el viaje escaleras arriba. Su cuerpo se estremeció sólo de pensarlo.

–Pues sí.

La voz de Caitlin sonaba extraña, como si estuviese manchada al igual que sus ojos, así que él se fijó un poco mejor. Sus mejillas parecían haber perdido todo su color y los ojos le brillaban más de lo habitual.

¿Había estado llorando?

Se le encogió el estómago al pensarlo. Cruzó la habitación y se sentó al borde de la cama. Lo suficientemente cerca y, a la vez, lo suficientemente lejos de ella.

–¿Qué haces?

Ella cambió ligeramente de posición para que pudiera verlo, y él maldijo por dentro al darse cuenta de lo que había estado haciendo.

La fotografía que había aplastado con el pie aún estaba en el suelo, Había una papelera junto a Caitlin, que había estado recogiendo cuidadosamente los pedacitos de cristal esparcidos por la alfombra.

La culpabilidad lo asaltó al recordar la violencia con que había destrozado la foto. Una violencia producida por los celos de pensar que algún otro hombre la hubiese conocido. De pensar que a ella le importaba tanto un hombre como para guardar la fotografía, cuando él ni siquiera lo merecía.

–¿Cómo dijiste que se llamaba?

–Josh… Joshua Hewland.

Si su voz había sonado áspera, la de ella pareció peor. Ambos parecían tener la garganta dolorida, con lo que les costaba hablar con claridad.

–¿Estabais comprometidos?

–Eso pensaba yo –dijo ella mientras tocaba el borde de la foto con la mano para apartarla rápidamente–. Creí que teníamos un… que ambos estábamos de acuerdo en casarnos, aunque realmente él nunca se había declarado. Pero parece que Josh nunca pensó así. Pensó que era por diversión. Así que no creyó que me importará demasiado cuando se enamoró de otra persona.

La opinión que a Rhys le merecía un hombre que creyera que a su novia «No le importaría demasiado» fue clara, concisa y extremadamente ruda.

–Puede que hubiese sido capaz de aceptarlo si me lo hubiese dicho desde el principio –dijo ella amargamente–. Pero llevaban juntos cuatro meses antes de que yo me enterara. Ella vivía en mi piso, ellos…

–¿Tenían una aventura bajo tu propio tejado? –preguntó él medio disgustado al ver cómo a ella le faltaban las palabras–. ¿Ella vivía contigo?

Caitlin murmuró algo que él no entendió muy bien, así que se inclinó hacia delante, le puso una mano en la barbilla y le elevó la cabeza para mirarlo. Las lágrimas que inundaban sus ojos eran por el condenado de Joshua, pero no podía evitar reprocharse también a él mismo.

–¿Dónde está ahora?

–Murió.

Rhys volvió a mirar la fotografía, Aquella cara sonriente. No era de extrañar que ella la hubiese guardado.

–Caitlin, no lo sabía. Si lo hubiera sabido…

–¡No!

Caitlin tuvo que detenerlo.

Tenía que callarlo. No podía permitir que dijese nada más. Sabía que iba a decir que lo sentía y ella no quería eso. Cualquier cosa menos eso.

Decir que lo sentía significaría que lo sentía todo. Que se arrepentía mucho de lo que había pasado la noche anterior.

Lo mucho que deseaba que no hubiese ocurrido.

Y no podía soportar escuchar aquellas palabras.

Había subido a la habitación para ordenarla y para recoger los pedazos de cristal del marco de la foto, pero no había hecho otra cosa que sentarse y mirar la alfombra con los ojos llenos de lágrimas y perdida en los recuerdos.

Los recuerdos de la noche anterior. Los recuerdos de Rhys. La pasión entre ellos.

Las lágrimas no habían sido por Josh ni por el fin de su relación.

Habían sido por la pérdida de esa pasión maravillosa, ese algo que ella y Rhys habían compartido, algo que nunca había experimentado con nadie más.

Algo que ella había deseado que fuese el principio de otra cosa.

–No, Rhys, ¡No! No quiero hablar de ello. De nada de eso. Ha pasado. Se acabó. De lo que tenemos que hablar es de ahora. Del presente y de lo que ocurre.

–El presente –repitió Rhys–. Eso es muy simple. Ya tengo lo que vine a buscar.

Fleur.

Había ido a por Fleur y, ahora que la tenía, estaba feliz. Sus próximas palabras confirmaron las lágrimas de Caitlin.

–Voy a llevármela a casa conmigo, ¿verdad? –preguntó. Ella se había movido sin saberlo. Un ligero movimiento de cabeza que Rhys había percibido, aún sujetando su barbilla–. ¿No puedo irme a casa? –preguntó con ironía–. ¿Por qué no?

–Rhys…

Fue todo lo que pudo decir. Después de eso su voz la abandonó y se redujo a nada.

–¿Por qué no, Caitlin?

Rhys la miró a los ojos y fue como si comprendiera lo que la preocupaba. Pensaba que iba a perder a Fleur. No sólo eso, sino que además pensaba que, al igual que Josh, pensaba dejarla tirada sin pensárselo dos veces.

Aquello hizo que los músculos de su cara se destensasen y esbozó una sonrisa. Hizo que asintiera como si conociera el secreto que ella escondía.

–¿No quieres que me vaya? ¿Crees que ahora que tengo a mi hija me iré y te olvidaré? –dijo él, y por un momento desvió la mirada hacia la cama, donde estaba sentado, y contempló las sábanas revueltas, producto de la pasión nocturna–. ¿Crees que podría olvidar lo que tuvimos? ¿Lo que hicimos aquí, los dos? Caitlin, aunque llegue a vivir cien años, nunca podré olvidar la noche anterior. Una pasión como ésta sólo se presenta una vez en la vida. Una noche no es suficiente. No puede ser suficiente.

No era más que la verdad. Aquella mujer se le había metido debajo de la piel de un modo que nunca había imaginado. Nunca podría olvidarla. Si ni siquiera quería estar sin ella. En ese momento no sabía adónde lo conduciría aquello, pero quería intentarlo.

No tenían necesidad de andar discutiendo. Podrían apañárselas juntos. Él, Fleur y Caitlin.

–Ven conmigo, Caitlin –dijo con urgencia–. Ven conmigo y con

Fleur.

Le frotó la mejilla con el pulgar y su voz despertó todos los sentidos de Caitlin. Sentidos que le hablaban de deseo, de sensualidad y del fin de su soledad. Las promesas del tiempo con Rhys.

Promesas que la tentaban de manera desesperada.

–Ven a Londres con nosotros. Vive conmigo.

No podía dejar que fuera más lejos.

–¡No! Nunca. ¿Cómo puedes sugerir eso cuando yo… no puedo…?

–¿No puedes?

Se sintió como si lo acabase de abofetear, y dejó de acariciarle la mejilla con el pulgar.

–¿De qué diablos estás hablando, Caitlin? Claro que puedes. Tengo mucho espacio, una casa enorme que necesita una familia dentro. Tú quieres estar con Fleur. ¿Qué tienes para quedarte aquí?

Nada. Excepto que ya no la desearía. No la desearía cuando lo supiera. Y tenía que decírselo.

–Todo.

Con esfuerzo consiguió liberarse de su tacto y se apartó de él. Lo miró con ojos confusos.

–No puedo irme contigo, Rhys.

–¿No puedes o no quieres?

–No puedo… no quiero. No lo haré, Rhys. No nos iremos. No puedo dejar que te lleves a Fleur. No puedes hacer que viva contigo.

Él se carcajeó. Era una risa de total incredulidad. De rechazo total ante lo que ella estaba diciendo.

–Ahora sí que veo que no piensas con claridad. Lo que dices no tiene sentido. Por supuesto que puedo hacer que viva conmigo. ¿Por qué piensas que he estado buscándola durante tanto tiempo? ¿Por qué si no crees que vine aquí?

–No –exclamó con un gemido de dolor que el sufrimiento arrancó de sus entrañas. Sabía que aquello iba a ser duro, pero no se imaginaba que tanto. Lo mucho que a ella le dolería–. Rhys, por favor, escucha lo que digo. No puedes hacer que Fleur se vaya y viva contigo. No puedo dejar que te la lleves. Realmente no puedo.

–No creo que tengas nada que decir sobre este tema –si su voz había sonado peligrosa antes, ahora sonaba totalmente salvaje–. Es mi hija. Mía y de Amelie. La quiero y voy a llevármela.

–Pero es que no es… ése es el problema. Oh, Rhys, esto es lo que he estado intentando decirte. No puedes levarte a Fleur porque no es tuya. Sé lo que pensabas, pero es que no es verdad. Fleur era hija

de Amelie, sí, pero no es tu hija.

Capítulo 9

RHYS dobló una esquina con el coche, pisó con fuerza el acelerador y lo condujo carretera abajo sin importarle los baches del asfalto. Los faros iluminaban la carretera, los árboles se movían al ritmo del viento y la lluvia torrencial inundaba el camino.

Las horribles condiciones climatológicas estaban en perfecta armonía con su estado de ánimo, aunque no había nada de armónico en sus pensamientos. En su cabeza todo era agitación e ira. Al menos la lluvia daba a entender que no había ningún otro coche a la vista. Ningún otro ser humano se aventuraría por esas carreteras desiertas.

Los neumáticos chirriaron al tomar una curva. No tenía ni idea de dónde estaba o hacia dónde se dirigía. Ni siquiera sabía qué hora era y, la verdad, le importaba un pimiento. Sólo quería poner toda la distancia posible entre él y la causa de su estado de ánimo.

Caitlin.

Caitlin, la mujer que había deseado tanto que casi se vuelve loco.

La mujer que lo había hecho dejar de pensar con claridad. Debía de haber estado atontado, ¿si no, cómo había acabado en aquel lío?

Maldita Caitlin. Caitlin y sus mentiras, sus engaños. Caitlin y sus ojos ardientes, su cuerpo sensual, su piel.

La imagen de aquella mujer con la que había compartido cama la noche anterior parecía aparecer en el parabrisas, amenazándolo con volverlo más loco aún.

Caitlin. La mujer con la que había tenido una noche de tanta pasión que sabía que nunca se iría de su cabeza.

Caitlin, la inolvidable. Caitlin, la maravillosa. Caitlin, la tentadora. Caitlin, el tormento. Al infierno con ella.

Caitlin…

Caitlin y Fleur.

Otro chirrido de los frenos indicó la manera en que había pisado el freno, deteniendo el coche en seco de golpe.

–Fleur era hija de Amelie, sí, pero no es tu hija.

Incluso en ese momento, cuando las palabras habían circulado por su cabeza horas y horas, parecía no poder aceptarlas.

–¡Estás mintiendo!

Ésa había sido su primera reacción. Lo único que le había venido a la mente. Lo único que había conseguido decir mientras se levantaba de la cama de un brinco, pues le había resultado imposible seguir sentado.

–¡Estás mintiendo! ¡Maldita seas!

Pero, al mirarla a los ojos, le habían surgido las dudas inmediatamente. No parecía que estuviera mintiendo.

–¿Por qué iba a mentir, Rhys? –le había preguntado ella, y había sonado como si le costara pronunciar las palabras. Como si se arrepintiera de tener que decirlas–. ¿Qué bien me haría eso a mí?

–¿Cómo diablos voy a saberlo? –pero, a pesar de decirle eso, él ya lo sabía. Una parte de la verdad se había filtrado en su cerebro haciéndole que la rechazara–. ¡Entonces te quedarías con Fleur!

Y al ver cómo ella se encogía había sabido que se había acercado a la verdad.

–Porque no quieres que me la lleve. Mantuviste su nacimiento, su vida, su existencia en secreto.

–Porque Amelie me lo pidió.

–Mientras estaba viva lo hubiera entendido. ¡Pero Amelie ha muerto! ¿Qué ocurre, Caitlin? ¿Estás tan desesperada por tener un bebé que tienes que robarme el mío?

–¡No es tuya!

Entonces había tenido que marcharse. Salir de allí y dar rienda suelta a su ira y su dolor de algún modo. Era eso o quedarse allí y desahogarse con lo que estuviera más cerca, que en ese caso habría sido Caitlin. Y eso habría sido muy peligroso.

Cegado como estaba por la rabia y el dolor, había perdido todo control sobre su temperamento y sus acciones. Si se hubiera quedado no se habría hecho responsable de lo que sus sentimientos le habrían obligado a hacer.

Así que había salido de allí, se había sentado en el asiento del conductor y había salido carretera abajo a una velocidad peligrosa para su vida, pero que expresaba perfectamente su agitación.

Aquello lo había conducido allí, dondequiera que estuviese. Parado en aquella carretera desierta. Con la lluvia cayendo con fuerza sobre el parabrisas y su mente más relajada, pero no bajo control.

Dudaba de que alguna vez volviera a estar bajo control.

Porque no podía aceptar lo que Caitlin había dicho. No lo aceptaría.

Había perdido casi cuatro meses de su vida, dedicándolos a buscar a la hija que jamás pensó que tendría. El bebé que creía que nunca existiría. Desde que un amigo común le había dicho que Amelie había tenido un bebé, y que ella había dicho que era suyo, no había pensado en otra cosa.

Encontrar a su hija.

Encontrarla y llevársela a casa para que viviera con él. Para cuidar de ella como lo haría un padre, para criarla como es debido, rodeada de lujo y confort.

Y amor.

Se había enamorado de su bebé incluso antes de conocerla. Y ese día, cuando la había tenido entre sus brazos, su corazón casi había explotado por la satisfacción y el orgullo de que fuera su hija.

Pero entonces Caitlin se lo había quitado todo. Si le hubiera arrancado el corazón del pecho literalmente, le habría dolido menos.

Si lo aceptara.

Sus dedos golpeaban inquietos el volante mientras él rememoraba la pelea que había tenido con Caitlin. Había algo que no encajaba. Algo que si pudiera recordar…

Ma petite Fleur.

Fue como una luz que se encendiera dentro del coche.

No. No iba a rendirse.

Volvió a poner el coche en la carretera, dio la vuelta y se fue en dirección al hotel. Esa vez a menor velocidad.

Al oír los golpes en la puerta, lo último que Caitlin esperaba era que Rhys hubiese regresado. Había salido de la casa en tal estado que dudaba volver a verlo algún día. Así que se dirigió a la puerta sin dudarlo. Seguro que sería su padre que, al no haber tenido noticia de ella en todo el día, habría ido a ver cómo estaba.

–Lo siento, papá –dijo mientras abría la puerta–. No sabes el día que llevo.

–Oh, sí que lo sé –dijo Rhys. Sin esperar a ser invitado, entró en el hall dejando entrar tras él una corriente de aire frío y algunas gotas de lluvia–. Me parece que yo he tenido el mismo día.

–¡No recuerdo haberte invitado a entrar! –exclamó Caitlin

indignada, deseando no haber abierto la puerta o, al menos, haber sido capaz de cerrarla antes de que él se colara con tanta seguridad.

–Y yo no recuerdo haberte pedido que me invitaras a entrar –contestó él con total indiferencia–. No iba a dejar que me dijeras que no. ¿Dónde está Fleur?

–Está durmiendo en su cuna. Son casi las nueve y media –señaló Caitlin–. Le di de comer y la acosté hace casi dos horas. Y no te atrevas a despertarla –añadió al ver cómo él se adentraba más en la casa.

–No tengo intención de despertarla –dijo Rhys–. ¿Qué clase de padre crees que soy? Entiendo que debe dormir durante la noche.

Caitlin apreció con un sentimiento de horror el tono de aquel «Qué clase de padre». Al contrario de lo que ella había imaginado, Rhys no se había largado de allí de camino a Londres, poniendo kilómetros entre ellos. En vez de eso había vuelto a buscar pelea.

–Sí, probablemente no se despierte hasta las seis de la mañana.

–Bien, entonces eso nos dará tiempo para hablar. Y esta noche vamos a hablar.

–La verdad es que no pienso hacer otra cosa.

–Eso está bien porque yo tampoco.

Los recuerdos amargos de la noche anterior hicieron que a ella le temblara la voz. Y la certeza de que la culpa era suya puso las cosas aún peor.

Cómo deseaba que se hubiese marchado a Londres a toda velocidad. Al menos así habría tenido algo de paz, sabiendo que nunca volvería a molestarla.

¿O quizá estaba mintiéndose a sí misma al pensar aquello? Mientras había estado bañando y dando de comer a Fleur, intentando olvidar el momento en que había tenido que contarle a Rhys la verdad, le había resultado imposible convencerse a sí misma de que estuviese contenta de que se hubiese ido. El sonido de la puerta tras él había sido como el final de algo en lo que ella, a pesar de que había sido por poco tiempo, había puesto sus esperanzas.

Unas esperanzas absurdas. Imposibles, ridículas, inalcanzables.

Rhys no era el tipo de hombre que ella había imaginado. Matthew Delaney nunca había existido, excepto en la fantasía de un futuro que se había permitido el lujo de imaginar por un corto espacio de tiempo.

–¿Te importa si entro?

La intención de Rhys de ir hacia la sala de estar sorprendió a Caitlin. Después del modo en que había entrado en la casa no se

imaginaba que se mostrase tan reticente a ir más allá.

–Por supuesto que no.

–Estoy mojado.

–Por un poco de humedad no pasará nada. Mi casa no es precisamente un palacio.

Pero, al seguirlo hasta la sala de estar y verlo a la luz, se quedó con la boca abierta al ver lo que quería decir.

«Mojado» era quedarse corto. Estaba empapado. La chaqueta de su traje estaba llena de manchas de agua. La camisa estaba adherida a su pecho, en algunas zonas tanto que el pelo del pecho traspasaba el fino tejido. Tenía el pelo de la cabeza empapado y había gotas que le cían por la frente y las sienes y que él se apresuró a quitarse con la mano para que no se le metiesen en los ojos.

–¿Qué diablos te ha pasado?

–Está diluviando ahí fuera, por si no lo habías notado.

–Pero estabas en el coche.

–Al principio –dijo sonriendo–. Iba en coche pero, cuando regresé, me di cuenta de que no estaba lo suficientemente calmado para hablar. Así que me fui a dar un paseo.

–¿Con esto? Rhys, eres idiota.

–¿Habrías preferido que llegara aquí atacado de los nervios y dispuesto a asesinar? –preguntó irónicamente.

–¿Así de mal?

Caitlin lo miró alarmada, viendo en sus ojos la ira que aún no había desaparecido del todo.

–Así de mal.

–Entonces…

–No, no te preocupes –se apresuró a decir él–. Ya estoy más tranquilo. Lo juro. De ahora en adelante me comportaré educadamente.

«Educadamente» y «tranquilo» eran dos palabras que Caitlin no asociaba con Rhys Morgan. El hombre con el que había cenado la noche anterior sí era tranquilo y educado. Pero ese hombre había sido la persona que ella pensaba que era Matthew Delaney. Y Matthew Delaney nunca había existido.

Lo cual era una tragedia porque había empezado a sentir algo muy especial por él.

–¡No!

Para su sorpresa se dio cuenta de que, debido al estado de shock en que se encontraba, había dicho la palabra demasiado alto. Al oírlo Rhys le dirigió una mirada extrañado y con el ceño fruncido.

–¿No? –preguntó–. ¿No qué? ¿No, no me puedo quedar o no, no

te crees que vaya a comportarme? Porque, si es así, te aseguró que sí lo haré.

–Eso habrá que verlo.

Todavía agitada por lo que había dicho, Caitlin se dio cuenta de que no podía mirarlo, no podía enfrentarse a aquellos ojos azules. Le daba demasiado miedo lo que pudiera desvelar, que él fuese capaz de leerle el pensamiento y descubrir lo que sentía.

–Necesitarás una toalla. Quítate la chaqueta y cuélgala en el respaldo de una silla mientras voy a por una. Una camisa seca será también una buena idea.

–Caitlin, no te molestes…

–No me molesto. Estoy siendo práctica.

Y también estaba agarrándose a la más mínima oportunidad de estar ocupada y alejarse de él para ir a la cocina donde había una tanda seca de colada con una toalla doblada en lo alto.

–Aquí tienes.

Se la lanzó desde la puerta para luego ir escaleras arriba. Lo que fuera con tal de moverse y dejar de pensar.

Pero cuando volvió abajo, la visión que vio a través de la puerta abierta fue más que suficiente para hacerle desear volver arriba y meter la cabeza bajo una ducha fría.

Rhys se había quitado la chaqueta como ella había sugerido. Pero también se había quitado la camisa, que había lanzado sobre el sofá, y estaba usando la toalla para secarse el torso y los brazos, mostrando sus músculos y su fuerza para desgracia de Caitlin. Era evidente que también se había frotado el pelo, que se había quedado despeinado, dándole un aspecto desaliñado que a Caitlin le recordó el aspecto que tenía la noche anterior. Durante la noche en la que sus propias manos le habían despeinado el pelo. Cuando sus dedos se habían agarrado a él al llegar al clímax los dos juntos.

¡No, no, no, no!

–Aquí tienes…

Le lanzó la camisa como había hecho con la toalla pero, al ser de un material más ligero, se quedó a medio camino y cayó a la alfombra.

–Gracias.

Rhys tuvo que deshacerse de la toalla antes de dirigirse a alcanzar la camisa. Entonces, por alguna razón, se detuvo, con la camisa en sus manos y con una expresión ilegible en su cara.

–¿Qué ocurre? ¿No te sirve?

Todo era para que se la pusiera lo más rápido posible. La visión

de su torso desnudo, la fuerza de sus brazos, el pelo de su pecho, su cintura hacían que a Caitlin se le acelerase el pulso de forma descontrolada.

–Sí, creo que sí.

Rhys desdobló la camisa y la extendió frente a él, lo que alivió los sentidos de Caitlin ligeramente.

–Bueno, póntela. ¿Qué pasa?

–¿Esta camisa… es suya?

–¿Suya? –preguntó sin saber a quien se refería–. Es de mi padre, si te interesa. ¿Es eso un problema?

–No –dijo Rhys meneando la cabeza–. En absoluto.

Estaba poniéndosela cuando Caitlin cayó en la cuenta.

–¿No pensarás que era de Joshua? Lo pensabas, ¿verdad? –añadió al ver la mirada de él– Así que pensabas que también guardaba sus camisas.

–Guardabas su fotografía.

–La cual destrozaste.

Él tuvo la delicadeza de poner cara de arrepentimiento, pero eso hizo que ella se sintiese peor. Había estado viviendo en el pasado y lo sabía. Pero no había sido capaz de dar el paso decisivo hacia el futuro.

Rhys se había asegurado de eso. Y en otro mundo, en otras circunstancias, puede que ella se lo hubiese agradecido. Pero no ahí, no en ese momento.

–¿Has cenado?

Una vez más fue la necesidad de distraerse a sí misma y no pensar la que la hizo hablar.

–Estás decidida a cuidar de mí, ¿verdad? –preguntó mientras desabotonaba la camisa para luego ponérsela.

–Bueno, no le des mucha importancia. Es sólo que, si no me equivoco, tu estado de ánimo estará más calmado si no estás hambriento además de furioso. Y necesito que estés preparado para escuchar.

–Oh, escucharé de buena gana –de algún modo hizo que sonara más como una amenaza que como una promesa–. Pero yo también tengo mucho que decir. Y no, no he cenado, pero no tienes por qué…

–Al menos puedo preparar un sándwich y café. Puede que yo también coma algo.

«¡Mentirosa!», le reprochó su conciencia. Dudaba que pudiera comer algo. Le daba vueltas el estómago y tenía la boca y la garganta tan secas que tragar le habría resultado imposible.

Debía haberse sentido mejor una vez que él se puso la camisa, pero ocurrió justo lo contrario. La camisa de algodón se ajustaba perfectamente a su cuerpo y el color azul vaquero del tejido iba de maravilla con el color de sus ojos. El pelo estaba ya casi seco pero aún revuelto y la camisa, desabrochada, dejaba ver su pecho.

Y no parecía tener intención de abrochársela.

–¿Necesitas ayuda?

–No, gracias –dijo con más brusquedad de lo que había pretendido, y se dio cuenta de que su lucha por no pensar en cosas que no debía no le permitía controlar su voz–. No tardaré más de un minuto. Entonces podrás decirme lo que sea que quieres que hablemos.

–Sabes perfectamente de lo que tenemos que hablar –le dijo Rhys con frialdad–. Vas a explicarme por qué dices que Fleur no es hija mía cuando creo que tengo pruebas de que sí lo es. Y también vas a decirme de quién es supuestamente. Y te lo advierto, Caitlin. No aceptaré nada que no sea la verdad.

Capítulo 10

NO DEBERÍA estar allí.

Rhys se dijo a sí mismo que había cometido un grave error regresando y desde luego no debía estar allí, en aquella habitación que parecía esconder sombras de la noche anterior por donde quisiera que mirase.

Sentarse en el sofá le recordaba a cuando se había sentado allí con Caitlin al lado. La esencia de su piel, su tacto, todo.

Así que deambuló por la habitación como un tigre enjaulado, deseando estar en cualquier lugar menos allí.

¿Dónde si no podría estar?

La noche anterior había estado buscando alguna señal, alguna pista de su hija, de cómo era, de la personalidad que tenía. Había estado tan desesperado por verla que no había podido controlarse y, sin embargo, ahí estaba otra vez, menos de veinticuatro horas después, con todo su mundo patas arriba.

Había visto a su hija, había visto a Fleur, la había tenido en brazos, había sentido su pequeño cuerpo contra el suyo. Había satisfecho ese sueño para luego ver cómo se hacía pedazos como el cristal de la fotografía.

–¡Mierda!

Dio un golpe con el puño contra el respaldo de una silla, síntoma evidente de la ira que lo devoraba por dentro.

Quería a su hija, la hija que pensaba que Amelie nunca le daría. Se había desvivido por encontrarla para que luego le dijeran que no era suya.

–Por favor, déjame algo de mobiliario sin romper.

La voz de Caitlin sonó fría mientras entraba en la habitación llevando una bandeja con platos y tazas que colocó sobre la mesa.

–Preferiría si no desataras tu furia contra mis pertenencias.

Rhys la miró y se arrepintió de haber sido descubierto haciendo un gesto tan delator. No quería que ella supiera lo mal que lo estaba pasando.

Y odiaba pensar que ella pudiera acercarse un poco, sabiendo que eso empeoraría las cosas aún más.

–Creí que habías dicho que tenías tu ira controlada.

–Dije que me comportaría educadamente y lo haré. Siempre que tú cumplas tu parte.

–¿Mi parte, diciéndote lo que quieres saber y rápido?

Estaba sirviendo el café mientras hablaba, demasiado concentrada como para saber que sus pensamientos no estaban puestos en aquella sencilla acción. Y, al igual que la noche anterior, él pudo ver cómo ella se mordía el labio inferior mostrando su preocupación.

–Bueno, no te preocupes. No quiero que estés aquí más tiempo del necesario. Así que sugiero que acabemos con esto cuanto antes.

–No podría estar más de acuerdo.

Si solucionaban eso cuanto antes, quizá podría controlarse en vez de dejar sueltos sus instintos, agarrarla y besarla apasionadamente. Besarla y arrebatarle la rabia y la actitud defensiva que tenía en ese momento para transformarla en esa ansia carnal que los había envuelto la noche anterior.

Besarla y llevarla de nuevo a la cama.

–Así que habla.

Tuvo que concentrarse bastante para pensar con claridad y decir lo que quería decir. Por fortuna Caitlin estaba acomodándose en un sillón llevando consigo su taza de café, así que no registró su momentánea abstracción, el modo en que él la miraba.

–¿Qué quieres saber?

–Creo que ya sabes la respuesta a eso.

Rhys se obligó a sí mismo a tomar el café y, puesto que ella los había hecho, también un sándwich antes de sentarse en el sillón frente a ella y recostarse sobre los cojines.

Parecía cansada, pálida, desgastada. La camiseta blanca que se había puesto aquella mañana parecía desgastada y estropeada, probablemente después de haber estado algún tiempo con Fleur. Incluso había una mancha de leche a la altura del hombro izquierdo. Pero Rhys tenía que admitir que, a pesar de haber visto a mujeres preciosas vestidas con las ropas más elegantes, ninguna de ellas había conseguido despertar en él sus instintos más masculinos como lo había hecho ella.

Unos instintos que debía aprender a ignorar o de lo contrario ella lo embrujaría y nunca podría enterarse de la verdad.

–Quiero que me digas por qué crees que Fleur no es hija mía y…

–Me lo dijeron.

–¿Quién te lo dijo? ¿Amelie?

–No –dijo Caitlin mirando su taza de café, donde un círculo de espuma daba vueltas frenéticamente, como los pensamientos dentro de su cabeza–. No exactamente.

–¿Y qué diablos significa «No exactamente»?

–Significa que yo escuché a Amelie hablar con alguien, y lo que dijo pareció confirmar lo que a mí me habían dicho.

–Repito –dijo Rhys con frialdad–. ¿Quién te lo dijo?

–Alguien.

Se detuvo cuando Rhys depositó su taza con fuerza sobre la chimenea para volver a sentarse más rígido esa vez, abandonando su postura relajada.

–¡Déjate de juegos, Caitlin!

–¡No estoy jugando!

Habló con un tono de sufrimiento al pensar en lo diferente que era aquella escena de la había tenido lugar la noche anterior. Entonces ella se había sentado muy cerca de él y la atmósfera había sido caliente, relajada y sensual.

Pero ahora estaba cada uno situado a un lado de la chimenea, como dos antiguos enemigos desafiándose, esperando la palabra para poder disparar.

Y el ambiente en la habitación no podía ser más frío.

–No estoy jugando. Esto es muy extraño para mí.

Y doloroso.

Por un momento pensó que iba a presionarla y a obligarla a que le diera detalles que aún no estaba preparada para dar. Pero, en vez de eso, respiró hondo, alcanzó su taza de nuevo y esperó. Pero no se relajó, sino que se quedó mirándola fijamente.

–Así que escuchaste a Amelie hablando con alguien y alguien te dijo… ¿No será que esos dos eran la misma persona?

Caitlin asintió con la cabeza y, al ver que él esperaba algo más, dijo:

–Era el padre de Fleur.

–¿Y ése era…?

Era la pregunta que más temía. La que hubiera evitado si hubiera podido.

Tomó aire y habló lentamente y con vacilación.

–Josh.

Ella sabía que la había escuchado, que había registrado la importancia de aquel nombre pero, sin embargo, Rhys se inclinó para delante y dijo:

–Dilo de nuevo.
–Josh… ¡Joshua Hewland!
–¿Tu casi prometido? Caitlin, he dicho…
–Sé lo que has dicho y sí. ¡Sí! El hombre al que pensé que iba a estar prometida, con el que pensé que me casaría.
–¿Él y Amelie? ¿La mujer con la que te engañó era Amelie?
¿Cuántas veces tendría que repetirlo?
–Sí.
–Ya veo.
–¿Ah, sí?
–Oh, sí lo veo claramente. Lo veo todo. Y ahora comprendo muchas cosas que hasta ahora no comprendía. Nunca habría podido entender por qué una mujer joven con toda la vida por delante querría atarse cuidando al bebé de otra mujer.
–Ya te lo he dicho. Amelie me lo pidió.
–¿Cuándo?
–Fue en el hospital, después del accidente.
–Hay algo que no comprendo. A mí me dijeron que había muerto porque tenía mal el corazón. Pero tú dices que fue un accidente de tráfico.
–Fueron las dos cosas –dijo Caitlin con pesadumbre–. Fue su corazón el que causó el accidente. Iba conduciendo y tuvo un ataque, se salió de la carretera y se estrelló contra un muro. Josh murió en el acto. Amelie, bueno, pensaban que podían salvarla porque no estaba muy grave, pero entonces tuvo otro ataque.
–Ya veo.
–Pero antes de eso ella ya lo sabía. Así que dijo que si algo le ocurriese yo prometiese que iba a ocuparme de Fleur. Por supuesto dije que sí.
–Por supuesto.
Lo pronunció como si hubiese cometido algún tipo de crimen más que una ayuda.
–¿Qué significa eso?
Rhys la miró y luego miró el sándwich que tenía en la mano para luego devolverlo al plato como si acabara de descubrir que estaba seco y rancio.
–Naturalmente tú estuviste encantada de cuidar al bebé al saber que era hija de tu adorado Josh.
–¡Cállate!
Lo dijo llanamente, sin mostrar emoción alguna. No podía encontrar la emoción adecuada. Porque no había manera de negar lo que él estaba diciendo. Era cierto. En parte, al menos.

Había querido quedarse con Fleur porque era parte de Josh. Algo real, cálido y vivo a lo que poder agarrarse y en quien depositar el amor que Josh no había querido. Con Fleur no se había sentido tan sola y tan perdida. Tenía al bebé de Josh, como siempre había deseado, aunque ella no fuese realmente la madre.

Al menos así había sido al principio.

Pero pronto había llegado a querer a Fleur por ella misma. La niña llegó a ser parte de su vida. Se moriría si tuviera que aportarse del bebé.

–¿Qué pasa, Caitlin? –murmuró Rhys–. ¿No puedes aceptar la verdad? ¿No puedes aceptar los hechos? Perdiste a tu amado Josh en favor de Amelie, y ahora quieres…

–¡He dicho que te calles! –dijo Caitlin poniéndose en pie y encarándolo desafiante–. Mejor será que vayas con cuidado. No vayas hablando de cosas como «los hechos» o como «la verdad». ¡No cuando caminas sobre un terreno tan pantanoso!

La explosión de Caitlin lo dejó desconcertado.

–¿Ah, sí? –consiguió decir él, pero su voz había perdido gran parte de su potencia anterior.

–¡Sí!

Al darse cuenta de que estaba meneando su taza en el aire como una peligrosa arma, Caitlin la depositó en la bandeja derramando el café sobre uno de los sándwiches.

–¿Qué quieres decir con eso?

–¡Sabes lo que quiero decir! –exclamó. Se acercó a la mesa y apoyó las manos sobre la madera para enfatizar lo que quería decir–. ¡Eres tú el que no acepta la verdad cuando se la ofrecen en bandeja! Te he dicho que Fleur no es hija tuya, pero no lo crees. No crees que…

–No puedo –la interrumpió–. No puedo –repitió al ver que ella lo miraba sin decir nada.

Ella no quería comprenderlo. No quería compadecerse, pero se dio cuenta de que eso era justo lo que estaba haciendo. Habría jurado que era imposible que la cara de Rhys perdiera más color, que se pudiera poner más blanco. Tenía la mandíbula tensa, como en protesta por la presión a la que estaba siendo sometido. Y sus ojos parecían negros, parecían haber perdido todo tono azul.

–No puedo creerlo –dijo él de nuevo.

–Pues tienes que hacerlo.

Estuvo tanto tiempo callado que Caitlin pensó que había perdido la voz. O eso o finalmente había aceptado la verdad pero no podía decirlo.

Entonces se movió, depositó su taza en el plato y se levantó con una lentitud nada típica en él. A los ojos de Caitlin fue como si hubiese envejecido diez años en diez segundos.

–No puedo aceptarlo –repitió él–. Y no lo haré, y antes de que lo digas de nuevo, no, no tengo por qué aceptarlo. Porque yo sé algo que tú no sabes.

Tras él, el reloj que había sobre la repisa de la chimenea comenzó a sonar dando la hora, haciendo que Caitlin se asustara. Parecía sonar extraordinariamente fuerte en aquella atmósfera tan fría. Demasiado fuerte para que ella pudiera hablar.

Así que esperó, sin pensar, casi sin respirar, concentrada únicamente en contar mentalmente hasta diez.

… ocho, nueve, diez…

Y el silencio continuó porque ella no supo cómo romperlo. No tenía ni idea de qué decir. Excepto una pregunta evidente. La que no se atrevía a hacer.

–¿Qué pasa, Caitlin? –preguntó Rhys finalmente cuando el silencio amenazaba con hacerse insoportable. Aún así ella seguía sin saber qué decir–. ¿Te has quedado sin palabras? O quizá eres tú la que no puede aceptar la verdad. La que no quiere saber nada.

–Yo no… yo… –no le salía la voz. Tuvo que detenerse, tragar saliva e intentarlo de nuevo–. No te creo. No hay nada. No puede haber nada.

La arrogancia de su implacable mirada, la forma en que una de sus cejas se elevó en señal de incredulidad, hicieron que ella casi se desmoronara.

–¡De acuerdo! –explotó ella–. ¿Qué ocurre? ¿Qué me he perdido? ¿Qué es eso de lo que presumes saber?

Y por alguna extraña razón, Rhys pareció dudar. La miró a la cara, luego miró al suelo y trazó una flor sobre la alfombra con la punta de su bota. Finalmente tomó aliento y lo soltó mientras se pasaba las manos por el pelo.

–Tú primero –dijo él.

–Eso no es jus… –comenzó a decir Caitlin, pero se detuvo cuando él le hizo un gesto de rechazo con la mano.

–¡Me importa un pimiento lo que sea justo! ¡Nada en este maldito asunto es justo! Así que no gastemos tiempo en eso. Dime por qué crees que Joshua Hewland es el padre de Fleur.

Capítulo 11

CAITLIN no se atrevió a discutir. Sería en vano. Eso ya lo sabía. Además, al igual que Rhys, quería acabar con eso cuanto antes. Si es que era posible acabarlo.

–Me lo dijo él.

–¿Hewland? ¿No Amelie?

–No.

Se sentía tan insegura como sonaba su voz. Cuando Josh se lo había contado ella no había visto razón alguna para dudar de él. Pero ahora…

–¿Cuándo y por qué?

–¿Por qué me lo dijo? –preguntó antes de morderse el labio para desviar la atención del dolor emocional hacia el físico–. Porque había descubierto lo suyo con Amelie. Porque le había insinuado que sospechaba que me era infiel. Y porque quería probar lo comprometido que estaba con ella.

–¿Diciéndote que iban a tener un hijo?

¿Había quizá un tono compasivo en su voz? Caitlin no podía ni considerar esa posibilidad. No quería su compasión. Sería más doloroso de lo que había sido tener que aceptar la traición de Josh.

Para su sorpresa sintió que las lágrimas se la acumulaban en la garganta y sólo pudo asentir en silencio.

–¿Y ésa fue la única vez?

Ella deseaba que hubiera sido así.

–No. Más tarde, cuando ya se había descubierto todo siguió haciendo comentarios, diciendo cosas del tipo «si voy a ser padre». Y Amelie nunca lo contradecía.

–Dime una cosa.

El tono de Rhys se había agudizado notablemente de modo que Caitlin se acordó de la escena de un interrogatorio en un juzgado que había visto en un drama en la televisión.

–Tu… ese Joshua, ¿no sería rico, por casualidad?

–Estaba forrado –dijo Caitlin torciendo la boca–. Su familia tiene

una cadena de hoteles. Así es como nos conocimos. Yo trabajaba…

Se detuvo al ver la expresión de Rhys e imaginarse por donde iban sus pensamientos.

–¿Crees que Amelie…?

–Conozco a Amelie. La conocía –se corrigió a sí mismo–. Siempre tuvo mucho ojo en lo que se refería al dinero. Si Amelie sospechó que Joshua podía mantenerla y que podría acostumbrarse de nuevo al estilo de vida que había tenido una vez, entonces no creo que fuese a permitir que algo como su compromiso contigo se interpusiera.

–¿Piensas que…?

Fue sólo un susurro, y se llevó la mano a la boca como si no quisiera dejar escapar las palabras de su boca.

Rhys asintió sombrío.

–Si preguntas si ella se fijó en Joshua como objetivo en vez de saber lo que sentías tú por él, la respuesta es sí. Estoy seguro de que eso fue lo que hizo. Yo lo viví en mis carnes cuando descubrí el motivo por el que se había casado conmigo. Era actriz, pero no había tenido ningún papel decente en casi dos años. No tenía dinero y yo era un ciego tonto que tenía mucho.

–¿Y por qué te dejó?

–Sabía que yo quería tener hijos. Ella no quería, o eso decía. Así que se fue. Estuvo fuera hasta que se quedó sin dinero y volvió llorando pidiendo una reconciliación. Me tragué la historia el tiempo suficiente para dejar que se metiera de nuevo en mi cama, hasta que dejó claro que lo que quería era el dinero y yo le dije que se marchara.

–Así que se vino a Francia. Donde la conocí y la invité a quedarse un tiempo. Y en una semana ya estaba acostándose con Josh.

–Lo siento.

Rhys tuvo que decirlo. Parecía tan pálida y vulnerable que ningún hombre con un poco de sentimiento podría no haber sentido compasión por ella en ese momento. Maldijo a Amelie en silencio por haber entrado en la vida de Caitlin y destrozársela sin preocuparse por nadie que no fuera ella misma, como siempre había hecho. Y tampoco podía evitar culparse a sí mismo pensando que, si hubiera tenido un poco más de paciencia con Amelie o, al menos, le hubiera dado el dinero que ella pedía, ella no se habría fijado en Josh ni se lo habría arrebatado a Caitlin con esa sangre fría.

Aunque la verdad era que Caitlin tampoco había perdido mucho

puesto que, si Josh se dejaba seducir con tanta facilidad, entonces no habría sido carne de matrimonio.

Como él se imaginaba, su compasión tuvo en ella el efecto de endurecerla. Ella elevó la barbilla desafiante y lo miró a los ojos.

–Pero eso no prueba nada sobre Fleur. Yo escuché cómo ella le decía que podría ser el padre.

–Pero no que lo era. ¿Qué nombre puso Amelie en el certificado de nacimiento?

Él sabía que ella estaba siguiendo su misma línea de pensamiento al ver cómo le cambiaba la cara.

–No puso nada. Lo dejó en blanco.

–¿Y no piensas que lo habría puesto si hubiera podido? ¿Si hubiera podido probarle a Josh y a su familia que el bebé era suyo? ¿No crees que les habría pedido a ellos que cuidaran de Fleur si eso fuese cierto?

–Así que engañó a Josh también.

Rhys no soportaba ver las lágrimas en su cara. No soportaba pensar que esas lágrimas estaban ahí por Josh. A pesar de que ese bastardo la había traicionado aún tenía ganas de llorar por él. En cualquier caso no pudo evitar acercarse a ella y abrazarla con fuerza.

Demasiado fuerte para su propio estado mental.

No quería sentir aquel súbito aceleramiento de su corazón. No quería sentir la sangre caliente corriendo por sus venas, su pulso acelerándose, su estómago encogiéndose. Pero no pudo evitarlo.

Bastó acercarse a ella y oler su piel, tocarla mientras le pasaba el brazo por encima, y ya estaba perdido. La necesidad de besarla, acariciarla, poseerla, hacerla suya y de nadie más, lo inundó de golpe a pesar de que él intentaba resistirse.

Pero tenía que resistirse. Al menos de momento, hasta que aclararan ese maldito asunto. Si es que alguna vez lo conseguían.

Sintió cómo Caitlin se estremecía y se agitaba contra su hombro, tomando aliento y sollozando.

–Hay algo que has dicho. Algo sobre… algo que sabías, pero que yo no sabía –dijo Caitlin.

–Su nombre.

–¿Qué?

Caitlin elevó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

–El nombre del bebé, Fleur. Era así como yo solía llamar a Amelie durante un tiempo.

Era un recuerdo amargo, pero quedaba eclipsado por el momento en que había tenido en brazos a la niña, a su niña, estaba

seguro.

–*Ma petite Fleur* –dijo Caitlin recordando–. Mi pequeña flor.

–Sí. Eso es. Ya ves. Si ella empleó ese nombre para el bebé, está claro que pensaba en mí. Darle el nombre a su hija por su padre. Por algo que yo decía.

Ella se quedó callada tanto tiempo que él pensó que no iba a contestar. Pero en el último momento se apartó de él ligeramente para poder mirarlo a los ojos.

–Oh, Rhys. No sé. No sé qué pensar. Qué hacer.

Él casi se carcajeó. Para él no había ningún problema. Ninguno en absoluto.

Quería a su hija. Y quería a esa mujer. Si le quedaba alguna duda, regresar allí esa noche la había disipado por completo de su cabeza. Al tenerla entre sus brazos durante unos segundos se había dado cuenta de que haría cualquier cosa con tal de no dejarla escapar, demantenerla en su vida.

–Eso es fácil –dijo él tranquilamente.

No había necesidad todavía de mostrarle a ella lo que significaba para él. No había necesidad de ponerse intenso cuando era evidente que ella no estaba preparada para ello. Ya había tenido bastante por ese día. Las revelaciones sobre Fleur, sobre Amelie y, por supuesto, sobre Joshua habían sido bastante para asumirlas. No quería sobrecargarla con más cosas.

–¿Fácil?

–Por supuesto. Ya te lo he dicho antes. Ya te he dicho lo que podemos hacer.

Lo miró extrañada y sorprendida.

–¿lo dijiste antes? ¿Te refieres a cuando dijiste que me fuera a vivir contigo?

No era la reacción que él esperaba. No había sido tan tonto como para pensar que ella se echaría en sus brazos de inmediato y que estaría encantada con la idea de mudarse a Londres a empezar una nueva vida.

Pero al menos esperaba que hubiese estado ligeramente contenta con la idea.

Sin embargo, reaccionó como si le hubiera pedido que se vendiera a sí misma y al bebé al primer comerciante de esclavos que se encontrara.

–¿Por qué piensas que eso podría funcionar?

–Creo que es evidente. No he mantenido en secreto el hecho de que te deseo. Y tú no puede decirse que me rechaces totalmente. ¡Venga, Caitlin!

Su exasperación comenzaba a ser evidente y ella aún parecía dubitativa.

–Es la respuesta más evidente.

–Para mí no lo es.

–¿Y se te ocurre otra que implique que yo me quede con Fleur y que tú no tengas que…?

–¡Quedarte con Fleur!

Caitlin había estado luchando por mantenerse calmada. Había estado librando una batalla perdida contra las palabras de sorpresa y desaprobación que amenazaban con salir de su garganta y expresar el sufrimiento que sentía ante lo que él proponía. Y ya se había rendido.

Apretó los puños y lo miró con rechazo.

Ya no podía aguantarse por más tiempo. No podía ocultar su infelicidad al darse cuenta de que él la quería sólo como un medio para conseguir a Fleur. Que ella iba en el paquete junto con el bebé.

El bebé, que era lo que realmente quería. Ella era sólo un añadido. Una niñera para el bebé, que era también alguien con quien a él le gustaba acostarse. Era un plus sexual, uno que además le libraría de los posibles problemas que ella podría causarle si decidía pelear por el bebé.

–¡Quedarte con Fleur! –repitió gritando–. ¡Fleur es lo que realmente quieres!

–Caitlin… –dijo con un tono siniestro en su voz. Uno que le advertía de los peligros del camino que estaba siguiendo y del posible castigo si no entraba en razón–. ¡Déjate de estupideces, Caitlin! Claro que quiero a Fleur. Siempre he querido tenerla, desde que me enteré de su existencia. Quiero llevármela a casa y criarla. Es mi bebé, es mi hija.

–¡No hay ninguna prueba de eso!

Se arrepintió de decir aquello según terminó. Tampoco había ninguna prueba de que Fleur no fuese hija de Rhys. No había ninguna prueba.

–Oh, así que es eso.

–¿Eso qué? –preguntó ella sabiendo que no debía hacerlo.

Sabía por su cara, por el modo en que sus ojos se habían enfriado, por su mandíbula endurecida, en lo que estaba pensando. Sólo había una interpretación que podía haber sacado de su reacción. Y ella sabía de sobra cuál era.

Los pensamientos de Rhys se habían ido directamente a Josh. A la certeza absoluta de que aún estaba enamorada del hombre que una vez creyó que iba a ser su prometido, su marido. Rhys aún

pensaba que no había podido sobreponerse a su muerte.

Y sus primeras palabras lo confirmaron.

–Es él, ¿verdad? ¿Es Hewland? –pronunció el nombre como si fuera una maldición–. Aún no lo has dejado marchar. Todavía estás enamorada de él a pesar de cómo te trató.

Ella meneó la cabeza sin mirarlo y supo que Rhys lo interpretaría como que no estaba diciendo la verdad. Que estaba evitando mirarlo porque no podía admitir que tenía razón.

Pero por lo menos dejar que pensara eso era más seguro que dejar que se imaginara la verdad absoluta.

Una verdad que ella estaba comenzando a ver por sí misma: que se había enamorado de Rhys. Que una vez más había sido tonta e ingenua como para darle su corazón a un hombre que ni se preocupaba por ella. Un hombre que quería utilizarla para conseguir lo que quería, a Fleur.

–¡No te creo!

–¡Cree lo que quieras! –dijo ella desafiándolo, y supo el peligro que corría mediante aquello al ver cómo sus ojos se oscurecían.

–Al menos Josh me quería por mí misma… durante un tiempo. No me quería como parte de un plan para conseguir un bebé. Al menos Josh, a pesar de todo, me quería por mí.

–Así que aún estás obsesionada con él. Ese cabrón podría salir de su tumba y cautivarte. Bueno, ya veremos…

Ella no vio venir el movimiento, no estaba preparada cuando él se abalanzó y le agarró el brazo con fuerza. Ella no tuvo fuerzas para defenderse.

Antes de darse cuenta de lo que pasaba la agarró y la abrazó colocando su cuerpo contra el suyo propio.

–Bueno, ya veremos, ¿no es cierto, cariño? Ya veremos, mi querida Caitlin. Veremos cómo tu querido Joshua puede compararse a alguien vivo, con sangre en las venas. ¿Puede él abrazarte así? –deliberadamente la apretó más hasta que ella no podía casi respirar y soltó un pequeño suspiro–. ¿Puede tocarte, puede acariciarte?

Le dio acciones a sus palabras, le pasó los dedos por el pelo y le acarició el cuerpo con suavidad.

Le pasó las manos por los pechos y los apretó gentilmente hasta que ella gimió. Luego la besó de nuevo hasta que ella estuvo a punto de estallar por el calor.

–¿Puede besarte hasta hacerte gritar? ¿Puede excitarte y encender la llama de tu deseo?

Una vez más dio acción a sus palabras y deslizó sus manos por

debajo de su camiseta blanca, acariciando su piel, sus pechos. Jugueteó con sus pezones hasta ponerlos duros, antes de que sus dedos se metieran bajo el sujetador.

Ella se sentía cada vez más débil. Él estaba ganando. Estaba consiguiendo que se derritiera, que respondiera. No podía controlarse a sí misma.

–¡No, no, no, no!

Con un terrible esfuerzo Caitlin se apartó bruscamente, se dio un golpe con un lateral del sofá y casi se cayó sobre los cojines por la fuerza del impacto.

–¡Lárgate! –exclamó sin poder reconocer su propia voz–. ¡Lárgate y no vuelvas! No quiero verte más.

–¿Qué pasa, amor mío? ¿No puedes enfrentarte a un hombre de verdad? ¿Es que sólo puedes enfrentarte al frío recuerdo de tu adorado Joshua y no con los sentimientos de un hombre real?

–¡Puedo enfrentarme con un hombre, pero no con un animal! Y puedo enfrentarme a los sentimientos cuando los hay. Pero sólo buscas una cosa, y no estoy dispuesta a calificarlo de sentimiento. Es sólo sexo, lujuria, nada más. Ahora lárgate. Y ni se te ocurra pensar en llevarte a Fleur contigo porque si es así tendré a la policía tras de ti en menos que canta un gallo.

–¿Y cuando diga que es mía?

–¡Demuéstralo!

A aquellas palabras les siguió un incómodo silencio. Un silencio en el que oía el eco de sus palabras reverberando como las ondas en una piscina cuando se tira una piedra.

–Demuéstralo –repitió Rhys con veneno en sus palabras–. Oh, claro que lo demostraré. No iba a insistir en esto, pero no me dejas otra alternativa. Quiero a mi hija y nadie va a interponerse en mi camino. Y Fleur es mi hija. Una prueba de ADN lo demostrará con facilidad. Será mejor que te prepares, cariño, porque de una forma u otra conseguiré la prueba definitiva.

Capítulo 12

LA CARTA llevaba encima del escritorio tanto tiempo que Rhys casi había olvidado cuándo había llegado a la oficina.

Llevaba allí el tiempo suficiente como para que su secretaria lo hubiera notado y hubiera hecho comentarios sobre el hecho de que aún estaba sin abrir.

–¿Es algo de lo quiere que me ocupe? –había preguntado ella, y había recibido una fuerte negativa como respuesta.

–Lo siento, señorita Scamans –se había disculpado Rhys al verla indignada–. Es un asunto personal. Algo de lo que tengo que ocuparme yo mismo.

Pero se admitió a sí mismo que era algo de lo que no se estaba ocupando.

«Afronta los hechos. Has estado evitando abrir la carta durante más de una semana».

Y seguiría evitándolo hasta que no encontrara una solución a su dilema.

Porque la verdad era que no podía pensar en ninguna manera de averiguar quién era el padre de Fleur sin que eso le trajese más problemas. Unos problemas que parecían peores que al principio.

Si él era el padre de Fleur, entonces Caitlin se vería obligada a entregársela. Se la llevaría a casa a vivir con él, pero perdería a Caitlin como consecuencia.

Si no era el padre de Fleur, entonces Caitlin se quedaría con el bebé y cuidaría de ella como si fuera su hija. Y él no tendría cabida en sus vidas en absoluto.

Y ninguna excusa para volver a ver a Caitlin.

Así que al parecer perdería en cualquier caso.

Perdería lo que realmente le importaba, que era la posibilidad de tener un futuro con Fleur y Caitlin.

–¿Y por qué quedarte sólo con Fleur sería como perder? –le había preguntado en una ocasión su ayudante personal, Sarah,

cuando él le había contado que lo había estropeado todo y había sido un tonto además.

–Porque sí.

–Pero creí que Fleur era lo que tú querías. Es la razón por la que fuiste allí.

–Lo era, pero las cosas cambiaron.

–¿Cambiaron cómo? ¿Cuando conociste a Caitlin?

–Sí.

–¿Y…? Ah, ya veo –dijo cuando él le dirigió una mirada de furia–. Ahora Fleur no es suficiente.

–¡Es mi hija, Sarah!

–Lo sé. Y éste… –dijo Sarah acariciándose la tripa, donde su embarazo era ya notable– es mi hijo. Alguien a quien ya adoro, y ni siquiera nos conocemos aún. Pero Damon… –su cara se suavizó y sonrió al pensar en el hombre alto, moreno y griego con el que estaba casada–. Damon es mi alma gemela. Mi otra mitad. Lo que me completa. Sin él pensaría que me falta algo.

–Pero tú amas a Damon.

–Lo sé. ¿Y qué te dice eso de tu Caitlin?

–¿Intentas decir que estoy enamorado de ella?

–Apostaría por ello –dijo Sarah con sonrisa burlona mientras se daba la vuelta para dirigirse hacia la puerta–. Pero creo que deberías saber que el hombre que yo conocía como Rhys Morgan se fue en busca de su hija y regresó un hombre totalmente diferente.

Un hombre totalmente diferente.

Las palabras de Sarah se repetían en su cabeza junto con sus propios pensamientos.

Ninguna excusa para volver a ver a Caitlin.

¿Quería una excusa para ver a Caitlin?

Pues claro. Cualquier excusa.

En las últimas cuatro semanas desde que había estado en Linford la había visto sólo un par de ocasiones, y ambas habían sido demasiado breves e incómodas como para satisfacer su deseo de pasar tiempo con ella. ¿Cómo iban a estar de otra manera cuando él había empeorado las cosas amenazando con una prueba de ADN? Uno de los encuentros había sido cuando Caitlin había tenido que llevar a Fleur al médico para que le sacaran las muestras necesarias.

Lo cual, como es lógico, no había derivado más que en una conversación fría y distante.

Habían hablado de Fleur y de si dormía bien o no. El hecho de que ya tenía un diente. Que ya pesaba más y que crecía correctamente.

Cualquier cosa antes de lo que realmente importaba.

Y él se había sentado en la sala de espera y había ansiado besarla. Ansiaba abrazarla y decirle que nunca había pretendido que las cosas saliesen así. Que nunca podría quitarle a Fleur, que lo que quería era tenerlas a las dos en su vida. Para el resto de su vida.

Y Caitlin lo había tratado como al enemigo que creía que era. Se había mantenido rígida y bien apartada de él. Había contestado a sus preguntas con monosílabos. Le había dirigido una mirada tan furiosa que habría podido reducirlo a cenizas.

Finalmente Caitlin se había despedido con frialdad. Y no, gracias, no necesitaba que la llevara a ningún sitio, a pesar del hecho evidente de que llovía a mares y, al llevar el carrito de Fleur, no podía utilizar su paraguas.

Y se había marchado sin ni siquiera mirar hacia atrás.

Ninguna excusa para volver a ver a Caitlin.

Rhys golpeaba su escritorio con los dedos. El sonido se amortiguó cuando los dedos alcanzaron el sobre que contenía el informe que podría cambiar su futuro para siempre.

Ninguna excusa para volver a ver a Caitlin.

¡Tenía delante de sus narices la excusa perfecta para verla!

Agarró el sobre y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta para luego pulsar el botón del interfono que daba al escritorio de su secretaria.

–Señorita Scamans, cancele todos los planes que tenga en la agenda durante la próxima semana por lo menos. Me voy fuera de la ciudad y pienso estar fuera un tiempo.

Caitlin colocó el último de los vestiditos de Fleur en la maleta y la cerró.

Ya estaba hecho.

Llevó la maleta al pie de las escaleras y la dejó en el hall para luego volver arriba e ir preparando a Fleur. La niña estaba feliz en su cuna, moviendo las manos para intentar alcanzar el móvil que colgaba sobre ella.

–Sólo un par de minutos más, cariño.

Caitlin pensó que iban bien de tiempo. Y Fleur parecía muy satisfecha. Podía permitirse dejar a la niña en la cuna un poco más.

Así ella podría sentarse un rato.

Se sentó en una silla cercana y respiró hondo. No llevaba sintiéndose muy bien durante un par de días y hoy se sentía fatal desde que se había levantado.

Imaginaba que sería estrés, y admitía que no había podido relajarse totalmente desde el día en que había descubierto quién era Rhys Morgan. Y, con la amenaza de la prueba del ADN en su cabeza, no había podido relajarse ni un momento. Rhys se presentaría con un documento que probablemente probaría que era el padre biológico de Fleur y le exigiría que se la entregase.

Además a ella no le parecía bien mantener a la niña apartada de él por más tiempo. Sabía que Rhys adoraba a Fleur, lo había visto con sus propios ojos. Y como él y Amelie aún seguían casados cuando ella había nacido, tenía todo el derecho a reclamarla como su padre.

Si al menos pudiera sentirse lo suficientemente bien como para afrontar la situación con normalidad… Su energía parecía haberla abandonado y llevaba toda la mañana sintiendo nauseas en el estómago. Y eso había traído consigo algunas preocupaciones en las que no quería ni pensar. Preocupaciones que hicieron que se pusiera a calcular fechas, obteniendo un resultado que ni el estrés podía explicar.

Un súbito chillido de Fleur la alertó de que un pequeño conejo azul, el juguete favorito de la niña, se había caído al suelo por entre los barrotes de la cuna.

–Oh, has perdido a Flopsy. No puedes alcanzarlo, ¿verdad?

Se agachó para recoger el juguete y al levantarse de nuevo su estómago comenzó a darle vueltas, al igual que su cabeza.

–Oh, no.

Depositó el muñeco en la cuna y se apoyó en uno de sus laterales para esperar que pasara.

Pero no pasó. Incluso fue a más.

Era como estar en un barco, pero el movimiento estaba en su cabeza, no bajo sus pies. Comenzó a sentir algo en su garganta.

–No…

Se dirigió corriendo al baño y llegó justo a tiempo. No había comido mucho el día anterior, incluso menos para desayunar, pero su estómago parecía no haberse enterado, y acabó arrodillada ante la taza.

Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta.

–¡Vete! –gritó ella.

Pero pensó que también podía ser su padre. Levantó la cabeza e intentó llamarlo.

–¡Papá!

Pero eso empeoró las cosas.

Además no podía ser su padre. Él nunca llamaría al timbre de

esa forma tan insistente. Ya habría abierto la puerta.

Gimió mientras le entraba otro ataque de nauseas. Y mientras lo hacía oyó cómo se giraba el picaporte de la puerta.

«¡Oh, gracias a Dios!»

–¡Papá!

–¿Caitlin, dónde estás?

–¡Aquí arriba!

Oyó cómo subía por las escaleras tomando los peldaños de dos en dos y entonces se dio cuenta de que la voz que había oído no era la de su padre.

–Oh, no. Por favor, no.

¿Cómo podía ser tan cruel el destino? ¿Es que no podía haber sido otra persona, cualquiera? ¿Es que tenía que enfrentarse a Rhys en ese momento, así, sintiéndose fatal y con un aspecto mucho peor?

Pero al destino no le apetecía ser amable y la puerta del baño se abrió dando paso a un hombre alto, moreno y masculino que parecía más alto, más moreno y más masculino desde su humillante posición en el suelo.

–Caitlin. La puerta estaba cerrada y yo…

«¡Vete!». Al menos eso era lo que quiso decir, pero por miedo a marearse de nuevo si abría la boca correctamente hizo que sus palabras sonaran totalmente ininteligibles.

Pero Rhys las ignoró, observó la situación y en seguida se puso en el suelo junto a ella.

–¿Qué ocurre?

–¿A ti qué te parece? Estoy mala –le dijo con una ferocidad y una violencia que la dejaron exhausta.

–OK, cariño. Ya estoy aquí.

Se había olvidado de la indeseada presencia de Rhys hasta que sintió su mano fría en su frente caliente, retirándole el pelo de la cara. Aprovechando una pausa de las nauseas, Rhys tomó una toallita para la cara, la mojó en agua caliente y le limpió la cara a Caitlin.

Ella se sintió tan bien que olvidó quién era él y cómo la había amenazado con lo de Fleur. Así que se limitó a dejarse cuidar y a suspirar aliviada.

Hubo un silencio largo, un silencio que Caitlin deseó que nunca se rompiera. Pero tenía que enfrentarse a él en algún momento, así que hizo un esfuerzo por abrir los ojos.

–Ya estoy bien.

–Lo dudo mucho –contestó él secamente–. Uno no expulsa la mitad de lo que hay en su estómago si está bien.

–Creo que ya no estoy mareada. Al menos de momento.

–Entonces vamos a meterte en la cama.

Pero eso era más de lo que Caitlin podía soportar. La idea de dejar que aquel hombre la llevara a la cama y la desnudara fría y clínicamente en comparación con lo que había hecho hacía sólo unas semanas era demasiado humillante. No podía dejar que lo hiciera.

–¡Oh, no!

–Oh, sí –la corrigió Rhys con firmeza–. Es evidente que no puedes apañarte sola. Llamaré al médico. ¿Dónde está Fleur?

–En la cuna.

La sensación de estar en un barco ya estaba cesando. Comenzaba a sentirse mejor, aunque se sentía miserablemente débil.

–Y no necesito ningún médico.

Un médico significaría que Rhys se quedara por ahí, al menos hasta que terminara la consulta. Y lo que el médico tuviera que decir le daba más pánico si cabe.

–De verdad que no es necesario…

Se sintió ignorada mientras él la levantaba y la llevaba hacia su habitación. Era humillante admitir lo agradecida que se sentía por la fuerza de su brazo alrededor de su cintura.

–Fleur… –consiguió decir ella cuando llegó a la habitación y Rhys la depositó al borde de la cama.

–Yo la vigilaré. Ahora, ¿puedes meterte en la cama o…?

–¡Yo lo haré! –dijo Caitlin rápidamente.

Lo haría aunque fuese lo último que hiciese. Dejar que Rhys la desnudara con aquel aspecto sería lo más embarazoso del mundo.

–Bueno, si estás segura, entonces cuidaré de Fleur y llamaré al médico.

–No es necesario… –intentó decir Caitlin, pero estaba hablando sola. Rhys ya se dirigía hacia la habitación de la niña.

Le costó un enorme esfuerzo quitarse los vaqueros y la camiseta azul y meterse bajo las sábanas. Encontrar algún pijama o camisón era demasiado para ella. Con un suspiro de alivio se recostó sobre las almohadas, cerró los ojos y deseó que la habitación dejase de dar vueltas.

Debió de quedarse dormida porque la próxima vez que fue consciente de algo fue cuando Rhys regresó a la habitación, seguido de una mujer calmada y sonriente que era la doctora local.

Pero toda la calma y las sonrisas del mundo no pudieron

preparar a Caitlin para los resultados de la exploración. El diagnóstico que convertía en realidad sus sospechas más terribles.

Capítulo 13

NO PUEDO estar embarazada! ¡No puedo! Pero la doctora Collins no perdió la compostura, sino que sonrió aún más y le acarició la mano a Caitlin.

–Creo que descubrirás que sí puedes, cariño. Sé que obviamente esto supone un shock, pero una vez que te hayas hecho a la idea, seguro que te entusiasmará. Y después de todo no es que vayas a estar sola con esto. Por lo que he visto de ese joven tuyo, por cómo trata a la pequeña, no me extrañaría que fuese de gran ayuda cuando llegue el nuevo bebé.

Para cuando Caitlin se recuperó de haber oído a la doctora describir a Rhys como «ese joven tuyo», ella ya se había ido de la habitación y estaba en el hall hablando con el joven en cuestión antes de despedirse.

Tenía que enfrentarse a Rhys puesto que le habría dado la noticia con seguridad.

Caitlin se sentía como si alguien la hubiese retorcido por dentro, tenía los nervios a flor de piel y la palabra «embarazada» se repetía una y otra vez en su cabeza.

Embarazada.

Embarazada de Rhys.

Aún en la cama, se pasó la mano sobre el estómago, todavía completamente plano, sin ninguna señal del acontecimiento tan trascendental que había tenido lugar. A pesar de todo su expresión se suavizó y se encontró a sí misma imaginándose a ese pequeño bebé formándose dentro de ella.

El hijo de Rhys. Su hijo. El hijo de ambos.

–Te traigo algo de pan tostado porque la doctora ha dicho que te vendrá bien para el mareo.

La voz de Rhys llegó desde la puerta. Sonaba cínica y fría, y la hizo despertar de su ensimismamiento.

–Así que parece que vamos a ser padres.

Caitlin abrió los ojos de golpe y se enfrentó a su mirada, sintiendo cómo toda su alegría se esfumaba como el aire de un neumático pinchado. Aquello había sido un sueño; eso era la realidad.

Iba a tener un bebé con Rhys. Con el hombre que, tenía que admitir, le había robado el corazón sin ofrecerle nada a cambio. El hombre que se había acostado con ella por razones puramente egoístas, para dejarla vulnerable y poder conseguir a Fleur. Bueno, desde luego estaba vulnerable. Tan vulnerable como podía estar.

Y sabiendo cómo Rhys había luchado por conseguir la custodia de Fleur, no le quedaba la menor duda de que con el nuevo bebé actuaría de igual modo.

–¿O sea que te lo ha dicho?

–Me preguntó si yo era el padre –contestó Rhys aún con cinismo.

–¿Y tú dijiste…?

–¿Qué crees que dije? Que sí, por supuesto. Porque lo soy, ¿verdad?

En un ataque de furia, Caitlin le arrojó un trozo de pan y se sintió satisfecha porque le impactó a la altura del pecho.

–Por supuesto que lo eres. ¿Quién diablos iba a ser si no? No tengo por costumbre acostarme con desconocidos la primera noche que salgo con ellos.

–Pero en mi caso hiciste una excepción.

Evidentemente se estaba burlando de ella, aunque trataba de ignorarlo.

–Así que no te tomaste la píldora del día después, ¿verdad?

–No sé si te acuerdas que lo de la píldora del día después fue interrumpido cuando Mandy entró con Fleur a cuestas. Y luego ocurrieron más cosas.

A juzgar por su mirada, Rhys estaría recordando cómo esas otras cosas incluían el momento en el que había tenido que decirle que creía que Fleur no era hija suya.

–Después de eso ninguno de los dos pensábamos con claridad.

–Bueno, pues ahora sí que pienso con claridad. Y lo que me pregunto es si tenías pensado decírmelo. Me pregunto qué habría pasado si no llego a venir hoy aquí. ¿Me lo habrías contado?

–Casi no he tenido tiempo de darme cuenta yo misma, así que no esperarás que haya tenido tiempo de pensar lo que voy a hacer.

–No yo –la rectificó Rhys–. Nosotros.

–¿Nosotros? –al analizar la palabra, Caitlin se recostó sobre las almohadas aturdida–. ¿Qué quieres decir con «nosotros»?

–Venga, Caitlin. No te hagas la estúpida. Sabes muy bien lo que

quiero decir. Se necesitan dos para bailar un tango, en este caso para hacer un bebé. Y, puesto que estoy directamente implicado, pienso quedarme hasta el mismísimo final.

«Mismísimo final» hizo que a Caitlin se le llenaran los ojos de lágrimas. Había sonado terriblemente cínico.

–No creo que sea necesario.

–Y yo creo que sí que lo es, mi dulce Caitlin. Éste al menos es un bebé que sé que es mío. Seguro que desearías que fuese hijo de tu inolvidable Joshua, pero a no ser que pienses que volvió de la tumba para dejarte embarazada, me temo que toda la responsabilidad es mía. Y quiero que quede bien claro desde el principio. No pienso dejar que este niño sea apartado de mí.

–Verás… –comenzó a decir Caitlin, pero se detuvo cuando él meneó la cabeza y entró en la habitación para sentarse al borde de la cama.

–Oh, no, mi amor. No pienso conformarme con eso. Amelie me privó de meses de poder ver a Fleur. Puede que ni me hubiese enterado si un amigo no me lo hubiese dicho. No tengo intención de pasar por eso de nuevo. Esta vez lo quiero todo atado y bien atado, legalmente.

Las lágrimas lucharon de nuevo por salir, así que Caitlin inclinó la cabeza para ocultarlas, jugueteando nerviosa con la sábana entre sus dedos.

Rhys sonaba como si estuviese discutiendo de negocios, sobre una venta importante del mundo del arte, no del futuro de su hijo. Era frío como el hielo, no parecía nada involucrado, mientras ella no hacía más que pensar y pensar y estar alerta porque él estaba sentado a sólo unos centímetros.

El sonido de su voz le llegaba a los oídos, el aroma de su piel se le metía por la nariz. Y sus ojos y su pelo parecían tener un color renovado a causa de la intensa luz de la tarde que entraba por la ventana.

Pero ella dudaba de que existiera para él. Excepto como la persona que llevaba su preciado bebé.

–¿Así que quieres que vea a un abogado? –preguntó ella, y se sorprendió al verlo negar con la cabeza.

–Nada de abogados. Quiero hacer esto correctamente, con un registro y un cura.

Caitlin tardó unos segundos en darse cuenta. Unos segundos en los que se le quedó la mente en blanco para luego aclararse de nuevo y, al darse cuenta de lo que él podría querer decir, no pudo ni creérselo.

–No sé lo que quieres decir.

–Claro que lo sabes. No vas a dejarme al margen de la vida de este bebé, Caitlin.

A Rhys le pareció que había reaccionado como si hubiera recibido una sentencia de muerte más que una proposición de matrimonio. Y probablemente a ella le sonó a eso. Era casi seguro que la única proposición que querría haber escuchado era la de su amado Josh, y eso nunca iba a ocurrir.

Y no se había declarado exactamente. No de la manera romántica que pensaba que a todas las mujeres les gustaría ser pedidas en matrimonio. Pero no tenía ganas de negociar. No tenía ganas de pensar en sutilezas y de disfrazar sus palabras con cumplidos.

Caitlin estaba embarazada. Embarazada de un bebé que sí que sabía que era suyo. No iba a arriesgarse a que lo apartara de él como había hecho Amelie.

Además quería que ella estuviese con él, en su futuro, y había conseguido tener la excusa perfecta para tenerla en su vida. Para dejarlo todo por escrito, firmado, sellado y legalizado.

Pero si no tenía cuidado, puede que la incitase no querer tener nada que ver con él jamás, y mucho menos ser su esposa. Sabía que estaba a punto de hacer eso. Se le notaba en la cara.

Estaba a punto de rechazar la idea del matrimonio, de cualquier cosa. Necesitaba convencerla de algún modo. Tenía que hacer que aceptara. Y entonces, cuando ya fuese su mujer, podría llegar a preocuparse por él.

Entonces recordó algo, algo que esperaba fuese lo que necesitaba para convencerla.

–Espera un minuto –murmuró mientras se ponía en pie.

Fue escaleras abajo, tomó algo del hall, volvió al dormitorio y depositó la maleta en el suelo.

–Explícame esto –dijo él.

A juzgar por la cara que puso ella, había dado en el clavo. Se quedó totalmente pálida.

–Yo…

–¿Adónde planeabas ir con esto?

Su respuesta fue tan inaudible que no la entendió.

–¿Dónde?

–¡A Londres! ¡Sí, maldito seas! Iba a verte a ti.

Rhys trató de contener la sonrisa que tenía ganas de expresar. Ella la interpretaría como un triunfo y eso lo arruinaría todo.

–¿Y por qué?

Lo miró como un gato salvaje atrapado en un cepo mirando a su captor, sabiendo que no había escapatoria.

–Había estado pensando sobre… sobre tu oferta.

–¿Que os fuerais a vivir conmigo?

Ella asintió dubitativa y seria.

–¿De veras ibas a irte a Londres a vivir conmigo?

Ella volvió a asentir en silencio aunque quizá con menos fiereza.

En esa ocasión Rhys sí que sonrió. La satisfacción era demasiado grande como para esconderla.

–¿Entonces qué cambia esto? Lo ibas a hacer de todos modos.

–La diferencia es… ¡tú sabes cuál es!

–¿La diferencia es que ahora quiero que te cases conmigo?

Caitlin no necesitaba contestar. Su mirada lo dijo todo.

–Pero así es como tiene que ser, Caitlin –dijo endureciendo su voz deliberadamente. No quería malentendidos–. Casi pierdo a Fleur. No pienso volver a pasar por eso. El bebé es mío y pienso actuar como su padre. Física, emocional y legalmente. No me conformaré con otra cosa.

Ella seguía resistiéndose. Había endurecido la mandíbula y lo miraba desafiante. Él notó que estaba más débil y siguió insistiendo.

–¿Qué pasa, cariño? ¿Es que mi declaración no ha sido todo lo romántica que querías? ¿Preferirías que me arrodillara?

¿Era eso lo que ella esperaba que hubiera hecho Josh? Pero si esa rata le había hecho mucho daño.

–Lo haré si es lo que quieres.

Aquello fue demasiado.

–¡No! –exclamó ella haciendo gestos con la mano para que parase–. ¡No! ¡No hay necesidad de eso!

–No –convino él–. No tenemos necesidad de hacer tal tontería, ¿verdad? No cuando hay dos bebés; bueno, uno y los comienzos de otro, que dependen de nosotros.

–Pero Fleur… ¿Qué pasará si…?

No pudo finalizar la frase pero no le hizo falta. Él sabía lo que estaba pensando.

–Tengo algo para ti –dijo él mientras sacaba la carta del abogado del bolsillo de la chaqueta–. Aquí está.

Lo lanzó sobre la manta, frente a ella. Caitlin lo miró y luego lo tomó entre sus manos y miró a Rhys con el ceño fruncido.

–Son los resultados de la prueba de ADN –dijo él con la voz temblorosa–. No lo he abierto, así que no tengo ni idea de lo que pone. Pero ya no importa.

–¿Ah, no? –preguntó ella sorprendida.

–No si te casas conmigo. Fleur es quien es, Caitlin. Y la quiero por lo que es. Sea quien sea el padre, no cambiará nada. Si te casas conmigo será nuestra. Nuestra hija, nuestro bebé, igual que el que llevas en tu interior. Seremos una familia –se detuvo para tragar saliva y pasarse una mano por el pelo, rezando para que ella no viera lo mucho que le temblaban los dedos–. Quizá algún día, en el futuro, Fleur necesitará, o querrá, saber. Así que quiero que guardes la carta por si alguna vez pregunta. Pero yo no quiero verlo. Nunca preguntaré. Ya no importa.

–Eso es… eso es… –se detuvo y arrugó el sobre con fuerza entre sus manos. Al instante lo miró con los ojos brillantes–. Rhys…

Pero él no podía esperar. No podía quedarse ahí, a medio camino entre el cielo y el infierno. Tenía que saberlo. Necesitaba saber su respuesta antes de volverse loco.

–Caitlin, di que sí. Di que te casarás conmigo. Hay dos niños que nos necesitan.

–¿Quieres casarte conmigo por el bien de los niños?

–Por el bien de los niños –dijo él. Si eso era lo que quería oír, eso es lo que diría. De momento–. ¿Se te ocurre otra razón mejor?

«Sí», pensó Caitlin. «Oh, sí. Se me ocurren muchas razones. Que me digas que me quieres, que no puedes vivir sin mí. Que quieres que esté contigo el resto de tu vida. Con o sin hijos. En la riqueza y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte nos separe».

Pero ese tipo de proposición viniendo de Rhys sólo ocurriría en sueños. «Por el bien de los niños» era lo único que iba a conseguir.

Tenía que decir sí o no.

Y él no iba a aceptar un «no» por respuesta.

Así que:

–Por el bien de los niños, entonces sí –dijo ella.

Capítulo 14

BUENO, Cait…

Bob Richardson se giró hacia su hija, que estaba junto a él en el porche de la pequeña iglesia del pueblo, con un aspecto maravilloso con su vestido blanco.

–¿Estás preparada, cariño?

–Preparada –consiguió decir Caitlin esbozando una sonrisa, aunque sabía que estaba lejísimos de estar preparada.

¿Cómo podía estar preparada para esa boda?

Estaba muy finamente vestida, todo lo que Rhys había insistido, rechazando su sugerencia de una boda secreta por lo civil. Su maquillaje era inmaculado, su pelo recogido con un elegante moño bajo un círculo de flores frescas que sostenía el velo. El ramo estaba hecho con las mismas rosas blancas y sabía que tras la puerta de madera de la iglesia, el interior también estaría decorado así.

¿Pero podría estar emocionalmente preparada para una boda que no tenía nada de amor, sino más bien de conveniencia y porque estaba embarazada del hombre con el que iba a casarse?

–Haremos esto correctamente –había insistido Rhys cuando ella había dicho que no había necesidad–. Todo será perfecto, hasta el último detalle. Cada flor, cada himno, cada candelabro estará como siempre has soñado. Quiero que sea tu día.

¿Pero cómo iba a ser perfecto cuando lo único que quería era tener el amor de Rhys? ¿Cuando lo único que quería era saber que él le había entregado su corazón como había hecho ella? Ese amor era lo que ella necesitaba para que fuese perfecto. Con eso no necesitaría nada más, y sin eso nada podría redimir un día que debería haber sido maravilloso y que, sin embargo, estaba vacío.

Pero su padre estaba esperándola. Al otro lado de las puertas el organista ya estaba terminando de tocar la sonata de Bach por tercera vez y ella sabía que la gente estaría empezando a ponerse nerviosa. Ya llegaba unos minutos tarde.

–¿Cait?

El murmuro gentil de Bob la devolvió a la realidad.

No había manera de que esa boda pudiera ser perfecta. Pero era la única que podía tener y le había prometido a Rhys que estaría allí, por el bien de los niños.

Respiró hondo, estiró los hombros y dibujó en su cara una brillante sonrisa, o eso es lo que esperaba que pareciese.

–Estoy lista.

Aprovechó el momento en el que su padre le puso el velo por la cara para tocarse la tripa, donde estaba el bebé. Una pequeña mota de vida de momento, pero que había tenido un impacto tremendo en su vida, cambiándola para siempre.

«Será un buen padre», se dijo a sí misma, sabiendo que, al menos eso, era verdad. Viendo a Rhys con Fleur, ¿Cómo iba a dudar de que fuera un buen padre? Puede que nunca supiese si era su padre o no, pero ser padre no era sólo comenzar el milagro de la vida.

Y en todos los aspectos de la paternidad, no se le podía culpar.

–Vamos a comenzar el espectáculo.

Su padre sonrió de oreja a oreja con orgullo mientras la tomaba del brazo. Se sintió agradecida por su ayuda, sabiendo que las piernas casi no podían sostenerla, y entró en la iglesia.

La tradicional marcha nupcial comenzó a sonar a su alrededor. El aroma de las floras y las velas envolvía el aire, haciendo que su estómago, aún un poco delicado, se resintiera ligeramente. Pero se agarró con más fuerza a su padre y caminó hacia el altar, que estaba hermosamente decorado.

El velo que tenía frente a los ojos daba la sensación de producir una neblina que le impedía ver algunas de las caras mientras pasaba. Pero había una persona que veía claramente. Una figura alta y masculina. Y una vez que lo había visto era como si ya no hubiese nadie en la iglesia más que Rhys. El hombre que iba a ser su marido.

Estaba de pie al principio de los escalones del altar, con un traje negro que se ajustaba a la perfección a cada centímetro de su cuerpo.

A él no le temblaban las piernas y se le nublaba la vista. No necesitaba apoyarse en su padrino como Caitlin necesitaba apoyarse en su padre.

No había duda de que Rhys sabía por qué estaba allí. No quería nada más de esa boda de lo que iba a conseguir. Se casaba con ella por el bien de los niños.

Bueno, quizá no sólo por eso. Había dejado claro que la pasión

sexual que había entre ambos sería un plus en lo que, por lo demás, era un matrimonio de conveniencia. Era evidente que la deseaba de tal forma que casi no podía contenerse hasta después de la boda. Ésa había sido la principal razón de precipitar la boda tanto, pues sólo habían pasado unas pocas semanas desde la declaración. A él no le importaba que la gente sospechara o que comenzara a echar cuentas cuando a ella comenzase a notársele el embarazo.

–No puedo esperar a tenerte en mi cama cada noche –le había dicho a Caitlin–. No puedo esperar a ponerte el anillo y poder decir que eres mía.

Caitlin pensó que eso era algo en lo que ambos estaban de acuerdo y sonrió como siempre hacía al recordar el placer que Rhys le provocaba en la cama. Ella estaba tan impaciente como él.

Esa parte de la boda al menos no sería tan horrible.

Habían llegado al final del pasillo. Su padre retiró el brazo y la dama de honor se acercó a recoger el ramo. Y Caitlin se dio la vuelta lentamente para mirar al hombre que iba a ser su marido.

Rhys había intentado quedarse mirando al altar, como se esperaba de él. Había intentado no mirar por encima del hombro para ver a Caitlin acercarse, pero le había resultado imposible.

Había llegado un poco tarde. Diez minutos. Diez largos minutos de pánico. Porque, aunque sabía que las novias siempre llegaban un poco tarde a sus bodas, le había resultado insoportable esperar, preguntándose si aparecería.

Y cuando finalmente el murmullo de que había llegado llegó a sus oídos se sintió aliviado y no pudo decir palabra.

Se había quedado de pie, como le habían dicho, mirando la llama de la vela que tenía a unos metros de distancia, mirándola fijamente hasta que se había convertido en una mancha borrosa. Eso lo había ayudado a mantenerse firme y no ceder a los nervios y la sequedad de boca.

Ya estaba allí. Estaba junto a él, en silencio, con su vestido blanco, con la cara semioculta por el velo. Sólo sus ojos brillaban con fuerza tras el velo. El resto de la cara estaba prácticamente oculta.

«Son los nervios», decidió él. Nada de sorpresa. Ya se sentía demasiado mal como para sentir las dos cosas.

–Hola –susurró él dirigiéndole una sonrisa para relajarla.

Pero ella no sonrió. Lo miró con una expresión que sólo contribuyó a ponerlo más nervioso.

Casi no podía esperar a que aquella parafernalia hubiese acabado. Entonces podría llevársela de luna de miel para poder

relajarse. Los dos juntos, y Fleur. Y podría enseñarle en la privacidad del dormitorio cómo se sentía.

Podrían comenzar su vida de casados como él quería, y quizá, sólo quizá, podría comenzar a ganarse su confianza.

–Pronto habrá pasado –susurró de nuevo para darle ánimo.

Estiró el brazo para darle la mano y la agarró con fuerza. No hubo respuesta, pero ella tampoco la retiró. Simplemente la mantuvo ahí, sin apretar.

–¿Preparado? –preguntó el cura, y Rhys asintió con la cabeza.

–Adelante.

–¿Preparada?

Otra vez la misma pregunta. Aquella que ella se sentía incapaz de contestar.

Estaba preparada para casarse con Rhys. Nunca había estado más preparada para nada en toda su vida, salvo si él la amara. Y Rhys estaba preparado para… ¿para qué? Preparado para ser padre. Y para tomarla como su esposa, si eso era lo necesario para conseguir su objetivo.

¿Qué era lo que él había dicho?

Pronto habrá pasado.

Él quería que todo acabara rápido, toda la farsa del amor y del «felices para siempre» para comenzar cuanto antes con el tipo de matrimonio que realmente quería. El matrimonio en el que él tenía a sus hijos y todo lo que quería.

–¿Aceptas, Rhys Matthew…?

Casi no pudo oír las palabras del cura mientras comenzaba a decir los votos matrimoniales, aunque intentaba concentrarse, y de repente comenzó a sentir rechazo.

¿Cómo iba a quedarse allí parada escuchando cómo Rhys le decía a todo el mundo que la amaría y la honraría para siempre cuando sabía que era mentira?

¿Cómo iba a dejar que prometiera cuidarla cuando sabía que no pensaba eso?

¿Cómo iba a decepcionarse a sí misma comenzando una relación que echaba por tierra todo en lo que siempre había creído, todo lo que había deseado?

¿Y, sin embargo, cómo iba a negarse cuando Fleur y su propio hijo estaban implicados?

Tenía que seguir adelante.

Por el bien de los niños.

–Caitlin Marie… –el cura le hablaba a ella–. ¿Aceptas a este hombre, Rhys Matthew…?

El pánico pasaba frente a sus ojos. El sonido de lo que parecían miles de abejas zumbaba en sus oídos, ahogando las palabras del cura.

Rhys debió de decir «Sí, quiero», pero ella no lo oyó.

Debió de haber dicho «Sí, quiero» y habría sonado convincente.

Pero ella sabía que no era verdad. Que nunca había sido verdad. Que…

–¡No!

La palabra fue un grito de pánico y de rechazo, de desprecio, y sorprendió a todo el mundo.

Sintió cómo Rhys se quedaba rígido. Notó cómo se giraba para mirarla.

–¡No! –dijo de nuevo–. Lo siento, lo siento, pero no puedo. ¡No puedo!

Y, tras agarrar la falda del vestido, se apartó de él. Se apartó del altar y de la expresión de sorpresa del cura. Recorrió el pasillo, dejando atrás a los invitados, que la miraban sorprendidos. Y salió a la luz de aquel día veraniego, oyendo cómo las pesadas puertas de madera se cerraban tras ella.

¿No?

Rhys no podía creer lo que había pasado. Lo que acababa de escuchar.

¿Acaso no lo había oído bien?

¿Realmente Caitlin había dicho que no?

Quería preguntarle muchas cosas, pero ya se había marchado. Había agarrado la falda del vestido con ambas manos y había salido corriendo por el pasillo como Cenicienta a medianoche.

Incluso había perdido uno de sus zapatos.

Se había marchado. Lo había dejado.

Lo había abandonado en el altar en mitad de la boda.

El silencio en la iglesia era tan intenso que se hacía insoportable para sus oídos. Veía a todos los invitados con cara de sorpresa, extrañados. Preguntándose cómo reaccionaría él ante tal humillación pública.

Caitlin lo había abandonado. Lo había dejado plantado. Y no tenía ni idea de por qué.

Hubo una tos nerviosa, un ligero movimiento. Era el padre de Caitlin, que se levantó para ir tras su hija.

–¡No!

Fue como el rugir de un león herido. Un león que no sabía si el daño infligido sería fatal y tampoco le importaba.

–¡No! –dijo de nuevo–. ¡Déjemelo a mí! Es de mí de quien ha huido. Soy yo el que tiene que tratar con esto. Soy yo quien ha de seguirla.

«Soy yo quien ha de seguirla». Las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza mientras corría por el pasillo siguiendo los pasos de Caitlin, recogiendo el delicado zapato por el camino. Era él quien tenía que ir a buscarla y ver lo que había pasado. Tendría que aceptar lo que tuviera que decirle, aunque volviese a decir que no. Que aún estaba enamorada de Josh y que siempre sería fiel a su recuerdo.

Y tendría que aceptarlo si era lo que ella quería. No podía obligarla a hacer algo de lo que se arrepintiera el resto de su vida.

Y entonces supo que había obrado mal. Además de perder su corazón había perdido la razón. Le había entregado ambos a esa mujer que había salido huyendo de él.

El sol brillaba con fuerza y lo deslumbró al salir de la iglesia. Durante un momento se quedó parado, parpadeando con una mano sobre los ojos intentando ver algo.

Y finalmente la vio.

No había podido ir muy lejos. Con sólo un zapato y ese vestido no había conseguido avanzar más que unos metros por el patio de la iglesia hasta sentarse en un banco de piedra que había bajo la sombra de un roble. Se sentó y parecía terriblemente abandonada.

Y fue eso lo que a Rhys le dio esperanzas.

Si realmente nunca había querido casarse con él y quería ser libre, tendría que haber parecido aliviada. Le daría miedo el futuro, con el bebé en camino, estaría asustada por cómo sobrevivir.

Pero nunca la abandonaría.

No a su Caitlin. Su fuerte, valiente y decidida Caitlin. La Caitlin que había visto a su prometido traicionarla e irse con otra mujer. Que había acogido al niño de esa mujer como suyo y lo había cuidado sin importarle que fuese el fruto de la traición. Que había peleado como una tigresa para defender a ese bebé.

Y que finalmente había estado preparada para dejar marchar a Fleur, sin importar lo mucho que pudiera dolerle, siempre que el bebé estuviese con su verdadero padre.

–Caitlin…

Ella alzó la cabeza al oír su nombre, lo miró pero luego volvió a desviar la mirada. Aún llevaba puesto el velo.

–¡Vete!

Sonaba como alguien que estaba decidida a decir algo y que

mantenía su voz alta y clara.

–No –dijo él–. No me iré. No hasta que hayamos hablado.

–No hay nada de qué hablar.

Cuando él se acercó para sentarse ella todavía seguía evitándolo con la mirada.

–Creo que hay mucho de lo que hablar –insistió él–. Como por qué viniste aquí si no tenías intención de casarte conmigo. Por qué llegaste hasta el altar. Por qué…

–Creí que podía hacerlo.

Lo miró desesperada, deseando que se callase. Nunca se había imaginado que la seguiría. Se había imaginado que se habría quedado tan sorprendido y tan furioso por la manera en que lo había humillado que se habría quedado quieto deseando no volver a verla más.

–Creí que podía pasar por esto, ¿de acuerdo? Vine aquí para casarme contigo como prometí. Vine para decir mis votos y firmar. Para llegar aquí como la señorita Caitlin Richardson y salir como la señora Caitlin Morgan.

Y sentirse tremendamente orgullosa de llevar su apellido.

–Quería hacerlo.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–No pude. Cuando llegó el momento, no pude. No podía jurarte mi amor cuando… cuando…

–¿Cuando qué, Caitlin? –preguntó él cuando ella se detuvo por culpa de las lágrimas–. Dímelo.

¿Qué daño podría hacer ya? No cabía duda de que ya lo había averiguado. ¿Por qué si no iba a salir corriendo de su boda cuando ya había aceptado casarse?

–¡Cuando no era cierto! ¡Cuando todo habría sido una mentira!

–¿Qué? –preguntó él mientras la agarraba por los hombros para que lo mirara–. ¿Qué habría sido una mentira?

Pero ella no tuvo el coraje para repetir las palabras. Se mordió el labio con fuerza y meneó la cabeza, incapaz de contestar.

–Caitlin…

Con suma gentileza Rhys agarró el velo con ambas manos y se lo apartó de la cara. Caitlin parpadeó por la luz y deseó que él interpretara sus lágrimas como efecto del sol.

–Oh, Caitlin.

A Caitlin casi se le paró el corazón al sentir su boca contra su cara, besándole las lágrimas, acariciando su piel.

–Siempre he sabido que… –murmuró él.

–¿Qué?

–Que no me querías. Que tu amor siempre había pertenecido a Joshua. No te preocupes. Ya he tenido suficiente.

Debía de estar teniendo alucinaciones. El sol debía de haberle afectado al cerebro. Estaba escuchando cosas que no eran verdad. Eran cosas que quería escuchar, pero que no podrían ocurrir.

Meneó la cabeza para aclarar sus ideas y luego lo miró. Estaba sonriendo y parecía terriblemente triste y resignado.

–No pido que también me ames. Nunca te pediré eso si es algo que no puedes darme. Si sólo te quedaras en mi vida para que yo pudiera verte, cuidarte, amarte con todo mi corazón, nunca te pediré en matrimonio si es algo que no puedes darme.

–Amar…

Tuvo que decirlo, aunque sabía que no podía ser cierto. No podía estar escuchando lo que creía estar escuchando. Así que tuvo que preguntar.

–¿Estás diciendo que me amas?

Él se rió, aunque con un tanto de amargura.

–¿Qué otra cosa crees que estoy diciendo, mi amor? ¿Por qué si no crees que te pedí que te casaras conmigo?

–Por el bien de los niños, ¿no?

–No… bueno, sí. Sí, si casarme por eso iba a ser la única forma de que dijeras que sí. Pero también porque te quiero. Más que eso. Te adoro. Estaba tan desesperado por tenerte a mi lado que habría hecho cualquier cosa. Cualquier cosa con tal de que vivieras conmigo, con tal de que…

–¿Te amara? –preguntó Caitlin viendo la expresión de deseo en su cara.

–Ése era mi deseo.

–Deseo concedido.

–¿Cait? –dijo él con brillo en la mirada.

Ella se inclinó hacia delante y le acarició la mejilla mientras lo miraba a los ojos y sonreía ofreciéndole todo su amor.

–Te quiero –dijo ella con seguridad–. ¿Te queda lo suficientemente claro? Te quiero con toda mi alma. No fue amor de verdad el que sentía por Josh, ahora me doy cuenta. Ahora que sé lo que es amar. Cuando sé lo maravilloso y perfecto que puede ser el amor.

–Oh, Cait.

La abrazó y la besó con todo el deseo y la necesidad que ella había visto en su cara. Pero, cuando ella quiso besarlo a él, la detuvo suavemente.

–Espera.

Y, mientras ella lo miraba asombrada, él se apartó, se levantó del banco y se arrodilló frente a ella.

La tomó la mano mientras la miraba a la cara con todo su amor y devoción.

–Caitlin, mi amor, mi vida, ¿te casarás conmigo aquí y ahora? ¿Delante de todos? ¿Dejarás que te diga cuánto te quiero? Deja que prometa que siempre cuidaré de ti el resto de mi vida. Por favor, cariño. Di que serás mi esposa, por mi bien y el de nadie más.

Sólo había una respuesta que pudiera darle y las palabras no eran suficientes. Así que le contestó dándole un beso con todo su amor.

Y, tras un rato más besándose en la tranquilidad del patio de la iglesia, ella dejó que Rhys le colocara el zapato y la ayudara a levantarse.

Entonces, con la fuerza de su mano y de su amor, se dirigió de nuevo hacia la iglesia para entrar con él, sabiendo que esta vez sí que podría decir sus votos con toda la felicidad, honestidad y confianza que jamás podría sentir. Porque no le quedaba ninguna duda de que estaban hechos el uno para el otro y de que eran la expresión del amor que duraría toda su vida.